

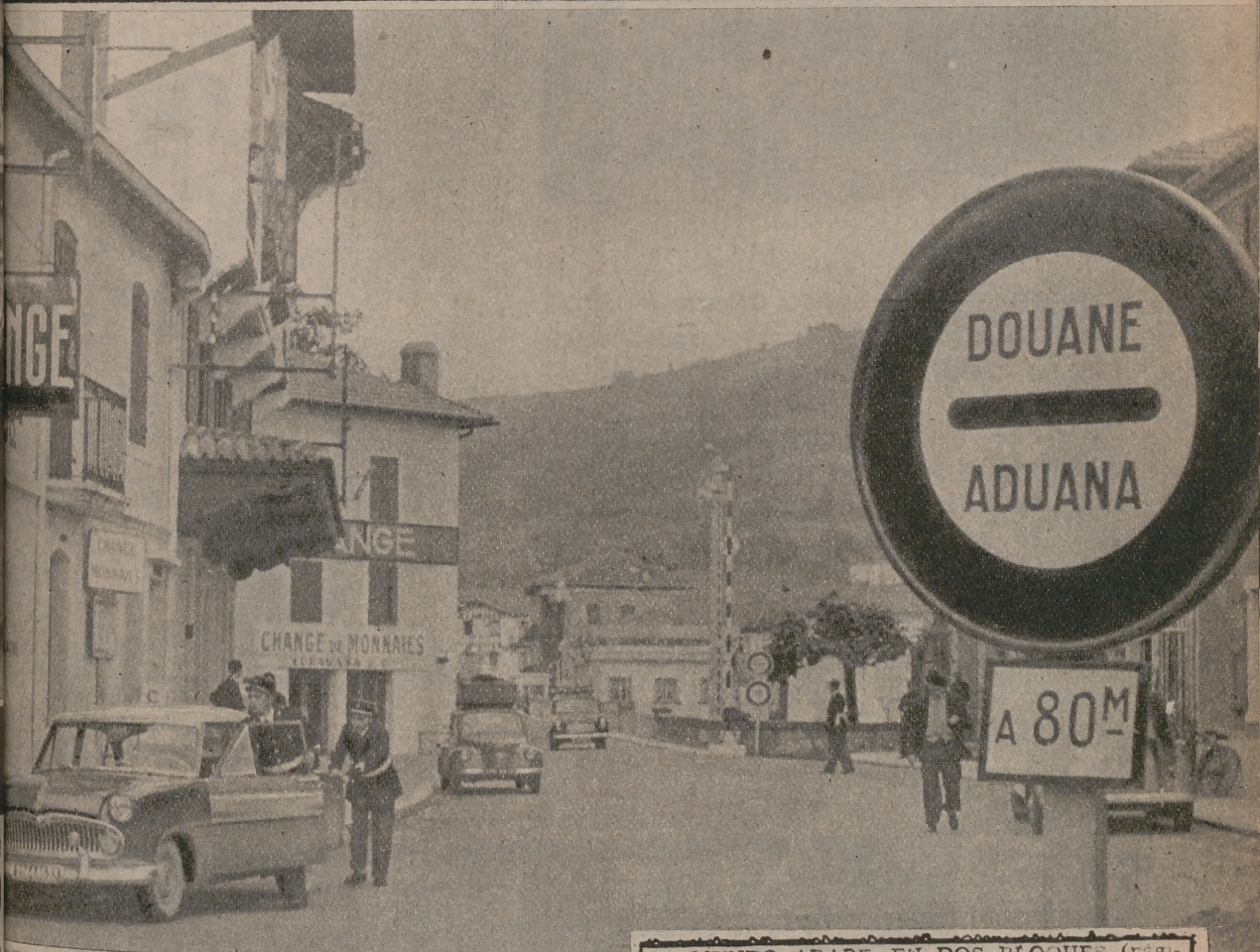
EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 3 -- 9 febrero 1957 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 427

MAS ALLA DE LOS PIRINEOS



**ORGANOS, AGENTES Y
HECHOS DE UNA CONJURA,
AL DESCUBIERTO**

EL MUNDO ARABE, EN DOS BLOQUES (página 8) * Entrevista con el Ministro de Industria, señor Planell (pág. 13) * Una ley para el sexto continente (pág. 17) * Crónica viajera por la Alpujarra (pág. 23) * Notario, consejero civil de la familia (pág. 28) * Una Central lechera para 300.000 litros al día (pág. 32) * Entrevista con el marqués de Campo Santo (pág. 43) * El libro que es menester leer: «El secreto del mayor Thompson», por Pierre Daninos (pág. 46) * Entrevista con el doctor Marañón (pág. 49) * La «Pequeña Europa» de los seis se reúne cerca de Waterloo (pág. 53) * Los castillos españoles, al país de los rascacielos (pág. 57) * «EL VACIO», novela, por Manuel Morales

CONTRABANDO POLITICO



*Poder
microbicida
y de*
PENETRABILIDAD

La eficacia terapéutica de un antiséptico se calcula por su acción microbicida y su penetrabilidad en los tejidos.

Durante muchos años de experimentación en Laboratorios y Clínicas, LISTERINE ha demostrado su eficacia en ambos aspectos.

Un informe del Dr. Reddeish, asegura que el poder de penetración del Antiséptico LISTERINE en materias que contengan fluidos orgánicos es superior al conseguido con Fenol a un 3 1/3 por 100



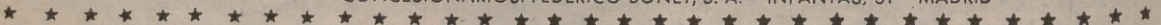
FRASCOS A PTAS.
7,50, 14,00 y 25,00

Otro certificado del Laboratorio de la Revista "The Lancet" confirma que LISTERINE puro mata en 15 segundos más de 200 millones de gérmenes.

**ANTISEPTICO
LISTERINE**

INMUNIZA BOCA Y GARGANTA

CONCESIONARIOS: FEDERICO BONET, S. A. - INFANTAS, 31 - MADRID



MAS ALLA DE LOS PIRINEOS



Sede del Comité Central del partido comunista francés, donde se coordina la acción de los grupos antiespañoles

ORGANOS, AGENTES Y HECHOS DE UNA CONJURA, AL DESCUBIERTO CONTRABANDO POLITICO

UNA madeja de intrigas incubadas en Francia y dirigidas contra nuestro país ha quedado al descubierto en estos días. Se repite, una vez más, la incansable y machacona tarea de ciertos grupos políticos franceses que desde los últimos años no se conceden un minuto de reposo en su trabajo de intentar sembrar la confusión entre los españoles, de poner zancadillas a su economía y de pretender alterar nuestro orden público. Y eso muy a pesar de mantener Francia relaciones diplomáticas normales con España.

Cuando esos grupos del país

vecino se dedican a manejos y maniobras clandestinas contra nuestra nación, conviene aplicarles ese refrán que, en correcto francés, dice así: «Balayez devant votre porte». En otras palabras, que se pongan manos a la obra a fin de evitar la pendiente por la que se desliza el prestigio de la République. La pérdida de Siria, del Líbano, de la India francesa, del Viet Nam y de Túnez, en poco más de diez años, y el peligro inminente de sufrir la mutilación de Argelia, son hechos más que sobrados para justificar que los políticos de las maniobras antiespañolas se entreguen a sus

problemas. O para que traten de remediar la aguda crisis económica de la nación francesa, que, a pesar de los 6.000 millones de dólares recibidos de Norteamérica, se encuentra ahora solamente con 200 millones de dólares en sus reservas. Hace un año, por estas fechas, esas reservas ascendían a más de mil doscientos millones.

Los manejos últimos, que han culminado recientemente con la tentativa de retirar la peseta como moneda de curso legal en determinadas zonas de Marruecos y con una enconada campaña de Prensa para desprestigiar a nuestro país, se han venido gestando

desde tiempos atrás. Todo ello mezclado con el contrabando de armas por los riscos de los Pirineos.

De que son planes éstos meditadosamente preparados dan prueba las siguientes líneas publicadas el 9 de agosto de 1956 en el número 291 del semanario francés «Rivarol»:

«Por lo que respecta a España, lo que sabemos es muy inquietante: los comunistas españoles establecidos en Francia han sido invitados a ponerse a las órdenes del partido comunista francés. Un diputado de este último grupo político acaba de ser relevado de todos sus cargos, a fin de consagrarse exclusivamente al problema español.

En la Prensa francesa se escribía días más tarde: «Los estratagemas soviéticos exigen acciones en España. Se hace todo lo posible para satisfacerlos.» El semanario «Rivarol» en su número 302, del 25 de octubre de 1956, decía, sin más rodeos, que la acción contra España «es uno de los objetivos esenciales de Moscú».

Falta sólo ahora desmenuzar los pormenores de la operación anti-española, que se ha desarrollado a bombo y platillo aprovechando y alentando la actividad de reducidos grupos que se mueven en nuestro país, y que no son sino residuos de los antiguos sectores afrancesados que proliferaban antes de 1936 en España.

Como directores de orquesta de la maniobra ha figurado el diario comunista «L'Humanité» y el vocero de los «progresistas» franceses, «L'Express». Mano a mano, campechanas y amigas, las dos publicaciones se han entregado afanosamente a la tarea de zancadillear a España y de dirigir la campaña coreada por un gran sector de la Prensa francesa. Mientras, bajo cuerda, se movían los hilos de la conspiración.

CONTRABANDO DE ARMAS POR LOS PIRINEOS

Como en toda conspiración que se considere importante, no podía faltar aquí el alijo de armas. Al denunciar el periodista francés Jean Pleyber ese contrabando, parece como si se dirigiera personalmente a los paladines y profetas de las evoluciones pacíficas y a los apóstoles de los cambios políticos de guante blanco, sin algaradas y sin sangre. Escribe así el periodista francés el 24 de enero de 1957:

«El contrabando de armas para la Resistencia argelina continúa por el Mediterráneo y no procede de Egipto... Existe también otro intenso contrabando de armas a través de los Pirineos. Una emisora radiofónica al servicio de esta acción funciona en territorio francés con el título de «Radio Pirineos libre». Después de esto, todavía hay franceses que se asombran por el hecho de que el Gobierno franquista nos mire con recelo. Nuestros socialistas no han cambiado desde los tiempos del Frente Popular. Guy Mollet y Pineau son iguales a Blum y Auriol, sin olvidar a Mautet y Mandel, grandes especialistas en contrabando de armas.»

Ese contrabando que nuestros vecinos intentan introducir por los resquicios de los Pirineos tienen una misión específica. Y no es precisamente para una evolución plácida de un régimen establecido. En unas consignas redactadas por el partido comunista español en Rusia se recomendaba muy encarecidamente que los preparativos armados se encubrieran bajo la máscara de la reconciliación nacional y de una solución democrática para los problemas de España.

De cómo se cumplen tales instrucciones es buena piedra de toque el artículo firmado por Max Leon, publicado en «L'Humanité» del día 17 de enero último. Se recogen en él estas afirmaciones: «Si todos los grupos políticos de

izquierda y de derecha se pronuncian en favor de la reconciliación de los españoles, y si ponen en práctica esta política, el camino estará abierto para democratizar España, para poner fin a la dictadura del General Franco sin guerra civil ni convulsiones violentas. El partido comunista desea que se abra esa nueva etapa en la historia de nuestro país y está dispuesto a favorecer lo que signifique un paso adelante hacia la democratización de España.»

Pero detrás de esas frases y sobre ellas es preciso recordar los vaticinios de un dirigente comunista español que llegó a ser secretario general del partido y que huyó más tarde de Rusia:

«No nos hagamos ilusiones. A raíz de la primera fase de penetración pacífica, tendremos que recurrir nuevamente a las armas y esta vez nada ni nadie nos hurtará el triunfo».

Esta maniobra se mantiene, lógicamente, en secreto. La que ahora se ha desarrollado a la vista, va dirigida a la opinión pública y tiene otro matiz. Corresponde a la primera fase, a la de penetración pacífica.

MANIOBRA EN TANGER CONTRA LA PESETA

En pocas palabras se puede resumir la campaña contra España que han hecho estallar cual fuegos de artificio determinados e influyentes grupos políticos franceses. Han bastado unos hechos mínimos acaecidos en Barcelona para divulgar a los cuatro vientos, con todas las resonancias de su aparato propagandístico, la especie de una catastrófica situación económica en nuestro país. Lo afirman esto los mismos responsables y coparticipes en la liquidación de 1.000 millones de dólares de las reservas de Francia en el breve espacio de un año.

Y como sigue siendo tradición arraigada en muchos políticos galos, han intentado sacar doble provecho del juego. Por un lado, crear dificultades de orden internacional a sus vecinos los españoles. Por otro, asestar un gravísimo perjuicio a la amistad de nuestra Nación con Marruecos, con lucro exclusivo para ellos.

Una verdadera conjura francesa, respaldada por la divulgación de un supuesto caos económico en España, se ha llevado a cabo contra la peseta. Fué Tángor el escenario de tales manejos y, por fortuna, se pudo terminar con ellos en sólo dos días. Lindamente intentaba Francia, apoyada por su dominio de la Banca tangerina y por las difamaciones contra España, sembrar un pánico monetario, provocar la depreciación de la peseta y la consiguiente retirada de la circulación.

Junto a esto se ha pretendido poner en pie nuevamente el llamado «caso español», que concluyó hace un par de años con la admisión de España en la O. N. U., reconocimiento público y absoluto de nuestra razón, y con uno de los más pintorescos descalabros diplomáticos, entre los muchos que viene cosechando París en proporciones realmente asombrosas.

Para esta última tentativa, los comunistas se han mantenido en

A propos des « incidents » d'Espagne Le véritable rôle du P.C.F.

DIVERSES agences de presse françaises et étrangères viennent de nous apprendre que des « incidents » étudiants produits en Espagne : manifestations d'étudiants et grèves des usagers des transports à Barcelone. A dire vrai, il n'y a pas eu de « révolte », n'en déplaise à L'Express et à L'Humanité qui orientent victorieux en même temps. Il faut avoir l'audace de M. Servan-Schreiber pour assimiler l'Espagne à la Hongrie.

LE RÔLE DU P.C.F.

Bien que le parti communiste espagnol dépende de Moscou, tout le monde sait qu'il est « contrôlé » par le parti communiste « français ». Ses actions étaient, dans le passé, impulsées par André Marty. C'est maintenant un député, M. Tourné, qui rencontre les immigrants. Aux dernières nouvelles, Léo Figuier, condamné par contumace à 7 ans de réclusion en raison de ses contacts avec Ho Chi Minh, aurait la responsabilité du « mouvement espagnol ».

la Chine communiste à l'O.N.U. ce qui, à ses yeux, ne constituerait pas un grave attentat contre « le monde libre ».

LES VÉRITABLES MOBILES

Pourquoi le P.C.F. aide-t-il si puissamment les communistes espagnols à se « libérer du joug fasciste » ? Les naïfs répondront qu'il exécute Franco. Bien sûr, il hait profondément le Caudillo, mais il faut voir plus loin.

Soucieux d'appliquer les directives de Moscou, les communistes « français » sont contre Franco dans la mesure où il est profondément décidé à défendre la politique occidentale. Ah! si Franco était neutraliste, on oublierait aisément les prétendus méfaits de son régime. Les dialecticiens moscouitaires ne reculent devant rien dès qu'il s'agit de combattre l'impérialisme. Ils louangent Nasser qui emprisonne les communistes ; ils font de Daladier (devenu mendésiste) un véritable « républicain », alors qu'ils le qualifient de « fascisteur » en 1939.

Semanario francés «Rivarol». Ejemplar del 24 de enero de 1957, página 4. Una maniobra antiespañola desenmascarada. Titula así el trabajo: «En relación con los «incidentes» de España. El verdadero juego del partido comunista francés». No necesita muchas líneas el semanario para probar los manejos de los rojos españoles residentes en Francia para perturbar la paz española

la penumbra, en un cauteloso segundo plano, a fin de no asustar con su actuación a la opinión pública. Ha sido «L'Express» quien ha dado la cara en esta faceta de la maniobra. Este diario francés, paladín de todos los «progresismos» y portavoz de la política de abandono de Indochina y Argelia, ha recurrido a la argucia de inventarse un supuesto escrito firmado por unos supuestos intelectuales españoles, aunque omita sus nombres.

Bueno es entresacar algunos párrafos de ese documento, publicado en «L'Express» del 18 de enero de 1957. A cuatro columnas titula: «España, esa Hungría...» Luego de propinar unas pinceladas dantescas de la situación de nuestro país, se llega al capítulo de las reivindicaciones: «La admisión de la España franquista en la U. N. E. S. C. O. y en la O. N. U. constituye dos graves atentados cometidos por el mundo libre contra la libertad.

Termina «L'Express» levantando la bandera de la intervención extranjera en España: «Nos traicionan también todos los que nos dejan hundidos en el silencio, sin influir en los demás Gobiernos libres, para que adopten medidas.»

Como se puede apreciar, a pesar de las consignas de penetración pacífica y de reconciliación, el lenguaje, los fines y las fintas del enemigo siguen siendo similares a los manejos que se dirigían contra España allá por los años de 1945 y '46. Como movidos por la misma mano.

«JEAN CREACH», AL SERVICIO DE LOS ALEMANES

Igual que un coro bien ensayado, la Prensa francesa se ha lanzado a una contra España, salvo contadas excepciones. Alain de Sedouy escribe en «Paris-Presse-L'Intransigeant» del 24 de enero último: «La célebre F. A. I. ha dado muestras ahora de una intensa actividad, llevando a cabo golpes de mano espectaculares a fin de hacer provisión de fondos para la caja de la organización. Los anarquistas afirman que no cabe esperar ningún cambio de régimen sin emplear la fuerza.»

Muchos otros diarios refuerzan el coro de la campaña antiespañola. Así «Le Figaro», «Combat», «L'Aurore», «Sud-Ouest»... Todo ello constituye un magnífico alarde de sincronización y puesta a punto del complejo propagandístico francés contra los españoles. Una conjura ésta con centros tan activos como el de Toulouse y con cabecillas tan destacados como «Jean Creach», apasionante figura de la picaresca política, que une a su título de antiespañol furibundo, el de antifrancés, anti-alemán y antieuropeo.

Vale como botón de muestra y presentación de los cabecillas que mueven la conjunta el relato de las andanzas de «Jean «Creach», que culminan con su intervención cuando se intenta la maniobra contra nuestra moneda.

Este personaje de la política francesa, cuyo verdadero nombre es André Monconduit, hijo de una familia de la clase media radicada en Vannes, da comienzo a su historial afiliándose a Action Française, partido conservador



André Marty, quien, desde la Secretaría General del partido comunista francés apoyó todas las acciones contra nuestra Patria

por excelencia entre los galos. Sucede esto allá por el año 1930. Pero ese grupo, acaudillado por Charles Maurras, no brinda suficientes oportunidades a su ambición. No tarda en desertar para sumarse al Partido Popular Francés, fundado por Doriot como fuerza militante contra el marxismo.

Encuadrado en esas filas le sorprende la guerra de 1939. Logra, entonces, escalar puestos de singular relieve en la Administración de Vichy, cuando Francia, vencida, se divide en zona ocupada y zona libre. Mientras que millares de sus compatriotas luchan en las fuerzas clandestinas contra el invasor, «Jean Creach»

es nombrado jefe del Servicio de Información y Prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores de Vichy. En ese cargo presta una decidida, total y constante colaboración a los alemanes. Pero la marcha de la guerra le hace rectificar su línea de conducta. Va a iniciar la serie de sus piruetas políticas.

UN ITINERARIO: PARIS, MADRID Y TOULOUSE

Poco a poco, el personaje se esfuma. Antes del final de la guerra ha estado algunos meses sin hacer ruido, hasta que reaparece en escena como agente del Deuxieme Bureau francés. Para entonces cambió ya su verdadero nombre de André Monconduit por el de «Jean Creach».

Al instalar De Gaulle su cuartel general en París, poniéndose al frente del Gobierno sostenido por el turbio maridaje de comunistas y M. R. P., nadie se acuerda del colaborador de los alemanes. «Jean Creach» se salva de las sangrientas depuraciones y consigue ingresar en la Redacción del diario «Le Monde». Ya está, pues, en las filas de los «progresistas».

«Jean Creach» se apresura en acumular méritos con los que purgar su grave pecado de colaboracionismo. Conquista el apoyo de la inefable Mme. Sauvageot, fundadora de las «progresistas» publicaciones «Temps Présent» y «La Quinzaine», ambas condenadas por la Iglesia por su identi-

dad con los comunistas. Le ayudan también Jacques Madaule, «progresista» y miembro del Comité France-U. R. S. S., y el ex ministro Colin.

Un buen día, «Jean Creach» es enviado a España como corresponsal de «Le Monde». Naturalmente, su primera idea es servir al Régimen español, pero nuestras autoridades no mostraron ningún deseo de malgastar el dinero pagando a semejante personaje.

No tardó en llegar su reacción. Desde que conoce que nadie comprará su pluma, aprovecha su estancia en España para difamar al país. Fantasías, falsedades, versiones sectarias; todo era bueno si contribuía a crear un clima de confusión en torno a la paz y a la realidad españolas. Su actividad fué tan descarada, que las autoridades se vieron precisadas a considerar el final de su acreditación periodística.

Desde Francia, «Jean Creach» siguió escribiendo sobre temas de España. No le importaba estar lejos de las fuentes de información, pues su mala fe suplía lo demás.

Tanto intrigó en la Redacción de «Le Monde», que fué puesto de patitas en la calle, como vulgarmente se dice. Y pasó entonces, nada menos que al diario «Le Temps de Paris», el periódico de ultraderecha. No ve un campo muy prometedor allí y se marcha a Toulouse, desde donde dirigirá

a Toulouse, desde donde dirigirá una faceta importante de la conjura antiespañola.

No mueve su pluma si no es para anunciar crisis, huelgas, disturbios, sublevaciones y sangre. El último «serial» de «Jean Creach» respalda la maniobra francesa contra la peseta. Su desorbitado trabajo, lleno de falsedades, va orientado a crear un clima de desconfianza hacia nuestra economía y a favorecer la depreciación de la moneda.

El afincamiento de «Jean Creach» en la región de Toulouse, capital del aparato clandestino soviético en Francia, desde donde se irradian las consignas de acción comunista sobre España y Portugal, deja al descubierto la mano de Moscú en las maniobras, perfectamente sincronizadas, contra España. Además, su relación con los agentes soviéticos no viene de ahora. Hace ya tiempo

que una revista editada en Nueva York por los comunistas exilados españoles, y que lleva por título «Ibérica», acoge como artículos de fe la cadena de falsedades de este personaje del sovietismo. No acostumbra Moscú a merodear lejos si se trama algo en perjuicio de nuestra Nación. Y esta vez estuvo también en vanguardia, representado por el oportunista «Jean Creach».

EL COMUNISMO FRANCÉS, MOVILIZADO CONTRA FRANCIA

No se ha dormido el partido comunista al realizarse la actual conjura contra España. Sabido es que los comunistas españoles dependen de Moscú, pero reciben órdenes e instrucciones por conducto de sus camaradas franceses. Antes era André Marty quien los mandaba personalmente. Después es el diputado M. Tourné quien ha empuñado la batuta. Según las últimas informaciones, parece que Leo Figuières ha asumido la responsabilidad del movimiento español.

Como prueba evidente de las actividades rojas en perjuicio de nuestro país está la siguiente afirmación, aparecida en el semanario «Rivarol» del 24 de enero de 1957, en su página cuarta: «Es indudable que no se debe a una simple casualidad el hecho de que hayamos previsto los «sucesos de España» con meses de antelación. Nosotros sabíamos—y seguimos sabiendo—que el partido de Maurice Thorez ha recibido de Moscú instrucciones precisas para impulsar a los comunistas hispanos. Los sucesos que han tenido lugar en España no son más espontáneos que las revueltas que padece Francia en Africa del Norte. En ambos casos, la lucha contra los «malvados» capitalistas está dirigida por Moscú»

El mismo semanario explica la intervención soviética («L'Express»), de Mendes-France, deseando una vez más acudir en socorro de los adversarios de la defensa atlántica, publica una carta (?) de intelectuales (?) españoles, en la que leemos que la admisión de la España franquista en la U. N. E. S. C. O. y en la O. N. U. constituye dos graves atentados cometidos por el mundo libre contra la libertad. Precisemos, para ser más claros, que el mismo diario («L'Express») es partidario de la admisión de la China comunista en la O. N. U., lo que, a sus ojos, no constituye un grave atentado contra el mundo libre.»

«Rivarol» se pregunta más tarde por qué el partido comunista francés ayuda tan poderosamente a sus colegas españoles residentes en Francia. La respuesta es reveladora y bien merece ser consignada aquí con puntos y comas.

«Los más ingenuos responderán simplemente que por la sencilla razón de que los del Kremlin odian a Franco. No hay duda de que eso es así, pero existen otras poderosas razones. Al aplicar las directrices de Moscú, los comunistas franceses están contra Franco con tanta más fuerza cuanto más este gobernante está profundamente resuelto a defender la política occidental. ¡Ah, si Franco fuera neutralista, se olvi-



VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por **INDUSTRIAS RIERA MARSA, S. A.**

darian pronto los males supuestos de su Régimen! Al partido comunista francés se le ha ordenado que entre en acción. Sólo se le dió una sencilla explicación: España está dentro del campo occidental. Las otras frases gruesas están destinadas únicamente para uso externo. No hay que olvidar que el general Franco se ha entrevistado con Foster Dulles y que los dos estadistas han concluido un acuerdo defensivo.»

UN REFRAN PARA «L'EX-PRESS»: BARRER DELANTE DE SU PUERTA

También por rara coincidencia la maniobra contra España, llevada a cabo en estos días, ha tenido su epicentro en Francia. Y sucede así generalmente. No se puede olvidar para explicar el fenómeno que el partido comunista francés es el verdadero motor de la estrategia soviética, no sólo en Francia, sino también en muchos otros países.

Más que probado está que el partido galo controla a los comunistas españoles residentes en Francia, a los de Africa del Norte, a los belgas, a los británicos, al partido del Trabajo de Suiza...

De todo ello se deriva una consecuencia que no debería echar en saco roto París. Con la tolerancia y otras veces con la ayuda de los políticos franceses se está torpedeando la defensa atlántica, de la que no dudan en proclamarse campeones los mismos prohombres que juegan a dos paños, que simultanean las preocupaciones defensivas occidentales con las de facilitar el crecimiento y la robusta salud de la organización comunista.

Mientras los dirigentes de París cierran los ojos a las actividades que entran dentro del Código penal de cualquier país del mundo, le toca a España aguantar la desagradable vecindad empleada como base de partida para toda clase de manejos, zancadillas y argucias del comunismo. Y para toda clase de golpes bajos maquinados por los «progresismos».

Cierto es que a España le toca aguantar las tarascadas que asestan los comunistas, y lo hace sin temor y segura de sí misma. Francia, sin embargo, padece el grave mal de la presencia física en su territorio de los grupos prosoviéticos. Gracias a ellos, Francia se ha visto obligada a retirarse de la mayor parte de sus antiguas posesiones. Fueron precisamente los «progresistas» los que se sirvieron de «L'Express» para lanzar al país la debilitadora consigna de que es «menos onerosa una retirada prudente que la continuación de una guerra». Y perdieron así Indochina y gran parte del Imperio tras una paz fruto de la falta de confianza en la victoria.

Ese mismo periódico derrotista es el que ahora no escatima un



Mendes-France se acaricia la barba. ¿Cuál será la nueva maniobra?

lenguaje viril para arengar a los enemigos de nuestra paz. Pero timbre de voz y energía le vienen prestados de parte del único que pisa fuerte en la política gala: el P. C. F., lo que con todas sus letras quiere decir: Partido Comunista Francés. A su amparo y protección, pululan los grupos «progresistas», que no escatiman tampoco oportunidad de zaherir al prójimo. Y una vez más le ha tocado a España ser objetivo. Con lo bien que le vendría a L'Express eso de «balayer devant sa porte». Barrer delante de su puerta.



«Jean Creach», personaje activo de la maniobra contra España

Alfonso BARRA.

EL MUNDO ARABE EN DOS BLOQUES



Hussein de Jordania aporta su presencia personal a los acuerdos de El Cairo

PACTO EN EL CAIRO Y CONFERENCIA EN ANKARA

UNA POSICION COMUN FRENTE A ISRAEL

EL día 18 llegaba a El Cairo el Rey Saud de Arabia. Eran justamente las ocho y media de la mañana cuando el Monarca, de cincuenta y seis años, pisaba tierra egipcia. El hijo del «León del Desierto» es, a la vez, Monarca absoluto, financiero y el más hábil diplomático de su país. A los trece años, ya guerrero, sometía a un famoso rebelde en Katar. Este hombre, que gobierna sobre la mayor península del mundo, lleva con él todavía algo de leyenda oriental. Su propia tierra lo es: desierto y petróleo El 80 por 100 del país en el primer caso. Un

millón de barriles diarios de petróleo, en el segundo. Trescientos sesenta millones de dólares que la Arabian American Company entrega al Monarca anualmente por la explotación de los pozos.

Ese mismo día, poco después del mediodía, otro personaje, el Rey Hussein de Jordania, se presentaba en El Cairo. Un día antes lo había hecho Sabri el-Bitar, presidente del Gobierno sirio.

En la tarde, tres hombres vestidos a la europea, traje oscuro y camisa blanca, Nasser de Egipto, Hussein de Jordania y Sabri de Siria, estrechaban la mano del

Rey de Arabia, el único que llevaba la ropa fastuosa de los árabes. La Conferencia de El Cairo comenzaba así.

Mientras tanto, casi a las mismas horas, en Ankara se hacían toda clase de preparativos para recibir a los representantes de las naciones musulmanas firmantes del Pacto de Bagdad: Turquía, Irak, Irán y Pakistán. Dos bloques, pues, frente a frente.

EN EL CAIRO: LA DOCUMENTINA EISENHOWER Y EL «CASO JORDANIA»

Los grandes problemas reunían



Una patrulla siria, equipada con armamento soviético, vigila la frontera iraquesa

en El Cairo a los Reyes y gobernantes árabes: la doctrina Eisenhower para el Oriente Medio y el «caso Jordania».

Ya hemos tratado desde estas mismas páginas de EL ESPAÑOL las características esenciales de la «doctrina Eisenhower». Queda ésta definida por la consideración americana de que el «vacío» dejado por Inglaterra y Francia en esos países supone una efectiva facilidad de penetración para los rusos. Rompiendo, no obstante, con el pasado colonial anglofrancés, Eisenhower entiende que la defensa de esa porción vital del mundo, es de tal primacía que pide para ello, si necesario fuera, los plenos poderes para emplear las Fuerzas Armadas Americanas.

Si entendemos dentro de este cuadro la tensión provocada por el bloqueo de Suez y la situación todavía grave, en los territorios de Gaza y Akaba, donde los is-

raelíes pretenden permanecer, a pesar de la sanción oficial de la O. N. U. (74 votos contra dos y otras dos abstenciones) será fácil advertir cuál eran las preocupaciones fundamentales de las cuatro Delegaciones árabes en El Cairo.

A ese examen había de añadirse el problema jordano. Este país, a raíz de la proclamación de su estado oficial como nación independiente, había firmado un tratado con Inglaterra mediante el cual recibiría doce millones y medio de libras esterlinas en concepto de ayuda. Ese presupuesto es vital para el Estado jordano. Ese dinero sostenía, entre otras cosas, la famosa Legión Árabe, que gobernaba, como un caudillo, el teniente general inglés sir John Glubb, conocido en todo el mundo árabe, del que había adoptado costumbres y ropaje, con el sobrenombre de «Glubb

Bajá». Como contrapartida de la ayuda económica, aparte de dominar la Legión, Inglaterra tenía de derecho a disponer de determinadas bases militares en territorio jordano.

Lo que precipitó hace un año el acontecimiento que ha motivado la reunión de El Cairo, que comentamos hoy, fué un suceso sencillo.

Inglaterra, convencida de que el Rey Hussein, educado en Inglaterra, y la presencia de la Legión Árabe, eran razones más que suficientes para que Jordania formara parte del Pacto de Bagdad, realizó una serie de gestiones, demasiado precipitadas y coactivas, para lograr su apoyo al Pacto. Repentinamente, se produjo una reacción popular en Amman, la capital jordana, que puso en grave aprieto al Gobierno y le obligó a retroceder en los pasos que había dado hacia Bagdad.

Desde ese momento Glubb Bajá estaba condenado

EN MARZO DE 1956, UN REY DESPIDE AL HEREDERO DEL LEGENDARIO LAWRENCE

Glubb Bajá era considerado en el Oriente Medio como el heredero de Lawrence. ¿Era inamovible?

En la mañana del 1 de marzo, a las doce del mediodía, el coche del Rey Hussein de Jordania se detenía frente a la Presidencia del Gobierno. Mientras los ministros, de pie, observaban al Rey, escribía éste de su propia mano un documento. Cuando lo terminó lo pasó al primer ministro:

—Estas son mis órdenes.

Todavía añadió:

—Quiero que sean cumplidas inmediatamente.

«El papel —contaría mas tarde Glubb Bajá, de quien están tomadas estas notas— contenía mi dimisión y las de otros jefes ingleses, aparte de cambiar la mayor parte de los puestos de la Legión Árabe y situar en ellos a jóvenes oficiales leales a la nueva situación...»

A las dos de la tarde de aquel día, cuando sir John estaba sentado en el despacho del Cuartel General de la Legión, sonaba su teléfono:

—¿Podría usted pasar ahora mismo por Gobernación? El ministro de Defensa quiere verte.

—Dentro de cinco minutos estaré ahí.

Glubb Bajá iba tranquilo. «Feluh Bajá Medadho era amigo mío desde hacia muchos años. Cuando entré en el edificio me llevaron inmediatamente a presencia de Sameer Bajá, pri-

mer ministro jordano. Con él está el de Defensa. Ambos miraban por la ventana.

—Nunca pensé que tendría que decirle tan penosa noticia. Su Majestad ha ordenado que abandone usted el mando de la Legión.

—¿Por qué razón?

—Ninguno de nosotros conoce la razón. ¿Puede dejar el país inmediatamente?

—¿Qué significa «inmediatamente»?

—Las cuatro de la tarde.

—De ninguna manera. Yo he vivido en este país durante veintiséis años y no puedo dejarlo en dos horas.

—Se puede quedar atrás su esposa»

«Al final —Dirá Glubb Bajá— me comprometí a dejar Jordania a las siete de la mañana del día siguiente. Yo había trabajado con los dos hombres que tenía delante de mí casi veinte años. Sameer Bajá había sido primer ministro tres años y medio antes, cuando moría el Rey Abdullah...»

Así comenzaba la nueva historia de Jordania. ¿Quién iba a ofrecerle, en tanto, la ayuda económica necesaria? A esa pregunta responderían los cuatro gobernantes árabes en la Conferencia del 18 al 20 de enero de 1957 en El Cairo.

UN PACTO DE AYUDA ECONOMICA A JORDANIA

En la mañana del día 18, el coronel Nasser y el Rey de Arabia Saudí, en traje europeo el primero y blanco, immaculado, en su arrogante ropaje árabe el segundo, se dirigieron a la mezquita egipcia de El Ahzar para realizar las oraciones del viernes. Profun-

damente arrodillado el primero, con la cabeza inclinada en el suelo, descalzos los pies. A su lado, con leve inclinación, el Monarca.

Unas horas más tarde, el día 19, se llegaba a un acuerdo con respecto al problema jordano: se invita oficialmente a Jordania a separarse de Inglaterra y a denunciar, por tanto, el Pacto de amistad y ayuda que, bilateralmente, firmaran hace nueve años. Para ello los cuatro hombres de Estado llegaron a una división de la carga económica: Jordania recibirá, durante un plazo de diez años, una ayuda financiera que se elevará a doce millones y medio de libras egipcias. Las condiciones decisivas para recibirla son las siguientes:

a) Que el Reino hachemita ponga fin a su tratado con Inglaterra.

b) Que esté dispuesto a situarse con los firmantes del Pacto de cooperación en una política alejada de su posición anterior.

Un anexo del acuerdo determina las cantidades que a cada uno de los tres garantizantes le tocará pagar a Jordania:

1) Siria: dos millones y medio de libras egipcias o su equivalente.

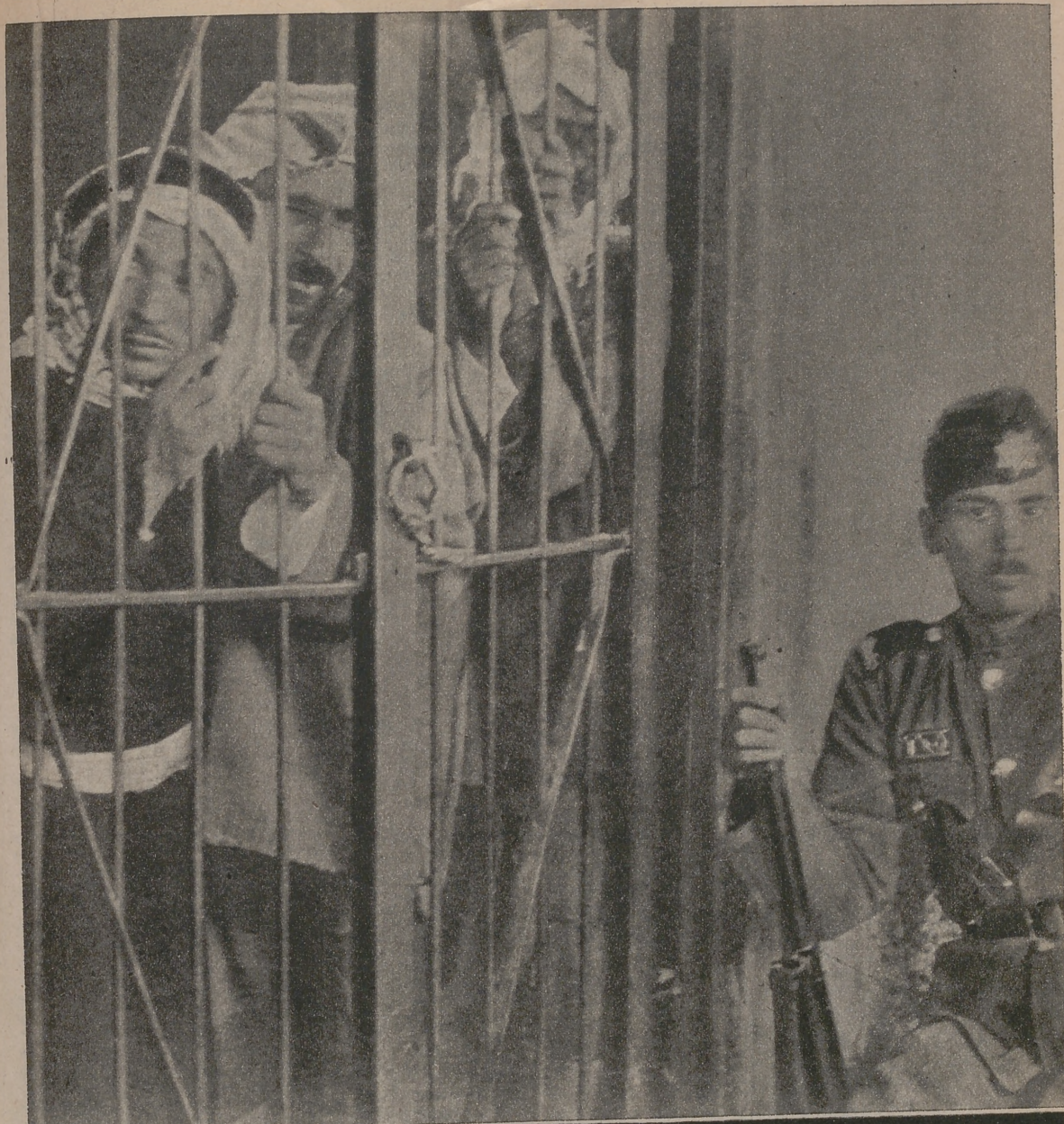
2) A Egipto y Arabia Saudí les corresponden cinco millones de libras.

A su vez, Jordania se compromete a comprar las armas que sean necesarias a sus ejércitos a las partes contratantes, siempre y cuando estén en disposición de poderse las ofrecer...

Este es un caso bastante pintoresco, porque tanto Siria como Egipto las han recibido, últimamente, de Rusia. Pero todavía no está ahí lo más curioso.



Saud y Nasser conferencian en el aeropuerto de El Cairo, poco después de la llegada del Rey árabe para asistir a las reuniones celebradas en la capital egipcia



Esos que están tras la reja son los sabotadores de oleoductos, vigilados de cerca por la Policía iraquesa

¿TERMINARA LA AYUDA AMERICANA PAGANDO LA DEUDA CONTRAIDA POR LOS TRES PAISES?

Lo verdaderamente curioso es que, dentro de la pugna internacional, increíblemente mezclada y confusa, pueden ocurrir las paradojas más desconcertantes. Una de ellas, no imposible, puede ser la siguiente: que los 36 millones de dólares que, en números universales, tendrán que entregar anualmente los países garantizados a Jordania, sean, de una forma u otra, hechos efectivos por Norteamérica en virtud de los planes de ayuda económica al mundo árabe.

Por lo pronto, en las conversaciones que el Rey Saud mantendrá con Eisenhower en Estados Unidos figura en su «agenda», entre las más importantes, el tema financiero. Arabia cree que conseguirá, para enlazar con el presupuesto próximo, teniendo en cuenta las dificultades que ha

creado el bloqueo de Suez a la industria del petróleo, una importante cantidad de dólares... Parte de ellos, a su vez, tendrán que ser dedicados a Jordania para que denuncie, definitivamente, su Tratado de amistad con Inglaterra, aliada de Estados Unidos...

EXAMEN DE LA SITUACION EN EL PRIMER BLOQUE ARABE

El amplio movimiento para separar a Jordania de Occidente responde, desde El Cairo, a un movimiento estratégico, temeroso Egipto de un posible aislamiento. Pero aunque Jordania haya intentado advertir, de cara a Inglaterra, que su aceptación de la ayuda árabe para reemplazar la británica no supone un acto «inamistoso», el hecho cierto es que, fatalmente —y acaso sin que lo quieran los propios firmantes de El Cairo—, amplía la zona de influencia soviética en el Oriente Medio, enormemente acusada, sobre todo en Siria.



Nury Said, el activo primer ministro iraqués, que ha estado en Ankara con las horas contadas

Buena prueba, y casi simbólica, lo será el siguiente «cruce de líneas»: justamente en el momento que los cuatro gobernantes árabes se reunían en El Cairo, varios millares de personas, en esa misma capital, escuchaban los discursos de apertura de la Feria de Muestras Industriales Rusa. La Feria abarcaba, entre paréntesis, las más variadas formas de la economía soviética, presentándose al mercado egipcio, entre otras cosas, los coches «Zim» rusos al precio de 4.305 dólares, es decir, más baratos que el «Buick» americano, a cuyo tamaño corresponde.

Los cuatro países han rechazado, igualmente, la tesis central de la «doctrina Eisenhower», sobre todo en la parte que alude a la necesidad de ocupar, aunque sea de distinta forma, el «vacío» anglofrancés. Los cuatro países, según El Cairo, entienden que ese vacío, de existir, debe ser cubierto por los países árabes.

Sin embargo, y a pesar de todo, la división del Oriente Medio, la división del mundo árabe en dos bloques, el de Bagdad y El Cairo, disminuye enormemente la verdadera fuerza del conjunto. Por otra parte, la península Saudí, ocupando una posición central entre los dos bloques, puede llegar a ser, también, a pesar de El Cairo, punto de arranque para nuevas canalizaciones de la situación. El Rey Ibn Saud, por su fuerte personalidad, difícilmente puede ser considerado, en el término justo y literal de la palabra, como un hombre exclusivamente al servicio de la política egipcia. Este hecho no es desconocido para nadie. Su viaje a Washington será importante, porque, si bien

puede ser un portavoz de la Conferencia de El Cairo ante el Presidente Eisenhower, tampoco deja de ser, paradójicamente, un aliado de Estados Unidos, ya que mantiene con Norteamérica un Pacto de mutua ayuda. Está claro, por tanto, para nuestros lectores, la pugna de intereses contrarios, algunas veces casi inexplicables, que se mueven, subterráneamente, en todo el Oriente Medio. Aun así, el caso de Arabia Saudí merece párrafo aparte. El viaje de su Rey a Norteamérica es un suceso del mayor interés que puede no resultar muy grato en El Cairo a Nasser.

Han existido, con relación al viaje, algunas curiosas complicaciones de protocolo. El Rey Saud quería llevar con él un grupo importante: no menos de cincuenta personas. En 1947, cuando era el príncipe heredero y realizó el mismo viaje, todo un piso del hotel Detroit fué ocupado por sus acompañantes. En esta ocasión, las personas que pueden ser «gentilmente alojadas en la Blair House no deberán exceder de diez»...

EN ANKARA, LA OTRA VERTIENTE DEL MUNDO ARABE

La reunión en la capital turca de los países firmantes del Pacto de Bagdad se ha caracterizado, como la de El Cairo, de una serie de actos afirmativos y, al tiempo, de otra serie de sucesos paradójicos.

El primero y aparente contradictorio, pero que revela ya el cauce de la sensibilidad histórica de estos países, quedará reflejado por este solo hecho: el quinto firmante del Pacto de Bagdad no fué invitado a asistir a la Conferencia. Este quinto firmante, como todo el mundo sabe, es Inglaterra.

Ha sido precisamente el Irak, viejo aliado de Inglaterra, quien más dificultades ha puesto a su presencia y quien, al final, impuso su criterio. El primer ministro de esta nación, Nuri, Ben Said, desde la intervención anglofrancesa en Suez, se encuentra con el grave dilema de la situación interna del Irak, donde el Rey ha tenido que tomar decisiones delicadas, en algunos momentos, para impedir perturbaciones públicas antioccidentales. Es posible, por tanto, que Nuri Ben Said, curándose en salud, haya preferido mantener en el ostracismo a Inglaterra, quien, por un cúmulo de adversas circunstancias, se ve alejada, al tiempo, por Foster Dulles y los países árabes, prooccidentales y anticomunistas de las regiones en donde gobernaba desde hace casi un siglo.

La situación delicada del Irak se ha hecho más patente por la inopinada presencia del príncipe, el Emir Abdul Illah, quien, de paso hacia Estados Unidos, ha querido recibir en la propia Ankara, las últimas noticias que le proporcionará, personalmente, el primer ministro.

LAS NACIONES DEL PACTO DE BAGDAD, EN FAVOR DE LA «DOCTRINA EISENHOWER»

En lo que se refiere a la «doctrina Eisenhower», las cuatro de-

legaciones han estado de acuerdo: apoyo total a la doctrina del Presidente norteamericano, que impone, según los términos de su comunicación final, la penetración rusa y asegura, con ello, la paz.

Los embajadores inglés y americano han ocupado un puesto al lado de las delegaciones árabes amigas en la fiesta ofrecida por el Presidente de la República turca. Salvo ese momento, Turquía, Irak, Irán y Pakistán han trabajado aisladas, resumiendo —otra paradoja— en dos días lo que, en principio, iba a ser trabajo para cuatro jornadas. La razón de esta premura de tiempo corresponde, nuevamente, al «premier» Nury Ben Said, que advirtió no podría permanecer en Ankara nada más que dos días. Ninguna razón fué suficiente para convencerle de la necesidad de prolongar la Conferencia.

En resumen, la reunión de Ankara tiene, como la de El Cairo, firmeza y fragilidad. De un lado, la firme disposición de ánimo que ha llevado a ratificar, enteramente, los puntos principales que determinaron, en su día, la firma del Pacto de Bagdad. De otro, la tensión interior de algunos países, agravada en estos días por el conflicto de Cachemira, que coloca al Pakistán en una tirante situación con la India, cosa que destruye, en parte, ese propio acento de firmeza.

Bueno será advertir que desde la India, plataforma declarada y abierta para toda clase de discursos antioccidentales —aunque Nehru haga mangas y capirotos después de la «libertad» de los pueblos a la autodeterminación, de la que es defensor habitual, siempre que no se trate de su propia casa—, el ministro de Asuntos Exteriores sirio, Salah el Bitar —en Nueva Delhi, los días de la Conferencia de Ankara—, no sólo se ha permitido manifestaciones de grave contenido sobre los pueblos árabes firmantes del Pacto de Bagdad, sino que ha señalado la oposición terminante que mantiene su Gobierno contra «la política exterior del Pakistán... Estas palabras podrían considerarse, considerando el momento en que se hicieron, y teniendo en cuenta la posterior anexión de Cachemira a la India, como una aprobación de un pueblo árabe al hecho de fuerza cometido por la India que, en el fondo, se realiza contra una población musulmana de tres millones de personas. Otro dato más de la tensión de los dos bloques.

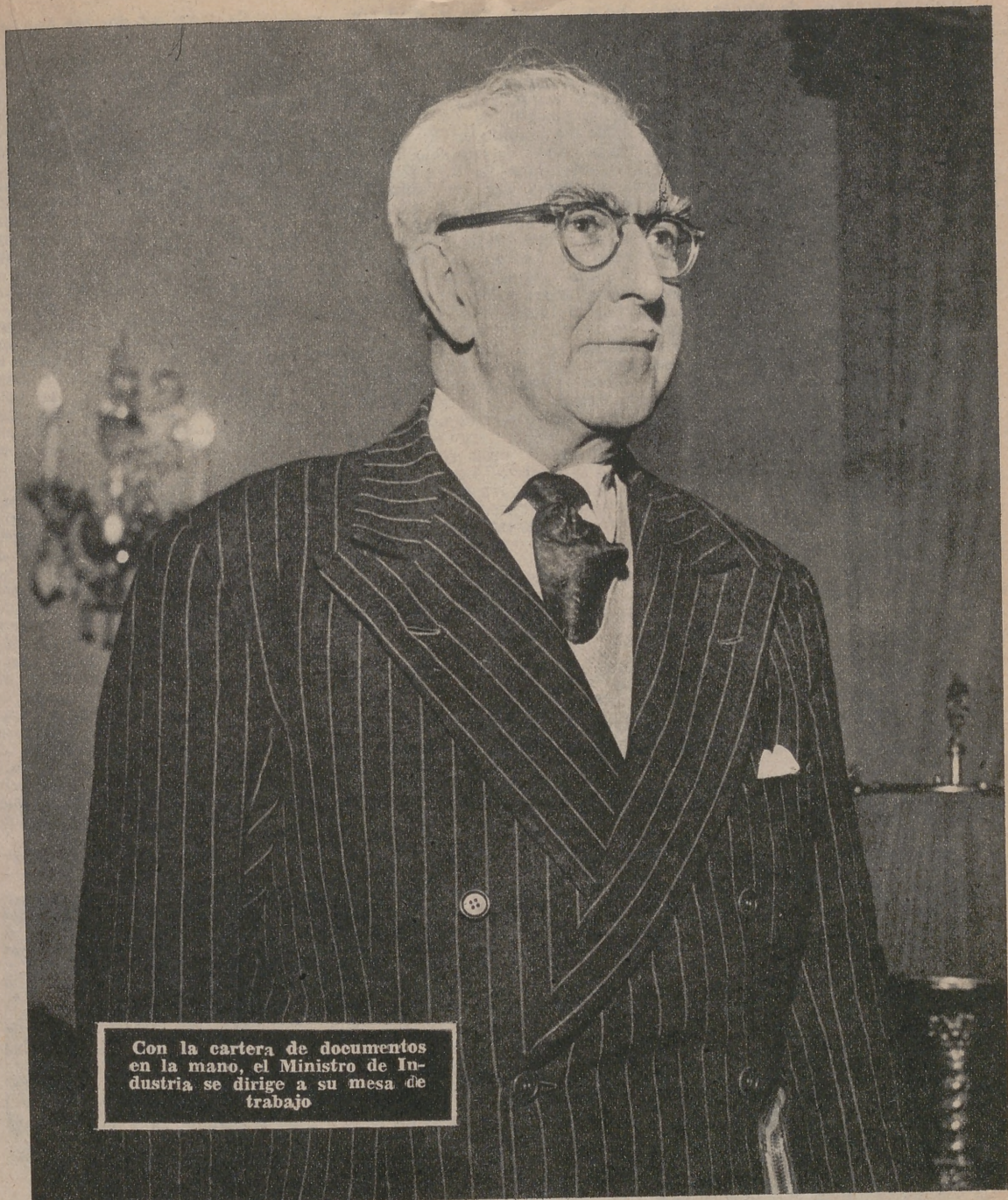
Y POR ULTIMO: CONFERENCIA EN BEIRUT

Por si la doble conferencia de los «grandes» árabes no fuera suficiente, se añade a ellas una tercera: la celebrada en la capital del Líbano, y en la que participan representantes de este país, de Siria, Irak —en este caso, al lado de El Cairo—, Jordania, Arabia Saudita, Sudán, Libia y el Yemen. La Conferencia que ha dado comienzo el día 20, no tiene otro objeto que confeccionar un plan de bloqueo y boicot de Israel, asunto que aglutina a todos.

Enrique RUIZ GARCIA



Nasser, Saud y, al fondo, el primer ministro de Siria, Sabri Assali, oran en la mezquita de Al Azhard, durante las reuniones caiotas



Con la cartera de documentos en la mano, el Ministro de Industria se dirige a su mesa de trabajo

UN CLARO PORVENIR PARA LA INDUSTRIA ESPAÑOLA

"Se incrementará la productividad mediante la modernización de las instalaciones y la racionalización de los métodos de trabajo", dice el Ministro, señor Planell

L evidente progreso industrial de España, cuya producción se ha duplicado desde 1940 y cuya renta neta industrial, que en 1956 ha sido del orden de noventa y cinco mil millones de pesetas, viene aumentando en estos últimos años a razón de un

diez por ciento anual como promedio, suscita de vez en vez comentarios pesimistas de quienes temen que las grandes inversiones de capital que requiere la expansión industrial sean excesivas para nuestra economía y den lugar a presiones monetarias tan inten-

sas que lleguen a comprometer nuestro equilibrio económico.

Estas son las primeras palabras de don Joaquín Planell, Ministro de Industria de España. Son palabras—dichas con su segura voz, con su pensamiento de hombre técnico, de hombre práctico, de

hombre creador de riqueza para España a través de las múltiples directrices industriales por él llevadas a cabo en este resurgir industrial de nuestra Patria—que resumen la actual situación de la industria española y rebaten la posible desconfianza de aquellos pesimistas espíritus que temen que la rapidez y volumen de nuestra progresión industrial traigan como consecuencia dificultades derivadas, no de una carencia de la industria, sino del, afortunadamente, magnífico y enorme crecimiento industrial de España.

El señor Ministro de Industria habla en este su despacho del Ministerio, balcones a la calle de Serrano, de Madrid, desde la misma butaca que hace poco ocupase cuando expuso las cifras generales obtenidas en 1936 en las diferentes ramas de la industria española. Ahora el señor Planell aborda la faceta de la cantidad o magnitud de las inversiones realizadas en España en el ramo de la industria.

—Desgraciadamente, no disponemos todavía de estadísticas completas sobre inversiones; pero, según los datos que se conocen, lo más probable es que no excedan en total del dieciséis o diecisiete por ciento de nuestra renta nacional, al paso que otros países europeos, cuyo proceso de industrialización se encuentra en una fase mucho más avanzada que el español, realizan anualmente inversiones superiores al veinticuatro por ciento de su renta.

He aquí, pues, que la industria española puede recibir y absorber mayor cantidad de dinero procedente de inversiones privadas que la que hasta ahora ha recibido;

he aquí, pues, que la situación industrial española no sólo está en franco progreso, sino que esta velocidad de expansión debe aún superarse incrementando las inversiones industriales en la medida de lo posible.

No ha habido en España época ni período más propicio ni más favorable para la inversión en la industria y para el rentable desarrollo de la misma. Las palabras del Ministro lo confirman:

—De otra parte, y dado el considerable atraso industrial que España viene padeciendo desde hace largos años, atraso que era el principal culpable de nuestro bajo nivel de vida, es perfectamente lógico y plausible que realicemos todos los esfuerzos imaginables para aprovechar la gran oportunidad que brinda a nuestro país un Régimen como el del Caudillo, que, con su estabilidad y continuidad, crea el clima ideal para el desarrollo económico y especialmente para la expansión industrial, que requiere una acción previsora, constante y tenaz, con planes a largo plazo.

«LAS INVERSIONES INDUSTRIALES SON LAS MENOS PELIGROSAS.»

Todas nuestras industrias han aumentado su producción en 1936 con respecto al año anterior, y en un 200 por 100 en relación con el año 1940. La vigilancia y ordenación de este desarrollo, en lo que respecta a las posibles repercusiones económicas, es principal objeto de atención por parte del Ministerio de Industria.

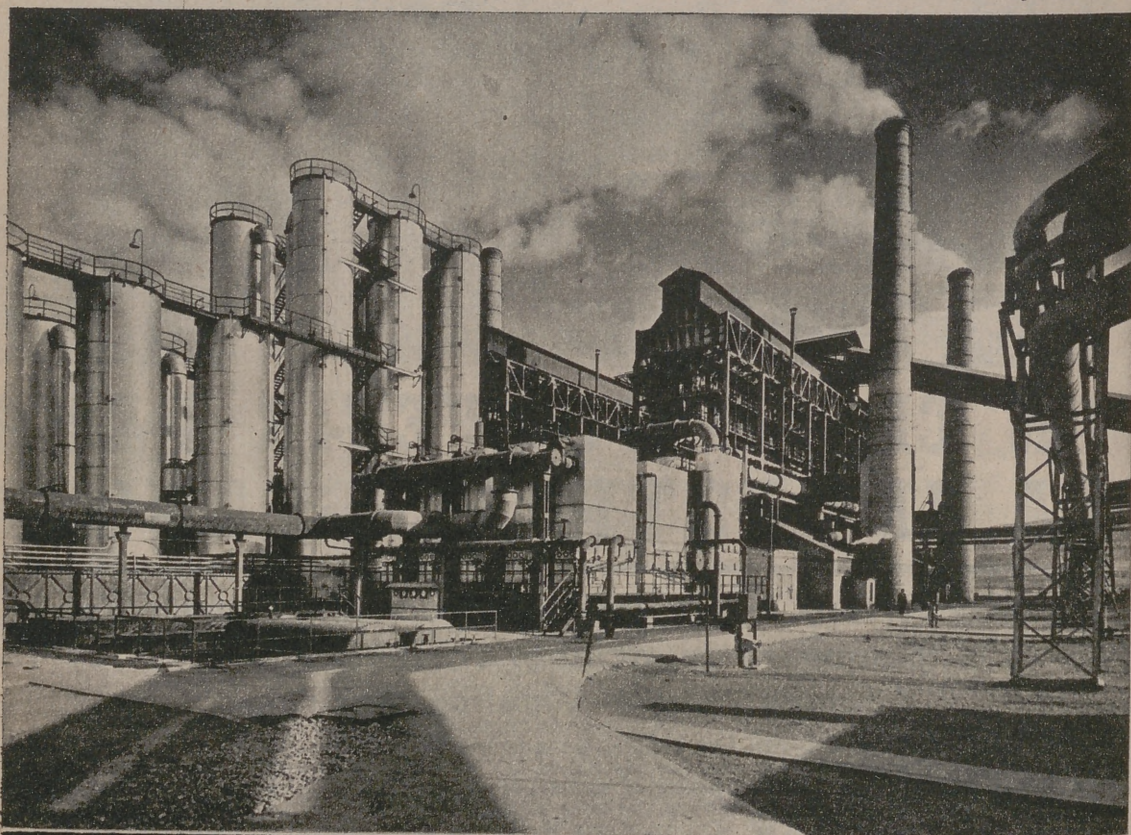
—¿Qué peligros son los que lleva consigo una expansión industrial tan fuerte como la española?

—Es bien sabido que toda expansión económica relativamente acelerada, como la nuestra, tiende a originar presiones inflacionarias que deben y pueden ser contrarrestadas. Ahora bien, las presiones de esa clase a que puedan dar lugar, eventualmente, las inversiones industriales son sin duda las menos peligrosas, pues no tienen carácter acumulativo y son, por el contrario, transitorias, pues van siendo neutralizadas a medida que las nuevas industrias se ponen en marcha y lanzan al mercado sus producciones.

Cuando el señor Planell examina datos, maneja informes y coteja cifras, hay en su expresión la claridad y la firmeza del hombre que conoce el camino, que sabe dónde están las dificultades, pero que, como un buen científico, no las elude, sino que las ataca y las vence.

Largo es el historial técnico, la biografía profesional de don Joaquín Planell Riera, hoy Ministro de Industria del Gobierno español. Largo, concreto y señero es el resumen de su actividad en el contacto directo con los procesos de fabricación desde que, después de obtener el empleo de teniente de Artillería en 1915 con el número uno de su promoción, pasase, años más tarde, a dirigir el laboratorio y la acería de la Fábrica de Armas de Trubia, donde fuera destinado, y continuase por el proyecto y realización de la Fábrica Militar de Productos Químicos de La Marañosa, como primera de las grandes empresas que se desarrollarían bajo su dirección inmediata.

—¿Cuál es, en síntesis, el porvenir industrial de España?



Una fase más en la industrialización: la central de Puertollano para destilación de pizarra bituminosa



La fotografía que muestra el señor Planell es la de un horno alto de Avilés

—Los grandes progresos logrados en casi todos los sectores industriales ejercen ya indudablemente una gran influencia moderadora sobre las prestaciones monetarias que puedan haber producido las inversiones industriales de estos últimos años, y en los que se avectinan los progresos serán de tal importancia, especialmente en los elementos fundamentales de nuestra industria, como son los combustibles, la electricidad, la siderurgia, el cemento y los medios de transporte, que podemos contemplar el porvenir con toda tranquilidad.

No obstante, la experiencia industrial del señor Planell, experiencia adquirida a través del tiempo que, en el año 1923, marchase en misión oficial a los Estados Unidos, o cuando desempeñase, desde 1930 a 1934, el cargo de agregado militar en la Embajada de España en Washington, le lleva a no desechar las posibilidades adversas. Y, además, siguiendo un esquema lógico, a mostrar o señalar los remedios que puedan anular las causas negativas.

—Sin embargo, es indudable la necesidad de adoptar todas aquellas precauciones y medidas que puedan contribuir a frenar cualquier tendencia inflacionaria que, de no cortarse oportunamente, pudiera comprometer nuestro progreso económico e incluso pudieran llegar a desvirtuar la política de justicia social que, con tanto entusiasmo y eficacia, viene desarrollando el Régimen.

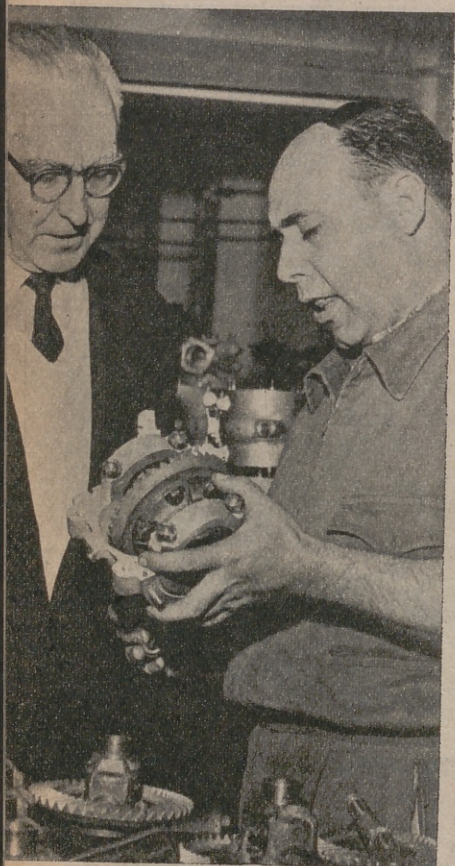


El señor Planell, en su despacho oficial, expone la situación industrial del país

«HAY QUE INTENSIFICAR LA FORMACION PROFESIONAL DE TECNICOS Y OBREROS ESPECIALIZADOS.»

En septiembre de 1937, la Sección de Fabricación del Cuartel General del Generalísimo tiene un nuevo jefe: el hombre que hoy es Ministro de Industria. Otra vez en la guerra por defender a España, por salvar a la Patria. Ahora la misión en la batalla no es la del combate en campo abierto como cuando, en julio de 1925, mandaba la artillería en la isla de Alhucemas; como cuando su comportamiento frente al enemigo valió a don Joaquín Planell la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando. Ahora la guerra es diferente, pero la responsabilidad es todavía superior. Todo el proceso de fabricación militar del Ejército nacional está en manos de este hombre. Bajo la dirección del Generalísimo, la fabricación de material para el Ejército de España, vigilada y establecida en lo mediato por don Joaquín Planell, no tuvo en su tiempo fallo alguno.

Claro es que la economía de la industria de guerra no es lo mismo que la de la paz. Pero los problemas muchas veces tienen, en lo intrínseco, similitud. Y del puesto de guerra pasa, porque España necesita de su colaboración y el Generalísimo así lo ordena, a ser, en 1941, representante del Ministerio del Ejército en el Consejo de Administración del Instituto Nacional de Industria. Los planes que el I. N. I. va a desarrollar en siderurgia, electricidad o indus-



El ministro de Industria, en visita de inspección a una factoría

trias químicas llevarán, aunque en lo externo no se sepa, muchas horas de trabajos, de desvelos y de estudio de don Joaquín Planell Riera.

Elo sólo, si cabe, sería ya justificada garantía para el futuro. Pero como todos los técnicos, como todos los hombres que han hecho de la ciencia parte integrante de su propia vida, no hay que mirar hacia atrás, sino siempre hacia lo por venir, hacia lo que puede presentarse, hacia lo que hay que prever.

—Desde el punto de vista industrial, son cuatro los extremos que, a mi juicio, deben ser atendidos con mayor cuidado. Primero, evitar en lo posible los «estrangulamientos» mediante la producción, o importación en su caso, de materias primas y productos básicos en cantidad suficiente.

Quiere ello decir que no hay razones para que se produzcan traumas económicos en el actual proceso de desarrollo de la industria española. Cuando la producción nacional no baste para abastecer las peticiones de la demanda, el Ministerio de Comercio de acuerdo con el de Industria afectuará importaciones para que, de esta manera, ninguna factoría, por modesta que sea, encuentre insalvables dificultades en su proceso productivo.

España ha de seguir desarrollándose industrialmente porque se encuentra para ello en la mejor y más favorable coyuntura de su historia económica. Para que este desarrollo siga por buen camino y no se produzca carencia de especialistas, el señor Planell señala la segunda de las medidas que han de ser atendidas conforme a sus anteriores palabras.

—El segundo punto estriba en intensificar la formación profesional de técnicos y obreros especializados para evitar la influencia inflacionista a que da lugar el pleno empleo en la industria, estimulando la transferencia de mano de obra del campo a las actividades industriales y a los servicios.

«LA URGENCIA DE INCREMENTAR LA PRODUCTIVIDAD.»

España no puede quedar atrás en la asimilación de industrias pesadas imprescindibles para el perfecto desarrollo económico nacional. Hay que instalar grandes complejos industriales de tal envergadura que sólo con la ayuda del Estado puede salvarse ese difícil e inicial momento de inercia. Este es el objetivo de la obra del I. N. I. La valía científica de don Joaquín Planell en el ramo de la técnica química le lleva a ser presidente del Consejo de Administración de la Empresa Nacional «Calvo Sotelo» de Combustibles Líquidos y Lubricantes. Las Cortes aprueban, en 1944, una ley trascendental: «Plan para la fabricación nacional de combustibles líquidos y lubricantes e industrias conexas partiendo de materias primas nacionales». Esto es el comienzo de las hoy impresionantes plantas industriales, muchas de ellas a pleno rendimiento, de Puertollano, Cartagena, Puentes de García Rodríguez y Escatrón. Sus perfiles, sus alzados, sus interiores departamentos, sus pro-

gramas y sus productos han sido pensados y concebidos en casi su totalidad por su entonces presidente del Consejo de Administración de la Empresa Nacional «Calvo Sotelo». Un año más tarde el Instituto Nacional de Industria, no como reconocimiento, sino como necesidad, nombra a don Joaquín Planell vicepresidente.

He aquí cómo el señor Planell ha sido parte directa en la instauración de modernísimas plantas industriales. El, pues, mejor que nadie, puede hablar sobre necesidades y urgencias de nuevas técnicas y de nuevos métodos en la producción.

—El punto tercero se concreta en la urgente necesidad de incrementar la productividad mediante la modernización de las instalaciones y la racionalización de los métodos de trabajo.

—¿Y el último aspecto?

—Fomentar el ahorro, tanto en los individuos como en las empresas. Un mayor grado de autofinanciación de éstas, aun sacrificando en parte, si es preciso, sus dividendos, produciría un efecto muy saludable en el sentido que estamos considerando.

«HAY QUE EVITAR TODA TENDENCIA INFLACIONARIA.»

Cinco años más tarde, al desdoblarse el Ministerio de Industria y Comercio en dos Departamentos, el Jefe del Estado español ordena a su antiguo jefe de fabricación de su Cuartel General que se haga cargo del nuevo Ministerio. Y don Joaquín Planell es así el primer Ministro de Industria, considerada esta actividad como un solo objetivo.

Bajo su gestión, una gestión que tiene como suprema norma el desvelo por España de Francisco Franco, su Jefe y su Caudillo, puede anunciarse que España ha doblado su producción industrial. Pero el pensamiento del señor Planell va más hacia el futuro. El camino recorrido no es lo importante; lo importante es lo que falta por recorrer.

—Con medidas como las anteriores y otras de carácter comercial, fiscal y monetario que tiendan al mismo fin, se evitará toda tendencia inflacionaria peligrosa para nuestra economía, sin necesidad de frenar, en su conjunto, nuestro magnífico progreso industrial, y esa es precisamente la política que, bajo la suprema dirección del Caudillo, viene el Gobierno desarrollando y que habrá de conducirnos, sin duda alguna y en muy pocos años, al lugar que a España le corresponde en el conjunto de los países europeos.

Este es como el programa para el porvenir de las necesidades industriales de España. Hace días el señor Ministro de Industria mostraba el volumen y la magnitud de nuestro progreso. Hoy, en este su mismo sillón, a la misma hora también, tal vez las mismas gentes por la calle, don Joaquín Planell ha hecho las previsiones y las perspectivas para el futuro. Que, como hasta ahora, el buen signo esté con todos nosotros.

José María DELEYTO

(Fotografías de Aumente.)

UNA LEY PARA EL SEXTO CONTINENTE

RIESGO Y AVENTURA DE LA ARQUEOLOGIA SUBMARINA

MEDIDAS DE SEGURIDAD Y VIGILANCIA



Momento de emoción: el buceador descubre un tesoro arqueológico y se acerca a él

EL sexto Continente ya tiene leyes. El mundo del silencio está reglamentado desde hace unos días, por lo menos, en la zona submarina comprendida dentro de las tres millas jurisdiccionales españolas.

El establecimiento de un Reglamento que regule las actividades submarinistas, cubre una exigencia que ha venido aumentando día a día desde que el hombre, prácticamente cualquier hombre, pudo descender a las profundidades y desplazarse, casi con tanta libertad como sobre tierra firme. Cualquiera que dispusiera de medios apropiados podía descender bajo la superficie y llevarse lo que encontrara, contando con la suerte de encontrar algo, para venderlo después a quien mejor pagase el hallazgo, y sin más gastos que el inicial de la compra de los aparatos precisos para la inmersión y una buena dosis de iniciativa.

Así comenzó una piratería moderna, no menos rapaz por llevarse a cabo en el siglo XX, y con la única diferencia de que el ataque se realiza bajo el agua y no sobre las olas.

El mar guarda maravillas y te-



Sarcófago romano de mármol «pescado» en las costas de Tarragona, a cuatro metros de profundidad

soros, inmensos tesoros que continuamente se van engrosando por el hundimiento de algunas de los cientos de naves que diariamente trazan un camino sobre la superficie. El mar puede convertirse en la reserva alimenticia

mundial del futuro y ser la gran despensa con que cuenta la Humanidad. Del mar pueden extraerse, y se extraen, petróleo, minerales, materias primas para la construcción; del mar sacan los hombres buena parte de su ali-



Los exploradores submarinistas Fernando Marqués y Antonio Ribera, con el presidente del Club Náutico de Ciudadela (Menorca), examinan fragmentos de antiguas vasijas encontrados en aquellas aguas

mentación diaria, millones de toneladas de pescado al año. Millones en cualquier moneda. La decisión de intervenir en este mundo silencioso, rico y próspero, se fundamenta en el derecho y en el deber que el Estado tiene de estar informado acerca de las personas que practican el submarinismo y con qué fines lo practican. Vigilar las zonas en que se lleva a cabo, para la defensa de la riqueza pesquera, de la seguridad de las comunicaciones nacionales y aun intercontinentales, y para la custodia del tesoro arqueológico.

Ha sido este aspecto de la aventura submarina el que ha dado la voz de alarma, el toque de atención, hacia ese Continente nuevo, en el que muchos creen encontrar el Eldorado de la Era Atómica.

MAX, «EL BARBUDO»

Verano de 1953. Rebikoff tiene alojado en su casa a un ilusionista profesional, llamado Max, «el Barbudo». Rebikoff habla con dos

compañeros acerca de un barco hundido que ha descubierto poco antes en determinado lugar. Los tres hombres hacen comentarios, aventuran posibilidades, y Rebikoff cuenta lo que ha visto. Pasan los días, y el dueño de la casa tiene que ausentarse para hacer de buzo en Dierba. Max se queda en la villa, pensando en los posibles y grandes tesoros que la nave hundida debe encerrar. Y un buen día, el ilusionista se siente demasiado iluso respecto a sus dotes y experiencias de buceador, y se lanza a la búsqueda de la nave romana.

Antes de emprender la aventura se apodera de los aparatos de su huésped, y se sumerge. Encuentra la nave y, como es forzado, vuelve a la superficie, después de unas horas de esfuerzos y peligros, cargado con todas las ánforas que caben entre su pecho y sus brazos.

Dos días después repite la aventura en compañía de un amigo, con la idea de coger, no sólo las ánforas, sino todo el coral que

pueda llevar. Sin embargo, esta vez, las cosas no marchan bien. Se siente mal, y cuando trata de volver a la superficie, nota que sus piernas no le responden. El amigo tiene que ayudarlo a salir. Con gran esfuerzo regresa a la villa de Rebikoff, y cinco horas después se queda paralítico.

El propio Rebikoff habla de este episodio de la piratería submarina en su libro titulado «La conquista de las profundidades»:

«Así lo encontré de regreso de mi viaje. Inmediatamente lo llevé a unas aguas, termales de Saint Tropez, donde nos metimos en un viejo caserón como primer recurso. Y llamé, urgentemente, al médico del lugar, médico jefe de la base marítima. Lo vió, y me dijo que no había esperanza de salvarle. Sin embargo, se salvó. Tres días sometido a las calorías de ocho atmósferas, lo pusieron nuevo. Entonces, por gratitud, en el curso de su convalecencia, me reveló el emplazamiento exacto de un barco, según lo vió.»

El caso de Max, «el Barbudo», es el típico del hombre que se siente atraído por la aventura, y más que por esta, por lo que la misma aventura le puede proporcionar.

EL HOMBRE DE LOS CINCUENTA Y CINCO BRAZOS

Prácticamente, cualquier persona normal puede descender a unos metros de profundidad. Sólo hace falta un cierto valor y una buena preparación, cosas no difíciles de lograr.

Todos los veranos comienza una labor, que el invierno interrumpa en las costas mediterráneas. Todo el litoral del Mare Nostrum guarda tesoros; en todo él, a lo largo de cientos de kilómetros, puede hallarse la nave hundida hace cientos de años y cargada de ánforas. Pero ha sido particularmente en Antibes, como en Saint Tropez, en donde la «caza» de ánforas de la Roma pagana se ha desarrollado más. Aquí es donde esa labor interrumpida se reanuda y hace florecer el «mercado negro», creando una especie de deporte de compra y venta del turismo de los veranos. Esto explica, en parte, el hecho del incremento de la afición a ser buzo, para practicar el deporte submarino. Los inmensos tesoros que el mar guarda necesitan una expedición completa y bien organizada para ser descubiertos y, más aún, para ser recuperados.

Pero en el mundo hay muchos Max, «barbudos» o no, quizá ilusionistas y, sobre todo, ilusos. Muchos de esos aficionados a buzo creen y piensan que ellos solos, cada uno por su lado, sin ayuda de nadie, sin apoyo de Empresas, pueden encontrar en el Mediterráneo, en las naves romanas sumergidas una riqueza bien a su alcance: las ánforas de barro, las de plata cincelada, revalorizadas por los siglos, que en manos de los anticuarios pueden alcanzar precios muy altos. Y piensan también que en una sola trirreme hundida hace miles de años les están esperando, quizá, cientos de ánforas.

Este pensamiento y, sobre todo, el saber que puede ser cierto, ha creado, y sigue creando, una auténtica rivalidad entre los pescadores de ánforas. Un drama que se desarrolla a veinte o treinta

metros de la superficie, una acción desesperada y, a veces, sangrienta, alrededor de una galería romana enterrada en el jardín submarino.

Demetrio Rebikoff conoce bien ese mundo de intrigas, de luchas sordas y ciegas por la caza del tesoro. Si Cousteau es el Colón del mundo del silencio, Rebikoff es el Hernán Cortés del mismo. A Rebikoff se le llama el «Hombre-pulpo» el «Hombre de los cincuenta y cinco brazos» y el «Hombre-pepe». En unos pocos años se ha elevado descomulgando. Su apellido es eslavo, pero su nacionalidad es la francesa. Y su personalidad tiene justificada cabida en este reportaje, porque todo cuanto ha inventado o perfeccionado, desde una cámara de cine, otra de televisión y una escafandra perfecta, a prueba de profundidades abismales, lo ha probado en España, en aguas españolas. Concretamente, en la costa vasca.

Dentro del agua, su cuerpo—un metro, noventa y cinco centímetros de altura—se convierte en una máquina perfecta, y su cerebro trabaja con la rapidez del relámpago. Durante seis años—desde 1950 hasta 1956—ha vivido el primer capítulo de la arqueología submarina, escribiendo la introducción del gran libro que aún está por hacer en la materia más deslumbradora de todas las conocidas, mucho más que la descubierta en excavaciones, bajo las arenas y las rocas, de los antiguos pueblos desaparecidos.

Todas sus experiencias, todo su saber, unido al de otros hombres ya famosos en el mundo submarino, podrá ser aprovechado por los futuros hombres-rana españoles.

LA RAZON DE UNA LEY

Hace unos días tan sólo, en Barcelona se reunían los representantes del C. B. A. S. y del C. R. I. S. Objeto de la reunión: aunar esfuerzos, unificar puntos de vista, lograr una identidad de miras absoluta entre el Centro radicado en Madrid y el residente en Barcelona. Y se llegó al acuerdo.

Aun no se da en nuestras costas el caso de los «ranas-piratas». Pero en España, con un litoral tan extenso y tan cargado de historia, no tardará en manifestarse ese afán que ahora invade al mundo de lanzarse a las profundidades para sacar lo que se pueda o, simplemente, por amor al riesgo. El mar, lo que en él hay ese camino verde y con olor a yodo, y buena parte también de las divisas que el Estado emplea llegan por el mismo camino, vienen del mismo lugar.

Por eso se ha creado una Comisión Interministerial que regule las actividades submarinas de los escafandristas. El invento por Cousteau de la escafandra autónoma ha determinado la posibilidad de que el hombre se mueva con absoluta libertad bajo el agua. Esto ha planteado, en todos los países, la necesidad de establecer el control de la defensa de los muchos intereses que se ven afectados por esta facilidad de movimientos.

En Levante, las Baleares y las Canarias, ha crecido y crece considerablemente el número de aficionados a este deporte-ciencia. También se establece un control

sobre las personas, control médico que debe observarse a rajatabla en bien de todos y cada uno de los submarinistas. Escafandra y armas empleadas: la práctica deportiva, la pesca submarina, el estudio de la fauna y la flora marina, la investigación arqueológica, la defensa o el ataque en caso de conflicto, la revisión de las naves, todo ha quedado encasillado, determinado. Nuestras costas, por lo menos en el espacio comprendido en las tres millas de rigor, están protegidas contra piratas y desaprensivos. Contra los que lleguen de fuera y aún contra nosotros mismos.

VER PARA APRENDER

Sin embargo, hoy por hoy la faceta más atractiva y la más adelantada de todas las que integran la actividad submarina es la Arqueología, aunque en España no haya llegado a la altura que en Francia, nación que, indiscutiblemente, marcha a la cabeza.

Por eso hay que volver los ojos hacia los Cousteau, Rebikoff, Piroux, Demereux, Broussard... Hay que contar con sus experiencias para aprovechar sus éxitos y sus enseñanzas y soslayar sus fracasos. Hay que hacerlo bien, porque nuestro litoral mediterráneo es mucho mayor que el francés y, por tanto, mayores han de ser las oportunidades que se nos presentan. Y eso es lo que se es a haciendo. Una serie de Centros filiales jalonan las costas españolas, y allí donde ellos se encuentran están el C. I. A. S. y el C. R. I. S.

No pasarán muchos meses sin que se haya dado una serie de conferencias con proyecciones que sirvan de enseñanza a los futuros submarinistas. En los cursillos se les instruirá, se les aconsejará y, según sus condiciones o aptitudes, entrarán a formar parte de uno u otro servicio o sección. Pero todo serenamente, sin ruido, sin alharacas, porque la responsabilidad es grande y el porvenir se presenta risuño y seguro. Sólo de esta forma se conseguirá evitar una repetición de las piraterías llevadas a cabo por extranjeros, y aun por los mismos franceses, en sus costas.

«PIRATAS-RANAS». CORSARIOS DEL SIGLO XX

«La Cretense» es una roca, una peña, como un menhir natural de piedra roja y blanca que sobresale entre dos conos negros, como

de basalto, y marca un punto en la ruta de los barcos que navegan desde los puertos de Italia hasta la costa francesa del puerto de Marsella. Muchos barcos han tropezado con ese escollo, y siempre con consecuencias nada prácticas ni agradables para sus tripulaciones. Allí van los pescadores de Agay o San Rafael a echar sus redes, a pescar bajo la luz del sol o de noche, al amparo de las luces rojas de los faros dispuestos en la rada. Allí van también, al hallazgo arqueológico, los pescadores de ánforas, bordeando los flancos de «La Cretense». Y allí fue donde, por casualidad, se descubrió el primer resto romano.

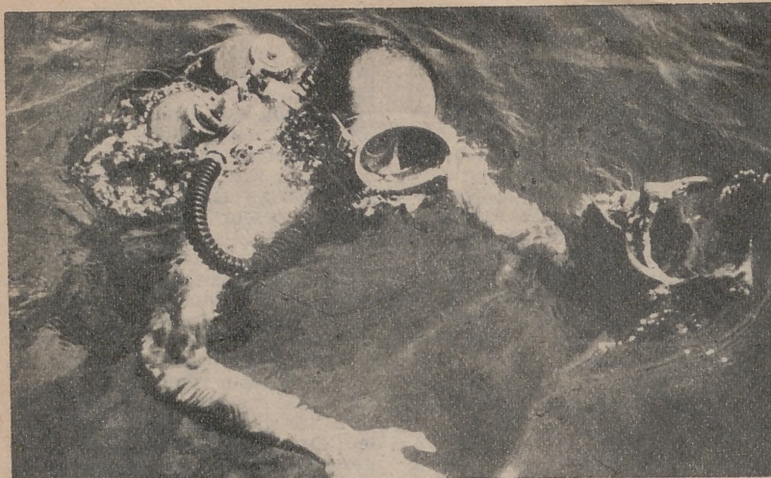
Allí se fué un día Broussard, promotor de «El Club Submarino», de Cannes, en compañía de Demereux, un compañero de Club. Sólo por divertirse, por placer, descendieron a veinte metros. A esa profundidad, una fuerte corriente les hizo bambolearse como globos cogidos en el centro de un huracán. Broussard se agarró a las hierbas para subir, y al hacerlo su mano tropezó con algo duro. Inmediatamente pensó que era un tiburón y comenzó a manejar el hacha. Cuando se serenó y vió que no era lo que él temía, alargó la mano y la cerró sobre un asa. Se acababa de encontrar la primera ánfora en aguas francesas.

No era, sin embargo, la primera, aunque sí lo era oficialmente. Ya desde hace cientos de años, los pescadores de Saint Tropez conocían el lugar. De cuando en cuando, en sus redes remontaban a la superficie una de ellas y la guardaban, creyendo que contenían un veneno desconocido o un maleficio. Y a lo largo de Tolón y de las Hyères, centenares de ánforas, desconocidas oficialmente, se fueron amontonando desconocidas por los especialistas de la Arqueología.

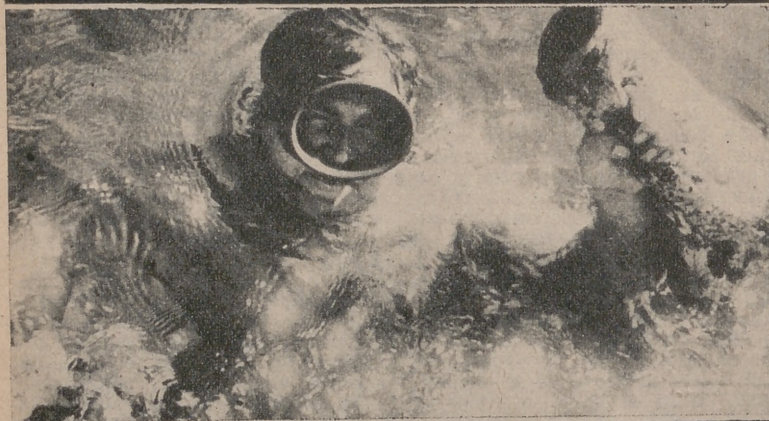
En Agay, la casualidad descubrió una verdadera mina de ánforas romanas y fenicias. Cerca de cuatro mil se encontraban esparcidas, superpuestas en re sí o mezcladas con las hierbas y tres días después de este descubrimiento, el doctor Piroux encontraba otra nave a 50 metros de la anterior. Las nuevas ánforas tenían un tipo de líneas más puro y un estilo

Un poblado primitivo cuya antigüedad se remonta a mucho más de dos mil años ha sido localizado por los exploradores submarinos en este paraje de Menorca





El buceador señor Marqués, en aguas españolas del Mediterráneo



Del fondo del mar se rescatan restos de un antiguo naufragio



La aventura y el riesgo tienen compensación en los valiosos hallazgos

muy diferente al de las encontradas hasta entonces.

Y comenzó el pillaje. Todo el que sabía bucear se lanzó a buscar ánforas. En muchas de ellas está grabado el nombre del negociante en vinos y la marca de fábrica, un sello comercial puesto hace miles de años y conservado bajo el coral que se adhirió al barro.

En este negocio entran cada vez más competidores, por la sencilla razón, razón jurídica, de que el subsuelo del mar no pertenece a nadie. Los tesoros pertenecen a quienes bajan a buscarlos y a recuperarlos. En razón de la ley marítima del primer ocupante, todos los buceadores, buzos, hombres-rana, etc., son rivales en re-

si. Es una lucha violenta, salvaje a veces, sangrienta y dramática en ocasiones. Si la lucha se desarrolla en los mares mal vigilados, como las costas tunecinas por ejemplo, llega a veces hasta la muerte o la mutilación.

La policía terrestre y el sistema jurídico pierden todo su poder al borde del agua. Queda la ley de la inscripción marítima, que alcanza esas tres millas, pero a partir de ahí el mar es de todos.

Rebikoff habla de lo que sucedió en torno al barco cuya situación le reveló Max: «Era un verdadero depósito de ánforas. Las encontré y las subí a la superficie, y hallé que estaban marcadas con un sello negro. Las vendí bien, a cuarenta mil francos

pieza. Mi camarada Piroux, ilusionado y a todo trance decidido a hacer valer su condición en el negocio de las ánforas, se fué a entrevistarse con Fernando Benoit, director de Antigüedades de la región.

La caza de los piratas se organizó entonces. En vano la gendarmería nacional fletó unas barcas encargadas de la vigilancia. Los «piratas-ranas» capturados por la Policía de la Costa Azul fueron interrogados noche y día. Y lo más gracioso de esta historia es que la gendarmería marina se envenenó, influida de la ilusión del negocio, y acabó fletando una pequeña nave, que de un golpe transportó veinticinco ánforas. Y resultó que, a su vez, fueron descubiertos y capturados, confesando que en los interrogatorios a los «piratas-ranas» éstos les habían dado detalles de dónde se podían coger más ánforas que en lugar alguno, y que no resistieron a la tentación. El resultado fué que las autoridades militares, muy serias, tuvieron que ser tratadas como vulgares contrabandistas por la Inspección Marítima.»

DE LAS ANFORAS MALLORQUINAS A LA TARTESSOS BAJO LAS AGUAS

La costa tunecina es el lugar preferido por los «piratas-ranas». En ellas, además de las múltiples embarcaciones hundidas a través de los siglos, se encuentra un inmenso cementerio de acero, materia más fácilmente vendible o transformable que las ánforas.

Antes de su defensa en El Alamein, Rommel, «el zorro del desierto», tuvo que replegarse en Túnez, y su ejército se vino abajo entre Spax y Bou. El grueso de las tropas, con todo su material, fué embarcado con destino a Alemania, pero nunca llegó a su destino. Ochenta y seis naves, cargadas con cañones, municiones, tanques, armas y carburantes, fueron hundidas por los submarinos aliados. Y los buzos tunecinos hicieron su agosto al sacar a la superficie las armas y grandes cantidades de piezas de acero. La mayor parte del armamento extraído fué vendido a los «fellahs», que más tarde, hace unos meses tan sólo, luchaban contra los franceses. De este modo, Francia se encontró ante la necesidad de pelear de nuevo, si no contra los propios alemanes, sí contra buena parte de las armas que ellos construyeron.

Para cuando en España se halle en pleno desarrollo el submarinismo, una reglamentación segura y terminante, perfectamente definida, evitará que los actos de piratería se lleven a cabo en nuestras costas, a lo largo de las cuales van apareciendo desde hace algunos años ánforas (Palma de Mallorca), un sepulcro romano (Tarragona) y últimamente la antiquísima ciudad de Tartessos, si bien falta por confirmar que los restos descubiertos en el fondo del Mar Menor sean los de la ciudad desaparecida hace miles de años. La Arqueología submarina tiene un gran porvenir en nuestra Patria.

G. CARCAR

VENEZUELA - ILUSION

Por Andrés REVESZ

... ¡Oh, Patria, ya vuélvame a cantar
desde el Coquibacoa, que es espejo del cielo,
hasta el recio Orinoco, que es la vena del mar!

En ti palpita el beso del mar de las Antillas;
por el Sur el Brasil te da el cántico;
Colombia te adormece con voz de maravillas
y te envía un saludo por el Este al Atlántico

Armando SIMONS PLUMACHER

MERECERÍA la pena dedicar un libro a la influencia profunda y duradera que ejercen sobre nuestra vida la literatura, la música, los nombres sonoros. Mi viaje a Venezuela, por ejemplo, es consecuencia del viejo anhelo de mi niñez, cuando una novela de Julio Verne me puso frente al Orinoco. Dicen de Goethe que durante una larga temporada no podía retener sus lágrimas al contemplar cualquier paisaje de Italia. Yo no diré tanto de mi violento deseo de ver correr el Orinoco. Mi razón, más fuerte que mi imaginación, me convencía de que un río era un aspecto de la naturaleza que no cambiaba. El mar varía de color, empuje, música, mientras que el más majestuoso de los ríos nos ha entregado todo al cabo de cinco minutos. Lo sabía; sin embargo, desearía de mi sensibilidad si hubiese renunciado a la realización de mi anhelo infantil: encontrarme algún día en la orilla del Orinoco. Y diré, sin avergonzarme, que el secretario general del Estado Bolívar, doctor Orsoleni, me miró con extrañeza al ver lágrimas en mis ojos cuando en su coche desembocamos en el paseo Falcón, frente al río por antonomasia.

Venezuela-ilusión... Para mí era la ilusión que muchos años antes había suscitado en mi mente la lectura de unas aventuras. Para millones de inmigrantes es otra ilusión menos poética: vivir mejor que en su país de origen. José Antonio Rial (le conocí en la redacción de «El Universal») ha escrito una excelente novela titulada «Venezuela, imán»; en ella agota el tema de los inmigrantes y sus relaciones con los nativos. «Desde hace años —escribe— atraen el imán petrolero, el rumor de colmena de la Caracas en construcción y la anchura solitaria de los llanos venezolanos a cuantos se cansaron del sangriento juego europeo o a los que, sin saber mucho de tal juego, no caben en aquellas penínsulas abarrotadas de pobres. Los fugitivos que durante la última guerra se detuvieron tras las cordilleras o al borde del mar, con angustias, soñando con la América en paz, ahora realizan su contenido anhelo, aunque no siempre encuentran la Canaán entrevista en los

días del exodo... Venezuela es aquella tierra de El Dorado, del imán maldito que perdiera a Jimenez de Quesada, que arrasara hasta el infierno verde al capitán Antonio Berrio, a Walter Raleigh y al tirano Aguirre. Allí, en el fondo de Guayana, la mágica Manoa, de murallas de oro, sigue brillando para los ambiciosos. Y ahora, las fuentes inagotables del petróleo son un motivo más de hechizo de este país sirena, del que los inmigrantes sólo saben leyendas.»

Ya con pelo blanco he conseguido convertir en realidad un viejo ensueño. He visto correr el Orinoco, he estado en la Guayana, tengo un pedacito de oro virgen, sin labrar; he escuchado el ruido de las cascadas del Caroní, que producen no sé cuántos kilovatios de fuerza eléctrica; he hablado con un benemérito misionero español, el padre Diego, que está catequizando a indios salvajes en plena selva virgen; he estado en la modesta sala en que Simón Bolívar pronunció uno de los mejores discursos políticos de todos los países, he recorrido las calles de estilo colonial de la Vela de Agosto, que ahora lleva el nombre del Libertador. He vivido en un constante ensueño febril horas y días, aunque mi razón sabe que nada hay comparable a nuestra Europa, pero «¿quién que es no es romántico?», y América, con su primitivismo, sus miserias, sus riquezas, su Historia tan agitada, es el lado romántico del comentarista de política internacional.

¿O es que necesitamos alguna inyección de romanticismo, o nos forjamos la ilusión de haberla experimentado? No es nada difícil recorrer los novecientos mil kilómetros cuadrados de Venezuela —casi el doble de España— sin experimentar un átomo de ensueño romántico. Lo llevamos dentro de nosotros o no; es reflejo de nuestra propia sensibilidad. Para mí Caracas conserva un aspecto romántico, a pesar de su modernismo de último grito, porque allí están enterrados los próceres de las más hispánicas de las luchas, y porque conozco los anales venezolanos y he leído el libro de Ramón Díaz Sánchez sobre los dos Guzmanes, padre e hijo. Nadie reconocería en la Cara-

cas de hoy la pequeña capital colonial que el primero de los Guzmanes contemplara desde lo alto del Avila, anticipándose al personaje balzaciano Rastignac, con el sordo grito: «Llegaré a dominarte». Pero la transformación no data de la primera mitad del siglo pasado, sino desde hace tres o cuatro lustros, e incluso de hace tres o cuatro años, pues se construye tanto y con un ritmo tan vertiginoso, que donde ayer se cultivaba caña de azúcar, se levantan hoy rascacielos.

El ejemplo de la capital venezolana indica de un modo elocuente lo que puede el descubrimiento de yacimientos petrolíferos. Sin el aceite mineral, Venezuela podría vivir e incluso prosperar: exportaría café, cacao, azúcar, ganado, pero se comprenderá que no es lo mismo. Sería uno de tantos países, mientras que ahora es «imán» y causa envidia. Para conmemorar dignamente el 2 de diciembre, fiesta del régimen del Presidente Pérez Jiménez, el Poder Ejecutivo ha gastado en obras públicas el equivalente de más de veinte mil millones de pesetas.

Podemos imaginarnos, pues, la legítima satisfacción de los ciudadanos del Estado Zulia, más claramente de Maracaibo, al saberse los pilares de la riqueza nacional. Del lago de Maracaibo —de la tierra de Coquibacoa— proceden lo mismo la denominación del país (pequeña Venecia) que el oro negro, que es base de su envidiable prosperidad. Se comprende que Zulia tenga su amor propio. Un pequeño ejemplo: Cuando en una antología de los cien mejores poemas, publicada en Caracas, no fueron incluidos los poetas de su tierra, el Estado Zulia publicó a su vez un tomo que se titula ostensiblemente: «Bien de las mejores poesías zulianas», tomo del que copio los primeros versos del largo y elocuente «Canto a Venezuela», del malogrado poeta de color Simons Plumacher, que murió antes de alcanzar la edad de treinta años. Un ejemplo, acaso de poca monta, pero que considero característico para la actitud vigilante de los ciudadanos de Maracaibo y de las orillas del lago, donde encontramos un... Gibraltar.

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA



UN PAISAJE QUE BUSCA SU PINTOR

BRUJAS Y APARECIDOS LLENAN LAS FABULAS ALPUJARREÑAS

PORTUGOS Y SUS AGUAS MINERALES



UN PUEBLO ALEGRE, RICO Y SEÑORIAL, HABITADO POR FAMILIAS ANTIQUISIMAS

Vista de Pórtugos. Al fondo, el cerro de la Cruz y, sobre él, la carretera de las minas de hierro del Conjuro

SON las nueve en punto de la noche. Cref que era mucho más tarde, pero al mirar el reloj me he quedado asombrada. Debe de dormir todo el pueblo ya y yo me dispongo también a irme a mi habitación. Por un momento pienso en mi vida habitual. A esa hora en Madrid la gente aún anda afanosa por la calle y nadie piensa en descansar. Pero aquí es diferente. Todo es diferente en estos pueblos perdidos entre sierras. Hace un rato, comentando la incomunicación de estos pueblos, me han explicado que lo que únicamente existe son las emisoras de la Guardia Civil. En cada pueblo una que utilizan para el servicio, pero si ocurriera

algo urgente ellos avisarían. Darían la noticia, por ejemplo, diciendo: «Aquí Pitres. Se ha despeñado un camión, hay varios heridos graves; manden una ambulancia...» No sé por qué pienso estas cosas; tal vez porque la noche y el ambiente contribuyen a desbordar la imaginación. Todo lo veo bajo un clima de alucinación. La gente de aquí hace su vida corriente. Ahora han cenado y se van a dormir, pero yo tengo el espíritu en tensión, como si estuviera sumergida en una intranquilidad perenne. Parece que espero algo que puede suceder en cualquier momento.

Llueve incessantemente. La lluvia llama en mi balcón con el rep-

queteo de nerviosos dedos. La luz de la habitación es mortuoria. Debe de ser una bombilla de muy pocas bujías. Sin embargo, voy a tratar de leer algo. Me gustaría leer aquí a Tomás de Kempis, pero no lo he traído. ¿Y por que asociación de ideas ha venido el ascético monje alemán a mi mente? Tal vez por mi vecindad con los muertos. No puedo olvidar que, colindando con esta casa, está el cementerio. Ellos duermen ahí, bajo esas losas que vi por el balcón, tendidos e inertes, y ya saben la verdad del más allá y también la justicia de Dios. Pero no la justicia de Dios dejándola caer a plomo sobre los pecados, sino también dando su justicia

a quien recibió la injusticia, dando consuelo a quienes dieron desamor en pago de un gran amor. Yo creo que Dios ofrecerá su pecho como a Juan, el discípulo imberbe, a un alma que saiga de la tierra dolorida y cansada y le dirá: «Ven aquí, deja caer tu cabeza sobre mí. Yo sé cómo te pagaron tan mal sin merecértelo. Yo sé que te hicieron víctima y te clavaron en todos los dolores...»

Esta proximidad de un cementerio hace meditar en ese gran misterio de la muerte y de la eternidad. Es provechosa la vecindad de los muertos. Parece que después de haber pensado estas cosas me impresionan menos. Sin embargo, no puedo evadirme de pensar que aquí, en este cementerio, sólo hay ya muertos descarnados. En el cementerio nuevo se entierran los difuntos recientes y aquí sólo están ya los que hace muchos años que murieron. La sombra de los barrotes de hierro de la cama en la pared se me representan como huesos desnudos. Y vuelvo a pensar en la muerte como gloria para alejar el miedo, muertos ya gloriosos cerca de Dios. No debían impresionar éstos, no.

ALDABONAZOS EN LA NOCHE

La quietud de la casa se ha roto. Han sonado dos golpes secos. «¡Tan! ¡Tan!» Los he sentido también con su fuerza dentro del corazón. Han sido dos aldabonazos tremendos. Los dueños de la casa, el anciano matrimonio, que son mis patronos, duermen tres habitaciones más lejos que yo. Pero me llega la voz sobresaltada de la señora, que dice:

—A estas horas, ¿quién será?...

Llaman en la puerta, sin duda. Pero una también se acuerda de los aldabonazos que hizo dar Zorrilla al alma del Comendador.

Otra vez se vuelven a oír. No le dan tiempo a bajar la escalera. ¡Tan! ¡Tan! ¡Tan!... Me figuro que bajará el marido. Por fin se escucha el correr de cerrojos y llaves y el cuchicheo de voces. No son fantasmas.

La señora viene ahora apresurada a mi puerta.

—Es para usted, Le traen un recado.

—¿Para mí?...

—Sí, es Julito, el hijo del juez de Paz. Dice que a él le ha salido proporción de ir mañana a Trevélez a hacer unas diligencias y que si quiere usted ir con él, que así iría acompañada. Llevaría caballerías.

—Pues dele las gracias. Pero no quiero ir directa a Trevélez. Quiero ver Pórtugos antes. Siendo no poder ir.

Y la señora se va a dar mi contestación. Son las diez de la noche. Hasta por la mañana me quedan muchas horas. Creo que no voy a dormir. Y el caso es que tampoco puedo conciliar el sueño en los otros pueblos, por temor a los techos de cañizo donde podían anidar toda clase de bichos. Aquí también tengo techos de cañizos, pero ya no me causan sensación. Aquí me impresionan más el cementerio pared con pared. Llevaba un «Digesto» en mi bolso de viaje. Lo he buscado y me he puesto a leer. Después lo he cerrado y he permanecido con los ojos muy abiertos atenta al más leve ruido o a la más leve sombra. A veces creo que contengo hasta la respiración. De pronto, un nuevo sobresalto. La voz de la patrona me dice, mientras llama apresurada en mi puerta:

—Oiga, que se ha dejado la luz encendida...

—Es que aún no duermo.

—Pero la apagará en seguida, ¿no?

—Sí, señora; descuide usted.

No tengo más remedio que apagar. Se conoce que no quieren que gaste luz. Pero yo no soy capaz aquí de quedarme a oscuras. Como una tabla de salvación recuerdo que en mi bolso llevo una pequeña vela para cualquier imprevisto. La enciendo. Pero no tengo palmatoria alguna. Al fin, me decido a verter unas gotas de cera en el suelo. Pero la luz, puesta en el suelo, hace la cosa más fúnebre todavía. La miro desde la cama y me produce escalofrío. Y decido ponerla en la silla que tengo a mi lado. Sobre la anea es difícil afianzar la vela. Tardo un rato en conseguirlo. Que no se caiga ni yo me quede dormida, porque podría prenderse fuego. Es lo que pido.

Ya no se siente la lluvia. ¿Habrá quedado raso? ¿Habrá luz

en las calles y todo estará menos hosco así? Debe de haber pasado esto. Se oyen voces lejanas. Después se van haciendo cada vez más perceptibles. Cantan. Son vivos. Son mozos que van de ronda. ¡Gracias a Dios! Quitó el miedo las voces juveniles y los instrumentos musicales. Deben de ser casi todo bandurrias. Ahora cantan con un tono mitad jota, mitad zambra:

*Me estoy muriendo de sed
del agua que no me has dado...*

Apago la vela. Mientras los siento, podré economizarla. Me hace falta esto porque si no, estoy segura de que no me llegará a la mañana. Nuevamente cantan los rondadores, ahora, con un tono como de villancico:

*María de las Nieves,
rondín, rondando,
navegué, navegando...*

*María de las Nieves,
como es tan alta
lleva los delantales
de vara y cuarta...*

Las voces y la música se sienten como adentrándose en las calles. Se alejan y después se acercan. Yo quisiera que nunca se cansaran estos mozos, que continuaran así, sirviéndome a mí de lejana compañía. Al cabo de hora y media o una hora, todo queda otra vez definitivamente en silencio. Y yo vuelvo a encender mi vela. He creído que no iba a poder hacerlo. Me han fallado unas dos o tres cerillas y mi caja estaba casi vacía. Por fin ha surgido la débil llamita. ¡Cuántas horas así? Ni lo sé. Sólo sé que la vela llega a su fin y todo queda en penumbras. ¡Gajes del oficio! Pienso en lo que se reirían en la Redacción si me vieran castañeteando los dientes y con la cabeza debajo del embozo al quedarme completamente a oscuras. Pero la cosa se la doy al más pintado. Tiene lo suyo esto de viajar por sitios desconocidos y tener que dormir junto a un cementerio. A mi recuerdo han acudido también los lamentos que se oyen en las mazmorras de Bujón y toda la literatura de aparecidos desde Edgar Poe a nuestro Bécquer.

LOS MENTIDEROS DEL PUEBLO EN LOS HOROS Y LAS FUENTES

El sueño debió de poder más que el miedo, porque me ha despertado la voz de mi patrona diciendo a sus gatos:

—¡Zape! ¡Zape minino! ¡Quita de ahí!

Ansiosamente doy a la llave de la luz. Son las ocho menos cuarto. Abro los postigos. Se empieza a hacer de día. Cuando la maestra me dijo que vendría a recogerme a las ocho para hacer el camino hasta Pórtugos no debí tener en cuenta que amanecía tarde. Salgo de la habitación, y doña Vicenta, mi patrona, me pregunta:

—¿Durmiste bien?... ¿No extrañó la cama?

Aunque le contesto que muy bien, pienso que ya no contare nunca para mí el dicho de una noche toledana. Yo, por sinónimo de mala noche, podré decir una noche alpujarra.

Desayuno, y la buena de doña



Ingenieros de caminos estudian el trazado de las nuevas carreteras de La Alpujarra

Vicenta viene con el delantal lleno de peros:

—Son para usted.

—No, señora. ¿Por qué?...

—Lléveselos. Son para el camino. No sabe lo que le quedará que recorrer y las veces que le puede dar sed. Los peros refrescan.

—Es verdad. Gracias.

Y esto me reconcilia con ella por la luz de anoche. Desde luego hubiera preferido que no me diera fruta alguna esta mañana y que, en cambio, me hubiera dejado tener anoche la luz encendida. Mientras vienen a buscarme voy a deambular. Mujeres arrebuajadas van a los hornos en busca de pan. También hay cola en las fuentes, y en unos sitios y otros se comenta todo lo que sucede en el pueblo. La noche que hay ronda, el tema central son los posibles noviazgos.

—¿Oísteis la ronda anoche?

—Sí claro.

—Pues a la que más le tocaron fué a Angelina Rodríguez.

Al rato de andar por estas calles ya se cuentan y fábulas:

—¿Ve usted allí aquellas casas?

—Pues aquel es un anejo de aquí, de Pitres, que le llaman Capulierilla. Allí antiguamente había muchas brujas, y todos los sábados venían por las de Pitres, y todas juntas se iban a Soportujar, donde tenían el corral.

—¿El corral?...

—Sí, donde celebraban sus reuniones.

—¡Ah! El aquelarre.

—Por eso, al pueblo de Soportujar le decían «Soportujar, corral de brujas». ¿Y sabe usted también lo que ocurrió aquí, que lo cuenta mi abuela? Pues que había una bruja que era casada, y el marido no sabía que su mujer andaba en esos menesteres. Un sábado vio el marido antes a su casa, y la mujer, que iba ya camino del pueblo, de vuelta de Soportujar, lo vio venir desde lejos, y entonces, lo que hizo para que no la viera fué convertirse en un cántaro. Pasó el marido, y dijo: «Mira qué tontería, ¡un cántaro en medio del camino!», y le dió una patada y le rompió un asa, y cuando llegó a su casa se encontró con que su mujer tenía un brazo roto.

No he podido reírme ni siquiera sonreír de ironía. Estas fábulas y leyendas están impregnadas de poesía: es la poesía del alma de los pueblos. Algo parecido me hubieran contado también en cualquier pueblecito de Irlanda.

EN MARCHA HACIA PORTUGOS

La mañana se ha levantado espléndida. Un sol fuerte da luminosidad a estas calles. Buenas casas y buenos comercios también. Como los de Hijos de José Sánchez y el de don Juan López Sala. Ya vienen a mi encuentro, aceleradas Trini Porcel, la joven maestra de párvulos, y otra muchacha amiga suya, Carmen Alvarez que quieren acompañarme a Pórtugos. Vienen muy bien vestidas. Yo creo que llevan sus mejores trajes. Y es que Pórtugos está en fiestas. Vamos a recoger mi pequeño equipaje. En mi bolso de viaje pesan bien los peros que me ha regalado la señora de la fonda. Y emprendemos el camino por una riente carretera bordeada de huertas y cortijos. El paisaje de



Soportujar, un pueblo alpujarreño lleno de leyendas

Pitres es tan pronto de cerros negros como de valles feraces. El centeno y el maíz, en tremenda abundancia, son su riqueza. Al pasar por un cortijo, Carmen Alvarez dice:

—Ese es el Cortijo del Aire, y ahí dicen que hay un miedo.

—¿Un miedo? ¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que se oyen golpes y pasan cosas raras. A los espíritus les llaman aquí «un miedo».

Voy a preguntarle si todos creen en que las almas en pena andan por las casas y los cortijos. Pero no lo hago. En esta tierra, yo también estoy creyendo en las cosas sobrenaturales por las calles, por las casas, por los caminos.

La verdad es que yo quería andar paso a paso por la Alpujarra, y lo estoy consiguiendo. Claro que, después de las caminatas que ya llevo sobre mí por vericuetos y terrenos quebrados alpujarreños, cuando veo un camino ante mí como este de Pórtugos ya me parece que va a ser también interminable. Pero no hay cuidado. Pórtugos está tan cerca de Pitres, que sólo es un buen paseo. Dos o tres kilómetros tan sólo, y para hacer amable el camino, el paisaje. Siempre el paisaje, del que no se puede prescindir, pues él lo es todo. Paisaje muy desigual este de la Taha de Pitres. La vista no puede recorrer tan de prisa como quisiera tanta diversidad. Aquí se pueden ver montañas que parecen trasplantadas de África, y en sus laderas, huertos rientes. Los castaños también los vuelvo a encontrar por aquí. De pronto, rodeado de barrancos por todas partes, se yergue un promontorio erizado en peñascos que semejan formas humanas, unos, y otros, torreones de alguna fortaleza. Todo de un ocre oscuro. Es la Mezquita, llamada así porque sobre este promontorio están las ruinas de unos muros árabes; pero, en realidad, estas piedras, extrañas por su estructura, son todo un monumento. Entre peñasco y peñasco se ve el horizonte que hay tras ellos. La luz del sol, vista a través de estas enormes piedras, es un espectáculo indescriptible. Nos hemos detenido a contemplar esto mucho rato. Después hemos continuado. Mis acompañantes procuran hacerme grato el camino, contándome costumbres típicas:



Arroyos y riachuelos bajan por los derrumbaderos

—Aquí, una de las fiestas más divertidas es cuando las «maurricas».

Se llama esto, a salir a asar castañas al campo, en romería, el Día de los Santos. Se comen las castañas y se bebe el chapurreo, que es una mezcla de aguardiente dulce y mosto.

Al fin, damos vista a Pórtugos, que tiene a su fondo al cerro de la Cruz.

UN PUEBLO ALEGRE Y RICO

Las calles de este pueblo alpujarreño podrían ser las del blanco Xauen marroquí. Se asemejan como una gota de agua a otra gota. El pueblo vibra en el alborozo. A pesar de que no son nada más que un poco más de las diez de la mañana, las calles están llenas de gentes vestidas de fiesta. Todo el mundo lleva traje

nuevo, y los chiquillos con n dulces pirulíes y arropías de todos los colores. Hay puestos de chucherías por todas partes y casas encaladas blancas de ayer, quizá tan sólo porque para las fiestas se enjabegan fachadas y tapiales. Casas de aspecto sencillo al exterior, pero muy buenas por dentro. Y es que Pórtugos es un pueblo señorial. Familias muy antiguas que descienden de los mártires de los moriscos. Pueblo rico también, su principal producción son las patatas de las que se exportan seiscientos vagones.

Por calles pinas y estrechísimas salimos a la plaza. Aquí, en esta plaza, está la iglesia. Después, hay varias plazuelas más pequeñas y llenas de encanto. En la plaza, a pesar de la temprana hora, vemos una banda de música perfectamente uniformada. Es la banda de Mecina que ha venido a amenizar las fiestas. Mecina, Mecinilla, Fondales y Ferreirola, son pueblos minúsculos que están clavados en el fondo de un barranco, a los pies de Pórtugos. Y no se comprende cómo pueden salir de allí y subir hasta arriba. La banda ataca un pasodoble y se pone en marcha. Van al real de la feria, según me explican, y toda la chiquillería del pueblo corre detrás de ellos.

Yo me dedico a buscar alojamiento. Pero no he contado con que el pueblo está lleno de vendedores y compradores, pues esta feria es, también de ganados. Por fin, me dicen en casa de Angustillas Quirantes, que aunque tienen la casa llena, puedo dejar mis cosas. Me darán de comer, y para dormir, Dios proveerá. El panorama no se presenta muy tranquilizador; pero el caso es que no me quiero perder la corrida de toros, que me dijeron en Pitres se celebraba hoy. Los toros en la Alpujarra deben de ser pintorescos. Y más en invierno, cuando el frío aprieta. En todas partes son en verano, pero aquí no se tiene miedo a nada.

UNA SEMANA ENTERA TOROS Y TOREROS JUGANDO AL RATON Y AL GATO

Me han invitado a tomar unos dulces en casa de los Torres, una de las mejores familias de aquí. Toda clase de dulces, hechos por la dueña de la casa, que me hacen acompañar de copas de anís.

Teresa Torres, la hija me explica que la especialidad de Pórtugos son los huevos moles, un exquisito postre, parecido a las natillas, en el que son maestras todas las señoras de Pórtugos. Luego, pasamos al interior de la casa. Hay dos cocinas, en las que se despluman y despellejan gallinas y conejos, que pronto pasarán a las espumeantes ollas. Y es que en los días de fiesta, en las casas alpujarreñas parece que se celebran las «bodas de Camacho».

Estando en casa de los Torres se sienten por la calle unos cerros, y nos acercamos al balcón.

—Son los mansos, que conducen a los toros de paseo—explica Teresa.

—¿De paseo?

—Sí, para que pasten un poco. Como llevan tantos días aquí... Ahora esperamos al torero, y la semana pasada el torero esperó a los toros.

—¿Pero no es hoy la corrida?

—No; no ha llegado Antonio Liñán, el torero. Quizá llegue mañana. Pero no se sabe fijo. Como se tuvo que ir, porque los toros no llegaron...

Y los toros no llegaron, porque el mayoral, los gañanes y el ganado, todos juntos, se perdieron en las intrincadas sendas de Sierra Nevada. Eran toros de la ganadería de Pelayo, y venían de tierras del Marquesado. Equivocaron el camino, y no llegaron a Pórtugos el día fijado, ni en varios más. Y, mientras, en Pórtugos, el novillero esperando, al igual que la gente de los pueblos vecinos, que había acudido al caso insólito de una corrida en estas tierras. Antonio Liñán regresó a Granada y que-daron en avisarle si los toros llegaban. Y, al fin, los toros llegaron. Hombres y toros habían podido perecer en las emboscadas de la sierra. El hambre y el frío podían haber dado al traste con los toros de Pórtugos y sus conductores. Pero los de Pórtugos no se amilanaron. ¿Que hay que reponer a los toros? Bueno, pues se espera unos días más, se amplían las fiestas y se avisa a Liñán, y ya llegará; y mientras, que siga todo. Los dueños de los puestecillos ambulantes estaban encantados. De un solo viaje iban a hacer más de quince días de feria. Y los toros, mientras, tomando fuerzas, comiendo ración doble y saliendo de paseo con los mansos. Pero

para mí este plan no me servía. No podía d, tenerme a esperar que llegara el torero. Si no había corrida hoy, tenía que seguir mi viaje y además, si no me doy prisa la nieve me cerrará los caminos.

LAS COMUNICACIONES CON TREVÉLEZ

El coche correo de Granada se queda en Busquistar, que es el pueblo siguiente a Pórtugos. Y dos leguas más, por caminos siempre ascendentes, está Trevélez, que es el pueblo más alto de España y al que no se le ha puesto todavía comunicación regular para viajeros. La carretera está hecha y es buena, según me cuentan; pero no se ha montado aún el servicio de autocares por la Compañía Alsina. Desde Granada a Trevélez suele venir casi todos los días un coche pequeño, que le llaman el del murciano, y unos días no viene, y otros, lleva los asientos completos desde la capital, pues Trevélez, por su importante comercio de jamonas, es pueblo de tráfico de compradores de estos famosos pernils. Yo, que ya sabía la existencia de este auto, pregunté:

—¿Podré hoy irme con el murciano?

—Pues por la hora que es, debe de estar al pasar. Pero hay que salir a la carretera.

Y con mucha prisa, para no perder este coche, nos fuimos. Efectivamente, no habíamos llegado aún a donde para, cuando el coche apareció, y yo me di cuenta entonces de que había dejado mi bolso de viaje en mi provisional alojamiento. Una de mis acompañantes se adelantó, corriendo, al dueño y conductor, y le dijo:

—¿Lleva asiento hoy?

—Sí.

—Pues, ¿quiere esperar un momento, que han olvidado una cosa y van por ella?

Pero el murciano, que debe de tener mal genio, contestó que no podía esperar ni un segundo, y salió a toda marcha, dejándome sin posibilidad de subir a Trevélez.

—¿Podré ir mañana, al menos?

—Pues no se sabe si mañana vendrá el murciano o traerá todos los asientos completos.

—Y ustedes, cuando suben, ¿qué hacen?—pregunté.

—Pues vamos en caballerías, porque la carretera es muy pendiente, y resulta fatigoso el ir andando.

—Pues tendré entonces que subir yo también en caballería.

—Claro, si no quiere quedarse aquí varios días. Este coche del murciano no es seguro.

EL CHORRERON Y LAS FUENTES MINERALES

Nadie puede imaginar lo que es el Chorrerón de Pórtugos sin verlo. Anduvimos un kilómetro para llegar a él, y fué tanto como encontrarnos en una gruta de hadas, Perrault, Andersen y Grimm, si hubieran visto esto, lo hubieran llevado a las páginas de sus cuentos para hablarnos de gnomos, genios y encantamientos. Es un paraje bellissimo, pero estremecedor por sobrenatural. Queda en una profunda hondonada a la que bajamos con mil trabajos. Paredes de roca de lo menos veinte metros de altura forman este recinto natural del Chorrerón. Una yedra compacta cubre todas estas



Un grupo de niños y niñas de las escuelas de Pórtugos, en excursión con los maestros

Una plazuela de Pórtugos con la animación de un día de feria



paredes, que tendrá de diámetro unos cuarenta o cincuenta metros. Por cada venilla o por cada punta de las hojas de esta yedra va cayendo una gota de agua. Un agua misteriosa, que no se sabe de dónde pueda surgir. Y así, billones y billones de gotas, que forman el fantástico Chorrerón. Hay un silencio profundo en esta hoyo verde y húmeda. Parece que hemos caído en un paraje del que no vamos a volver a salir por algún poder de hechicería. Arriba, dejan caer sus cabelleras hacia el Chorrerón castaños y toda clase de árboles. A mí me gustaría que el Chorrerón encontrase su pintor. Un artista decidido que cogiera sus bártulos y se viera a pintar este escondido manantial de siglos que fluye lentamente por entre yedra y musgo. Ahora hace frío, pero dentro de estas paredes, en verano, debe de ser delicioso. Aquí, en Pórtugos, se canta con ritmo de habanera—no sé quién trajo la habanera hasta aquí—unas coplejas alusivas al Chorrerón:

¡Ay, quéreme niña ingrata, quéreme,

*que por ti late mi corazón
viendo tu tierna sonrisa,
mientras que aspiro
la fresca brisa del Chorrerón...*

Roja está la tierra del suelo de este recinto, pues este agua que destilan las rocas es mineral. Más allá está otro nacimiento de agua mineral, y la gente de estos contornos viene a coger agua para las más diversas dolencias. Todo está completamente color de hierro, y me aseguran que las propiedades de este agua son magníficas. Este nacimiento está cubierto de moras en sazón, y comiendo moras con este grupo de muchachas alpujarreñas que me acompañan, llegamos al real de la feria, que es una explanada de nogales y castaños. Tenderetes de las más diversas bebidas y chu-

cherías. Ganado de cerda y mular, dispuesto para la venta. Cunitas, y norias, y caballitos. La banda de música de Mecina toca sin descanso un repertorio completo de música que hacía mucho tiempo no había oído: «El anillo de hierro» «La batalla de Los Castillejos». Bajo un emparado, las fuerzas vivas del pueblo refrescan. En una tosca mesa, unos vasos de chapurreo. El Alcalde ha invitado. Ahí están con el Alcalde, don José Méndez, el infatigable señor cura, don José Pino, sacerdote joven, alpujarreño también, y lleno de entusiasmo por su ministerio. La «Hoja Parroquial» que don José Pino hace es casi del tamaño de un periódico, y su contenido es amabilísimo y de perfecta orientación religiosa. Se llama «Alerta», y precisamente la «Hoja» de este pueblo alpujarreño es la mejor «Hoja Parroquial» que he visto nunca. La edición no solamente es para Pórtugos, sino para Ferreirola y Abeitar.

También están con el señor Alcalde la Guardia Civil y el farmacéutico, don José Alcalá Rodríguez; el veterinario don Antonio Marcos y el maestro don Jesús Quirantes.

Al salir de la explanada de la feria, vemos en la carretera unos «jeeps». Son de los ingenieros de Caminos, sue cruzan muchas veces por aquí, de las obras de la carretera que se ha abierto de Trevélez a Laujar, pasando por Ugijar.

En el pueblo ya quiero ver la plaza de toros. Pequeñísima, hecha de tabloncillos. Pero lo gracioso del caso es que me explican:

—Las autoridades se pondrán allí y la música, en ese otro sitio. Y los dos lados que se señalan son sobre dos casas que quedan encima casi de la improvisada placita.

—¿Pero encima de los terrados?

—Sí, ya sabe usted que los te-



Los toros de una corrida alpujarreña

rrados de launa nos sirven en la Alpujarra para todo. En ellos estarán cómodamente la presidencia y la banda. Resultan buenas tribunas. ¿no cree?

Y hay que reirse. Estos alpujarreños son tremendos. No se arredran por las dificultades. Que no hay palcos, pues a los terrados con las autoridades y los músicos, y todos tan contentos.

Al salir de la plaza encontramos a Serafín de Torres, hijo de esa buena familia amiga, ya para toda la vida desde hace sólo unas horas Serafín me ha buscado un buen arriero, «el Luján», que me llevará a Trevélez. Son tres horas de caballería. Antes comeré y oíré la historia de los treinta mártires de Pórtugos, que se espera figuren algún día en el Santoral. Cuando termino de escribir esta crónica muchos de estos pueblos alpujarreños han quedado incomunicados por la nieve.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial)

NOTARIO, consejero civil de la familia

CINCUENTA AÑOS "DANDO FE" DE LA VIDA ESPAÑOLA

Homenaje a 116 jubilados de toda España



Don José Tresguerras



El señor Rodríguez Zúñiga



Don Antonio Rodríguez Caro

«POR las cualidades excepcionales en ciencia, nobleza y amor a Enguera que concurren en don Eduardo López Palop, notario de Madrid y maestro de notarios, el Ayuntamiento de Enguera, en sesión celebrada el día 2 de octubre de 1946 acordó el nombrarle hijo predilecto de esta villa.»

Un pergamino encerrado en cuadro de madera oscura cuelga clavado en el centro de una pared del fondo.

En mitad del salón un atril sostiene las páginas abiertas de un libro gordísimo forrado con pergamino. La mecanógrafa sacude las teclas como si quisiera quitarse un frío que no hace en la habitación. Ahora miro a la derecha. Allí está don Eduardo. Oculta la pared por una estantería que roza el techo y los muros laterales. Gruesos tomos iguales con los lomos distintos de color. Tiras rojas y azules hasta 1937. Desde el 1 de enero de ese año con las tapas en blanco. El último tomo lleva escrito abajo el número 128. Es de julio de 1941. En la parte superior todos llevan escritas estas palabras: «Protocolo de don Eduardo López Palop.»

Allí está su vida, los signos externos de su trabajo. Allí está él. Y donde estén los otros—apretados en una estantería cual-

quiera—, los que guardan la otra parte de su quehacer que va desde el 41 al 56. En la mesa de la mecanógrafa está cerrado el tomo 216 de noviembre del 51. Tal vez haya trescientos. Se escribirán aún cifras más altas, debajo de la palabra protocolo y de su nombre, antes de que le llegue la jubilación. De todo esto se acordará don Eduardo cuando al cumplir la edad reglamentaria, tenga que retirarse de su oficio. Se acordará del traje de su despacho de las cifras escritas en los tomos, de sus años de decano, de los seis en que fué director general de Registros, de muchas otras cosas. Y de aquel día en que la entregaron un pergamino y habló emocionado a las gentes de Enguera.

—Este de la barba blanca que está sentado a mi derecha ya hace tiempo que se jubiló. Anda muy cerca de los ochenta. Hace cuatro o cinco años todavía jugó un partido de fútbol. Y lo hizo muy bien. Se trajo de cabeza a todos los jóvenes.

El decano apunta en una fotografía con su debido índice, la barba patriarcal de don Eduardo Serrano Piñana, que asoma la cabeza por encima de un jarrón de flores.

—Vea también al señor Tresguerras Barón. Es el hombre más combativo de España. Le viene el apellido como anillo al dedo. Don

Rafael López de Haro está como un chiquillo. No pueden los años con él ni se cansa de escribir. No deje de verlos. Se lo agradecerán.

Más nombres de notarios jubilados. Una procesión de apellidos gloriosos va saliendo de sus labios. Sonríe con la mirada perdida en otro tiempo. Entonces les unía a todos el ejercicio de la profesión. Me aprieta la mano fuertemente. No cabe duda, es un hombre simpático este don Eduardo que ha vuelto a ser decano desde el 1 de enero.

UNA HORA A PIE FIRME

El recibidor está amueblado con gusto. Es una habitación pequeña separada del pasillo inferior por un arco elevado de escayola. En el centro una mesa sostiene un precioso florero de china. De las paredes cuelgan cuadros, fotografías, muchas fotografías. Desde una, un joven apuesto ensaña su juventud riendo encima de una promesa a sus padres. «De vuestro hijo que no os olvidará nunca, Pepe.» Cruzadas en la pared hay unas armas antiguas. Un reloj marca el tiempo. Lleva ya once años señalando las horas desde que su dueño se jubiló. Se llama don José y tiene dos apellidos que ni elegidos a propósito. Son los apellidos del

caminos de España. Anduvo por tierras de Burgos, de Valencia y Barcelona antes de venir a Madrid. Después la guerra, una escapada a Francia, un breve paso por Valladolid y otra vez al Madrid recién liberado. El hizo la escritura por la que la Tabacalera adquirió el Monopolio. Se llevó de honorarios 8.000 pesetas. Mucho dinero para entonces.

También él escribe. Me lo dice con el orgullo natural de quien quiere enterar a los demás de que no es un inútil a pesar de los años. Colabora en «Nuestra Revista». Antes lo hizo en «La Reforma» y mucho antes en «El Notariado», dirigido por Aruro Corbeya, un notario de Reus. Allí escribió por primera vez hace la friolera de sesenta y cuatro años. Entonces los notarios estaban divididos en dos bandos: el de los reformistas, que querían imponer un sentido de justicia en el reparto de trabajo, y el de los quietistas, que preferían dejar las cosas como estaban. Don José era, naturalmente, reformista. Se nota que él ama por encima de todo el sentido de justicia. Cree que hoy los notarios están más hermanados. Entonces se llevaban el momio entre unos cuantos. Les importaba poco que los demás sintieran necesidades. Don José se ha quedado pensando, recordando aquellos tiempos. Los ojos se le han perdido en cualquier sitio. «No había derecho». No es que él entonces necesitara que le cediesen trabajos. Pero que sucediese aquello no podía aguantarlo. Por entonces fué cuando la firma Tresguerras aparecía en «El Notariado» al final de unos artículos. Debieron tener algo de filípicas contra los que profesaban un quietismo egoísta porque ha endurecido sus músculos mientras me habla de estas cosas. Un periódico furtivamente introducido por un resquicio de la puerta distrae su atención. Es de su tierra. Lo ojea con cariño, comentando los títulos con frases graciosas. No me deja que yo se lo alargue. El mismo lo ha cogido agachándose ágilmente.

—Aquel es mi hijo Luis —me

dice señalando una fotografía que hay sobre la pared.

El hijo se parece al padre. Fué ingeniero de Montefiore. Se preparó en Lieja. Después se casó con la vizcondesa de Altamira, sobrina del marqués de Lozoya. Durante la guerra fué oficial artillero. Y en Valencia lo mataron los rojos.

—Porque no pasteó. Llevaba el honor del artillero en las entrañas. ¿Por qué lo matarían, con esa cara de señorito que tenía?

Y se queda mucho rato mirando la fotografía. Temo que se eche a llorar. Se ha quitado las gafas para verla mejor. Y aprovecha el momento para limpiarse una lágrima que ya le rodaba por la mejilla. Pero no llora. Es la edad quien produce el lagrimeo. La emoción la siente más dentro.

Al fin ha sonreído. Su hijo también sonríe vestido con su traje de joven artillero.

—Mire, esta es la fotografía de su boda. ¿Ve usted qué guapo? Todavía me acuerdo de aquel día. ¡Qué feliz!

Otro rato de silencio. En la foto está Luis del brazo de la novia. Les rodea un grupo de personas. Después me ha dicho quiénes son cada uno. Este anciano lo recuerda todo. El vive siempre recordando. En otra pared cuelga un cuadro donde se le concede la Encomienda de Isabel la Católica. Don José casi lo acaricia mientras me invita a leer. Y me acuerdo del pergamino que vi por la mañana. Ha pasado una hora. Don José no se ha sentado. La ha aguantado a pie firme.

DOS VIDAS DE NOTARIO

En España viven en la actualidad 116 notarios jubilados. Madrid se lleva el mayor número, con cerca de 45. De los que están en el ejercicio, que son alrededor de 1.300, cada año se jubilan de 40 a 50. Estas últimas cifras nos dan una proporción de ocho y diez jubilados por Colegio. Ciento dieciséis no es número alto. Pero tampoco es una cifra despreciable.



Don Eduardo Serrano Piñana

«hombre más combativo de España». En el reciente homenaje que tributaron los notarios de Madrid a sus compañeros jubilados el señor Tresguerras estuvo encargado de agradecerlo.

Don José es un hombre grueso, con una melena canosa y venerable, unas gafas que se quita para leer y un marcado acento canario. Nació en Arrecife, en la isla de Lanzarote. Sus ojos se le escapan abultados por el centro de unos párpados estrechos. Acciona nerviosamente, con la mano alzada por encima de la cabeza. No conversa. Habla alto, con voces que le salen como gritos. Se le escapa la frente hacia el techo mientras habla, sin dejar que le interrumpa, con un tono oratorio de otro tiempo. Pasea de un lado para otro. Cuando le hablo estira con esfuerzo la cabeza acercando su oído para entenderme mejor. Se nota que ha sido en otro tiempo un hombre de energías extraordinarias. Aunque todavía, de vez en cuando, sacude coletazos de vigor tifiéndose la cara de un color sonrosado.

Me ha contado su vida. A los veinticinco años era ya notario. Se pasó diecisiete ejerciendo en su pueblo la nueva profesión alternándola con la Abogacía. Por allí los abogados eran más considerados que los notarios. Después inició su marcha por los



Notarios y registradores jugaron hace unos años un partido de fútbol. En este grupo revuelto y familiar vemos en el centro a don Eduardo Serrano, con sus setenta y cuatro años, su barba blanca y su boina

Contarles a ustedes la vida y andanzas de estos hombres «retirados de la circulación» es empresa difícil. Porque preguntarles a ellos es someterles al tormento del recuerdo y no se lo merecen. Traer, por otra parte, a estas columnas uno por uno a todos es ya más que imposible. Hasta aquí llegan dos, de sobra conocidos, para hacer con sus figuras una especie de vidas paralelas. Don Rafael López de Haro es un nombre que le suena a todo el mundo. Es el fecundo escritor, autor de 30 novelas grandes, 160 cortas y 20 comedias estrenadas. López de Haro ha aparecido miles de veces firmando artículos de Prensa. Y don Rafael es también un notario jubilado desde hace cinco años.

—El notario es más notario cuanto más viejo—empieza diciendo, después que le entero del tema—. Todos son igual. Pero el notario anciano más que ningún otro es el consejero civil de la familia, conocedor de sus más íntimos secretos, patriarca y señor del aprecio de las gentes sobre todo en los pueblos. En las capitales pasa más inadvertido. Aquí no se hace la gente cargo de este su carácter de magistrado familiar.

Don Rafael, hombre afable y cordial, sonríe mientras habla. No da la impresión de tener ochenta años, parece muchísimo más joven. Le imagino dinámico y juvenil, lanzado con su pluma sobre las cuartillas.

—El sabe la vida y milagros de todos los habitantes del pueblo. La gente está convencida que donde el notario escribe «Doy fe», hay encima una verdad legal, que el notario no miente. La Sociedad sabe que lo que dice es verdad.

El señor López de Haro ha desplegado una sonrisa más ancha. Recuerda una preciosa anécdota que vale para demostrar este espíritu de hermandad entre el notario y la verdad. Y nos la cuenta.

—Un Rey medieval español colocó en el fondo de un estanque en su jardín de palacio tres naranjas y llamó a tres notarios. Le preguntó al primero: «¿Cuántas naranjas hay en el fondo del agua?» «Tres», contestó el interrogado sin titubear. «Este no sirve para ejercer su cargo. Que le corten las manos», dijo el Rey, y repitió al siguiente la misma pregunta. «A mi parecer, Majestad, son tres las naranjas que hay en el fondo.» A éste también le prohibió seguir ejerciendo su oficio. «¿Cuántas?», le repitió al tercero. El notario se remangó, metió su mano y sacó las naranjas que solo eran medias hábilmente colocadas por el Rey. «Yo doy fe—dijo después—de que en el fondo del estanque sólo eran tres medias naranjas las que había.» «Este es el verdadero notario», sentenció el Rey.

Don Rafael nos dice que él ha conocido notarios de ochenta y noventa años. Su primer ejercicio fue para suceder en Valdepeñas a don Juan Benito, que tenía ochenta y cinco.

—¿Se retiró a esa edad?

—Lo retiró la vida. Pero era un

gran notario, un excelente notario. Aun llegó a tiempo de convivir con él cinco o seis meses. De él aprendí la práctica de mi ejercicio, el verdadero concepto de la función notarial. Era un gran hombre. Le respetaba todo el mundo. Lo que él decía iba a misa.

Don Rafael nos cuenta ahora otra anécdota.

—En la época de elecciones algunos notarios lo pasaron mal. A él, en unas a las que se presentaba don José Calvo Sotelo, le sucedió este caso que nos cuenta: Se trasladó a un pueblecito para dar fe de que se habían celebrado. A pesar de ser en Galicia aquel día hacía sol. Llegó sobre las once de la mañana. Un señor a la entrada le dijo que si iba a lo de las elecciones ya era tarde, que el Colegio electoral se había retirado. Preguntó qué hora era y se sorprendió cuando aquel hombre le contestó que las cuatro y veinte. El reloj de la torre le daba al hombre la razón. Todos los relojes del pueblo tenían exactamente la misma hora. Pidió un metro en un taller de carpintería. Y midió la longitud de la sombra que proyectaba una pared de la iglesia y la de un hito clavado allí en la plaza. Dio fe de que él había llegado cuando las sombras tenían tal longitud en tales sitios. Después se comprobó que el reloj de don Rafael marchaba bien. Pero el Tribunal Supremo dió por válidas aquellas elecciones. Esto ocurrió allá por el 18. Como verá el lector ya ha llovido desde entonces. Don Rafael recuerda muchas cosas. Le gusta hacerlo y que lo hagan los demás. «Tenga, para que me recuerde cuando los fume», y me regala una cajetilla de puros habanos.

Y AQUI LA PARALELA

Don Eduardo Serrano Piñana se me presenta con sus setenta y nueve años metidos en un albornoz. Suelta el pestillo de puería para saludarme. Me mira a través de sus gafas con bondad.

—¿Cuántos años hace que jugó su último partido de fútbol?

El hombre me mira con asombro, con el gesto de quien cree encontrarse ante un loco. Es cosa de segundos.

—Ah, se lo ha contado Palop—se refiere al decano—. Aquello fué una broma. Jugamos un partido entre notarios y registradores en un campo para aficionados que hay detrás de la calle de Cartagena. Lazcano el antiguo jugador del Real Madrid, fué quien organizó el tinglado. De esto hace ya cinco años. Yo jugué, sí, claro. Pero después comimos todos juntos.

Don Eduardo ha abierto un secreter. Rebusca entre los papeles y saca un sobre blanco. Dentro hay fotografías. Le pido dos que tiene de aquel célebre partido para que le vean los lectores y me las deja con un poco de miedo.

—Aquel día corrí de lo lindo. Me faltaba ya poco para la jubilación. Pero eso que le digo: Fué una broma. Yo lo que sí practiqué mucho cuando joven es la esgrima.

Después me he enterado de que no fué una broma. Aunque el

partido fué amistoso, don Eduardo puso toda la carne en el asador. Y no es que los contrarios le dejaran hacer. Se impuso a ellos por agilidad a pesar de correr con un montón de años auestas.

Ha vuelto a insistir sobre la esgrima. Casi todos los días hacía ejercicio. Y de esto no hace mucho. Ahora sólo puede pasear. Anda de tres a cuatro kilómetros diarios. Por las tardes se pasa buenos ratos con los amigos en una cafetería de la calle de Alcalá, más allá de la plaza de la Independencia.

Las otras horas del día las vive en casa, con su esposa.

Don Eduardo ha aprendido andando la geografía española. Nacido en Madrid, recorrió con su padre, que era registrador, una tira buena de costa levantina. Empezó a ejercer en una aldea gallega en la que no había ni siquiera carretera. En el concejo de Trazada, del partido de Ribadeo, allá por donde Lugo se junta con Asturias acercándose a Oviedo. Después de siete años un salto a Cataluña y desde allí se fué acercando a Madrid, a través de la anchura de Castilla, para llegar definitivamente a la capital. El ha conocido a notarios muy viejos. En Durango al señor Aretio, con más de ochenta y cinco a las espaldas.

—Cuando estaba en Galicia hice testamentos en muchas casas sentado en un tajuero de madera. Ponía una medida de maíz, que usaban ellos, encima de las rodillas y escribía con los folios apoyados sobre el fondo.

Se da cuenta de que estoy mirando su barba con atención desde hace un largo rato.

—Yo tengo barba desde muy joven. En la foto que me hice para la orla ya la tenía. Claro que entonces era negra. Estaba de moda. Era la época de las barbas. Ver a un hombre afeitado por completo era la cosa más rara. Sólo iban afeitados los cómites y los sacerdotes.

RECORDAR ES SU TRABAJO

Estos son dos vidas. Las otras ciento catorce imaginélas. Pero yo estoy seguro que serán parecidas. Con la misma resignación ante la edad y la misma nostalgia. Les gustaría poder seguir trabajando. Unos para convenirse así mismos de que seguían siendo capaces. Otros para continuar con sus esfuerzos llevando la familia hasta el final. Hoy se pasan las horas recordando los tiempos aquellos y aquellas cosas que nunca se olvidan. La primera oposición, el primer pueblo, las otras oposiciones y las rayas cruzadas sobre el mapa que marcan el itinerario profesional de su carrera. Todos recuerdan aquello. Y a los amigos que fueron dejando allí arriba o más abajo, a la derecha y a la izquierda de la geografía de España, según iba pasando su misma procesión hasta acabarse. Hoy todo ha terminado. Pero aun añoran los años de trabajo consumidos en fecundidad, desarrollando una labor social y humanísima al arreglar las cosas legalmente para evitar a los muchos—por ejemplo a los her-



Reunidos en fraternal comida notarios jubilados y en ejercicio, escuchan las palabras de su decano, don Eduardo López Palop

manos herederos de una sola fortuna—el gastarse su dinero en pleitos costosísimos o derramar las energías en berrinches impotentes que hacen nacer el odio. Les han ido creciendo los hijos hasta hacerse ya hombres. Y al mirarlos recuerdan los esfuerzos que hicieron para que llegaran hasta allí con sus carreras o un despejado porvenir. De golpe reviven los años pasados en estrechez, la dificultad que les costó sacar hacia delante con limpieza a la familia en los tiempos peores. Poco más es lo que hacen leer o escribir, pasear o charlar. En Madrid se les invita siempre a los actos que organiza el Colegio. Y no es raro verlos por allí en las conferencias de índole jurídica-notariales que se dan o en los coloquios que se realizan para comentar disposiciones y leyes que atañen al Notariado. Son muchos los que no faltan nunca a las comidas de hermandad ni a los homenajes que a ellos mismos les rinden con frecuencia sus hermanos menores. Pero los que siguen viviendo su vida por los pueblos de Dios, los que otro día formaron parte del Notariado más abnegado y meritorio, más puro y solemne, aparte de pensar, tienen muy pocas cosas a qué dedicarse. La tertulia en las tiendas de botica, ha sido trasladada por la moderna civilización hasta el café y las barras de bar. De vez en cuando se asoman ellos por allí para jugar una partidita de mus o tomar el café con los amigos. Esto es lo que hacen. Y tomar el sol, eso sí, mucho sol. La jubilación les llegó para decirles que ya eran viejecitos. Y el anciano, después de las flores y las mieses, es la criatura de Dios que más necesita del sol.

Pero no sólo el sol les hace sonreír. Hay muchas cosas que les obligan a desplegar los labios y que brillen sus ojos de alegría. El triunfo de los hijos también

les da un aliento. El éxito de los amigos lo hacen suyo con sinceridad. La felicidad de los hombres que les necesitaron cuando eran útiles se les contagia a ellos metiéndose por los poros hasta el corazón. Y les alegra que los recuerden desde lejos, que vengan a consultarles cualquier cosa. Tienen su paz, un reposo que ya no cambiarían por el ajeteo del despacho y las preocupaciones pasadas. Son viejos y lo saben... Les agrada que los jóvenes les digan adiós cuando pasan al lado. Y sienten la emoción de saberse protegidos por una mutualidad que se creó precisamente para ayudarles.

UNA INSTITUCION PARA ELLOS

El año 1928 el Notariado español creó su Mutualidad. Venía a cumplir una función social, a llenar el vacío que había creado una situación anterior. Los notarios jubilados, las viudas y los huérfanos necesitaban ayuda. La Mutualidad fué creada para resolver el problema planteado. Se constituía como entidad particular, sin ayuda alguna de los organismos oficiales. Los Estatutos fijaban una contribución a todos los notarios en activo con el fin de recaudar los fondos necesarios.

Pero entonces, a pesar de que su existencia la reclamaba una exigencia hecha reales, no se hallaba la Mutualidad ante los hechos consumados. La ayuda que prestaría sólo abarcaba a los jubilados a partir de aquella fecha. Generosamente amplió su radio de acción a las clases pasivas constituidas como tales con anterioridad al día de su fundación. El sistema de la jubilación trajo mucha gente a cobrar. Pero la cosa se fué solucionando como buenamente se pudo. Pero llegó un momento en que la situación era ya insostenible. Se crearon

nuevos estatutos fijando contribuciones mayores a los notarios en ejercicio. Ultimamente, por ley de mayo de 1955, nació el llamado «impuesto de folio». El protocolo de todos los notarios tiene desde entonces un impuesto determinado por hoja. Este impuesto es proporcional. Lógicamente los primeros folios harán una contribución menor que los protocolos con mayor volumen. De esta forma pagará mucho menos un magnate del Notariado que el titular de un pueblito cualquiera.

—Lo justo sería—nos ha dicho un jubilado—que el impuesto se ejerciese sobre los ingresos de cada notario. Pero es imposible una fiscalización en este sentido porque los protocolos son secretos.

Con estos medios se nutre la caja de la Mutualidad. De allí se desparrama el dinero por cauces diferentes en forma de pensiones, becas a los huérfanos y ayudas a las viudas.

—Cuando yo me jubilé, hace ya once años, empecé cobrando 12.000 pesetas al año. Después nos dieron 2.500 mensuales. Hoy nos pagan 3.750. Claro que lo acordado son 5.000. Creo que el señor López Palop está trabajando para que nos de lo establecido.

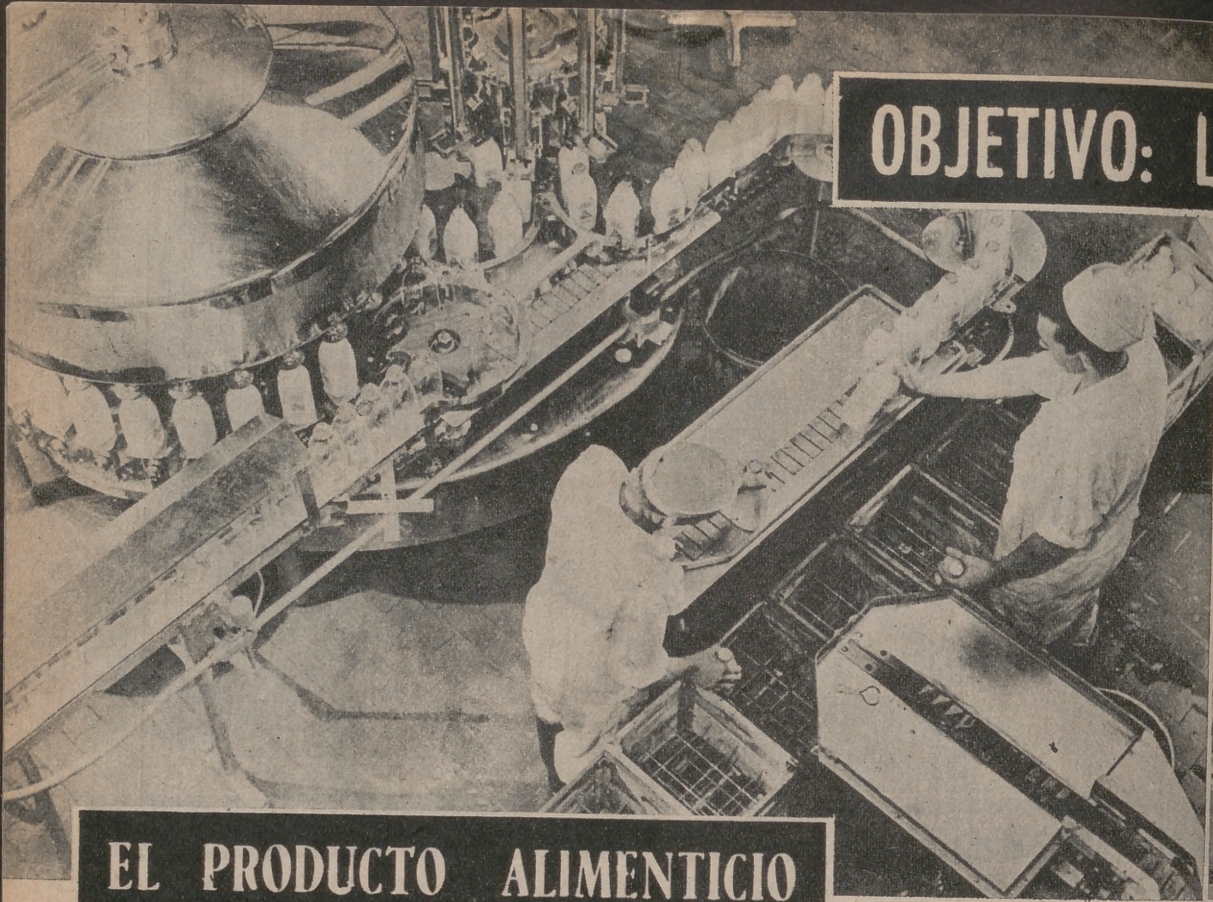
Don José Tresguerras me hizo también esta confidencia:

—El decano—nos dice el señor López de Haro—parece decidido a solucionar esto en todo lo posible. Don Eduardo ha realizado siempre una labor meritoria en favor del Notariado español. Nos ha defendido en todo momento como un Cid. Se le debe una inmensa gratitud y un homenaje nacional que no tardará en hacerse.

Los jubilados le harán este homenaje. Nadie mejor que los viejos sabe lo que es la gratitud.

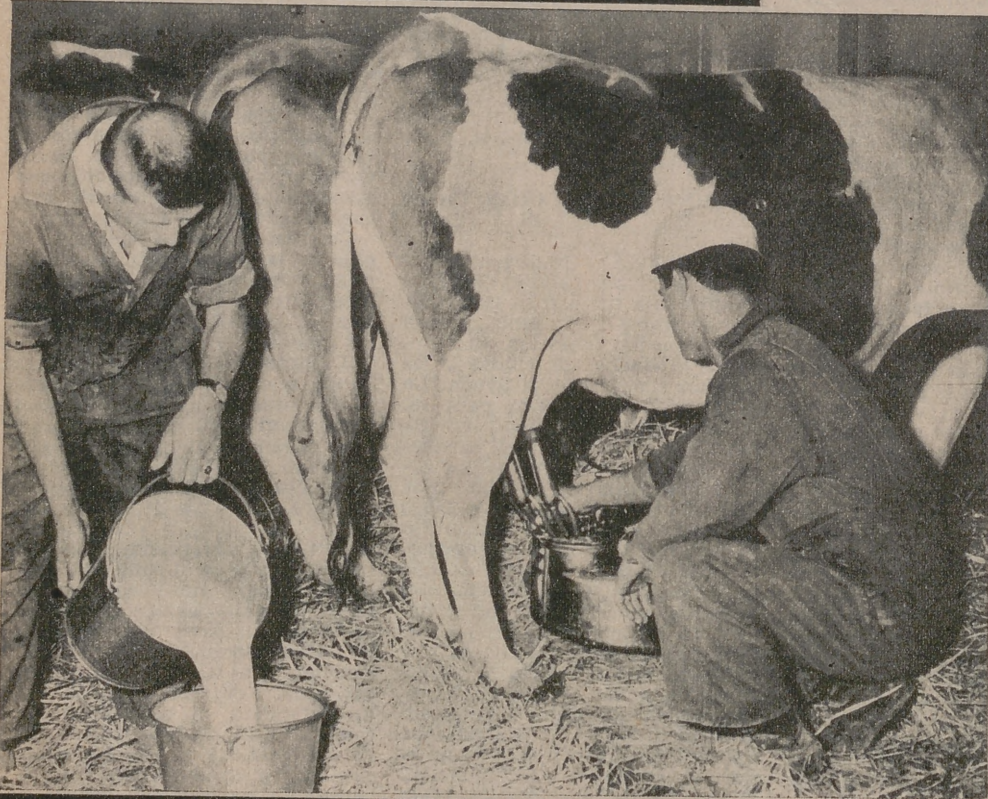
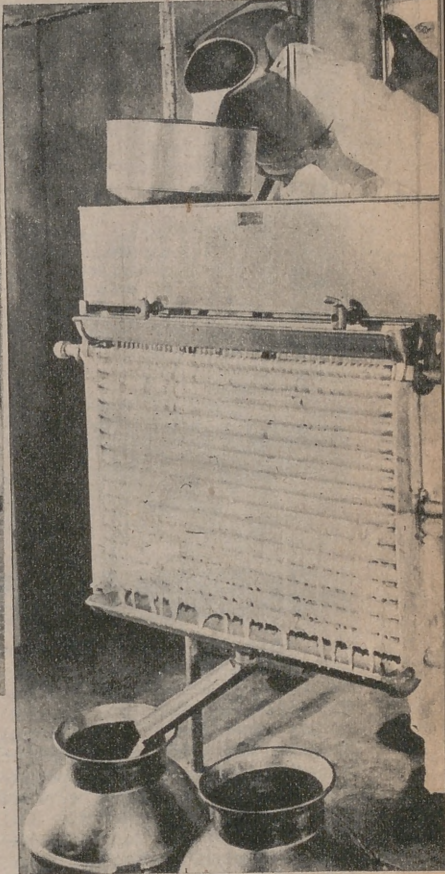
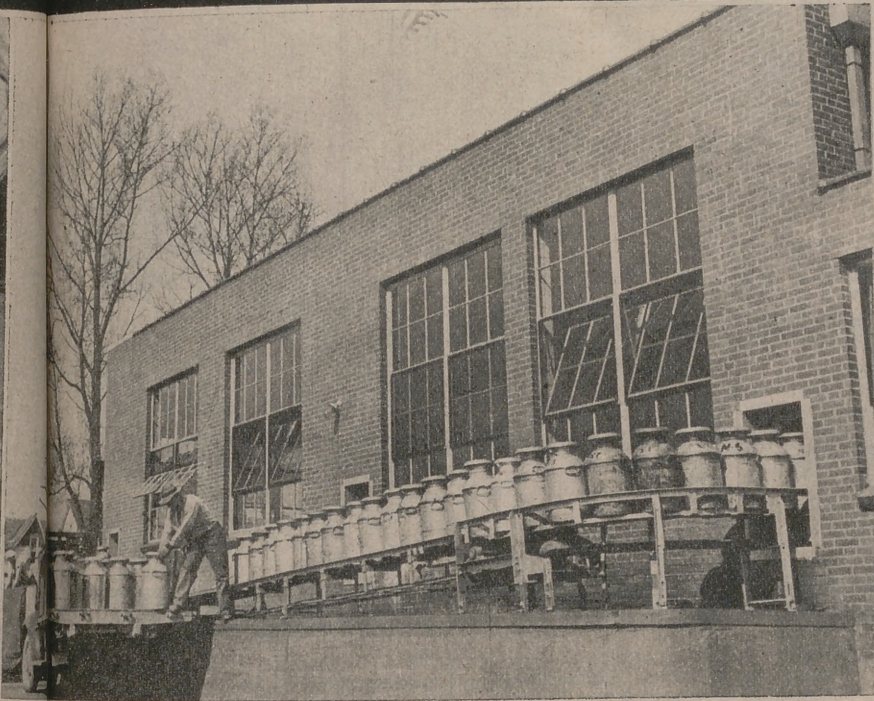
Carlos PRIETO HERNANDEZ

OBJETIVO: LA DEFENSA DE LA SALUD DEL CONSUMIDOR



EL PRODUCTO ALIMENTICIO MAS VULNERABLE A LA ACCION DE LOS MICROBIOS

UNA CENTRAL LECHERA PARA 30000 LITROS AL DIA



La leche producida por las vacas se lleva inmediatamente a los refrigeradores y máquinas esterilizadoras que preparan el producto para su distribución. Aspectos de este proceso se muestran en las fotografías que ilustran estas páginas

«UNA vaca, un voto d'ordre» y jamos una cosa igual. Si se quiere de «un hombre, un voto» es la consigna del sufragio, pero eso de «una vaca, un voto» es algo completamente nuevo.

El caso es que los ganaderos de vacuno, abastecedores de leche a Madrid, podrán influir en la gestión de la Central Lechera por el simple hecho de una vaca, un voto.

Está en curso la batalla de la pasteurización, en la cual una red de Centrales Lecheras tiene que extenderse por España. Una red sanitaria que, en años sucesivos, va haciéndose cada vez más completa.

Ahora, además de las Centrales Lecheras o industrias de elaboración láctea de España, funcionan en nuestro país otras en régimen municipal o provincial. Entre estas últimas hay que destacar las que algunas Diputaciones Provinciales tienen en sus escuelas. Por encima de toda esa red técnica, hoy existente, también funciona en la zona de Campo de Madrid la Base de Industrias Lácteas, que en su pequeña centralita, año tras año desarrolla su tercer curso normal de enseñanza.

Pero es evidente que ese es todo cuanto exige el servicio actual no basta a las necesidades alimenticias y sanitarias de todo

el país y es preciso crear una red más completa y, sobre todo, más en consonancia con la modernidad de los tiempos.

El arranque legal de esa red de higienización láctea, que va a crearse en un futuro próximo, está en un decreto de la Presidencia del Gobierno de 18 de abril de 1952, que viene a ser como la primera piedra del conjunto de Centrales deseado. Pero el texto que inicia lo que bien pudiera llamarse ofensiva general láctea es una orden del 31 de julio de 1952; una orden conjunta de los Ministerios de Agricultura y Gobernación en la que se aprueba el Reglamento que articula la aplicación de aquel decreto de la Presidencia.

Se han señalado tres etapas de actuación, la primera de las cuales comprende las ciudades de más de 150.000 habitantes; la segunda atiende a las ciudades que se encuentran entre los 75.000 y los 150.000 habitantes y la tercera etapa es aplicada a las ciudades comprendidas entre los 25.000 y los 75.000 habitantes.

CUENCA Y RECEPCION LECHERA

Por lo que respecta a Madrid se sacaron a concurso cuatro Centrales Lecheras capaces de tratar cada una de ellas 80.000 litros

diarios de leche. Ahora parece que solamente dos de aquellos proyectos llevan el camino de convertirse en realidad: la Central de los ganaderos abastecedores de Madrid y la de los vaqueros, que tienen sus establos dentro de la capital.

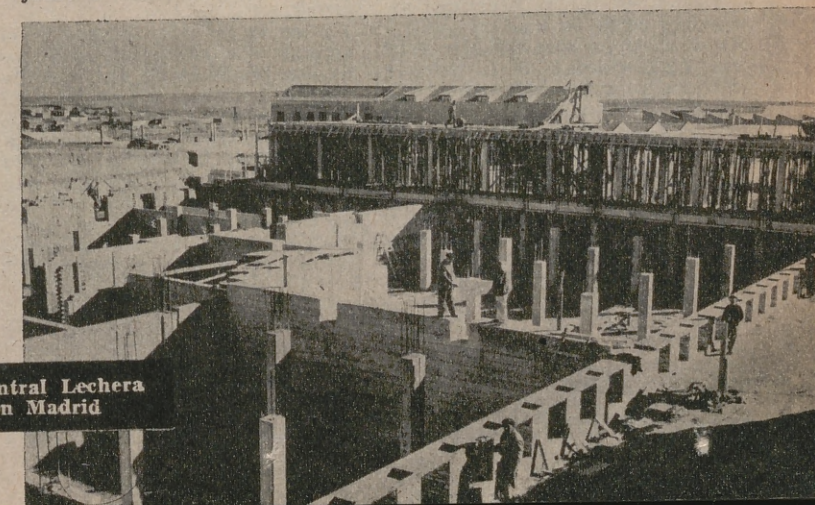
Los ganaderos abastecedores de leche a Madrid tienen sus vacadas en la provincia de Segovia, Avila, Guadalajara, Toledo y Madrid, que forman lo que podría llamarse cuenca lechera de la capital. Por su número, volumen de negocio y por estar bien organizados los Sindicatos de Ganadería, los abastecedores de Madrid llevan ventaja sobre los vaqueros en la construcción de su Central Lechera, que ya está edificándose junto a la carretera de Aragón.

en su cruce con el arranque de la Ciudad Lineal.

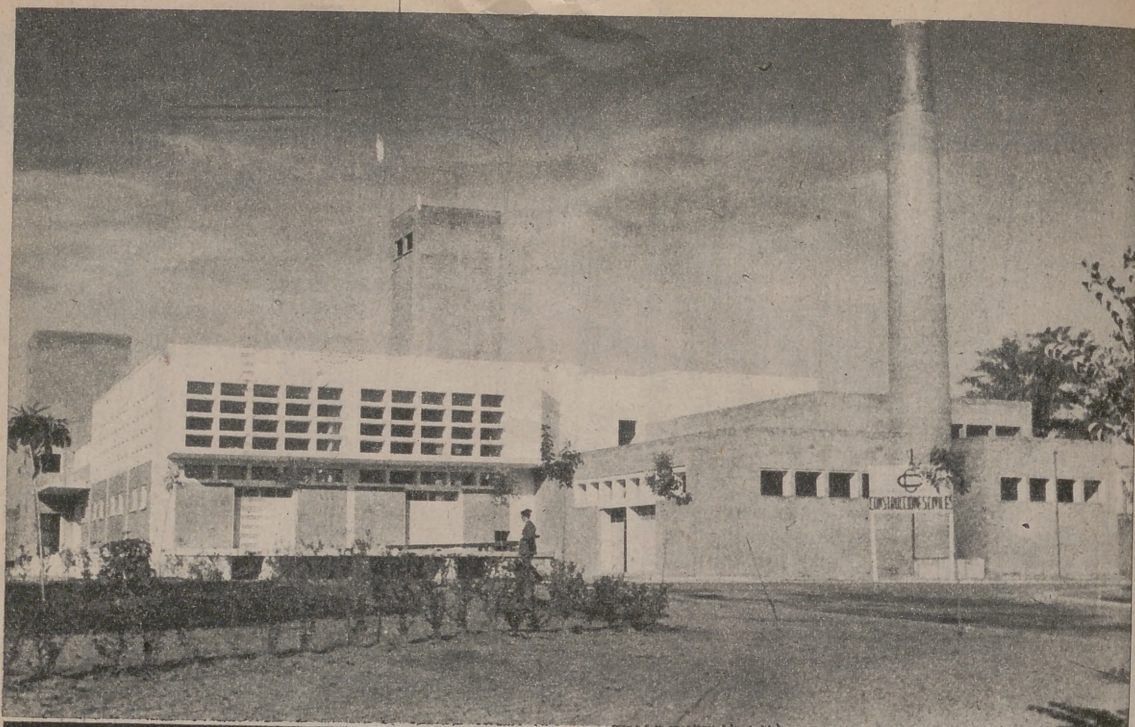
En estos momentos el intenso frío tiene a las obras de cemento armado no sólo al relente, sino también al «relentito», ya que lo bajo de la temperatura impide que se realice con rapidez el hormigonado. Pero la obra urge y, pese al descenso del termómetro, los trabajadores están el menor tiempo posible ante las fogatas, sino con las manos en las masas; esas manos que hay que soplar de vez en cuando.

LA CANTARA QUE IBA A LA FUENTE

Es una obra de gran coste en la que no se puede perder el tiempo, aunque, para aprovecharlo



Estas son las obras de la Central Lechera que se está construyendo en Madrid



Central Lechera de Mérida (Badajoz), inaugurada recientemente

bien, haya que luchar contra los elementos. Los ganaderos no quieren ahora demoras, pese a que no todos ellos sintieron un entusiasmo repentino por la Central Lechera. Ha sido preciso vencer la resistencia rural y agropecuaria a las innovaciones además de otras muchas resistencias. Nos han dicho que «la Central Lechera no la quería nadie: los ganaderos abastecedores por resistencia tradicional y por temor a perder derechos individuales, y el Sindicato de Ganadería por las complicaciones técnicas y el elevado coste de las instalaciones».

Las disposiciones oficiales son las que han atendido a la necesidad de defensa de la salud y a la modernización de unos servicios tan importantes como los del abastecimiento lácteo. Las necesidades de los tiempos actuales no están muy en consonancia con el arcaico reparto de leche por cántaras, que subsiste aun en algunos lugares. La exactitud de las botellas se impone por todas partes, y un avance más de garantía está en la supresión de los tapones de plástico para sustituirlos por el precinto inviolable con la fecha grabada que asegure lo reciente del embotellado.

Sabido es que la necesidad es muchas veces la que crea el órgano, y así ha sido también esta vez. La necesidad de la defensa del público consumidor es lo que ha hecho nacer la idea de la red nacional de Centrales Lecheras, en la que, naturalmente, entra la que está construyéndose en Madrid, tutelada por el Sindicato de los Ganaderos.

Pero no basta con las instalaciones, con los edificios y la maquinaria, sino que para el servicio de las Centrales Lácteas es preciso mucho personal especializado, con una preparación que no se improvise. La Escuela de Industrias Lácteas de la Casa de

Campo está para la formación de maestros queseros competentes; capataces y mandos secundarios bien preparados en las técnicas más modernas, pero está también para la formación de los trabajadores especialistas, que tienen que servir a las nuevas Centrales Lecheras, o sea del personal de cuya preparación y aptitud depende el que la red de Centrales sea posible.

EL HOMBRE, ANTES QUE LA MAQUINA

Por eso la labor lenta de formación técnica y profesional ha ido por delante a la misma instalación de las Centrales, ya que es el hombre, antes que la máquina, el que tiene que hacer posible y dar realidad al próximo futuro de las industrias lácteas españolas; ese futuro que nos está pidiendo a gritos la puesta al día de los procedimientos, prácticas y realidades actuales.

Y una realidad actual es la de los nuevos regadíos, que han forzado su marcha normal en los últimos años, y este considerable impulso de regadío supone un cambio muy importante en la orientación agrícola de muchas comarcas.

Y como la vaca lechera es el animal más adecuado para los nuevos regadíos, de ahí que la cabaña nacional aumente en la cría de esos animales de una manera natural, ya que ofrecen la seguridad de facilitar al labriego pequeños ingresos diarios lo que siempre es más conveniente en las familias campesinas modestas que unos beneficios concentrados en un momento determinado del año agrícola.

Por otra parte, la política de huertos familiares aumenta también el número de vacas lecheras, y este desarrollo en las zonas regables es un exponente claro de

éxito o fracaso en la labor de colonización, que a veces, con muy buen criterio, facilita vacas lecheras a crédito a las familias asentadas.

La primera estadística hecha en España sobre la producción nacional de leche es del año 1925, y fué realizada por la Asociación General de Ganaderos. Aquella estadística permitió averiguar que la producción anual de leche alcanzaba entonces, en nuestro país, 1.080 millones de litros, con un valor de 552 millones de pesetas. Datos oficiales obtenidos en 1943 cifraron el volumen español de producción láctea en 1817 millones de litros.

1.817 MILLONES DE LITROS DE LECHE

La producción nacional española de leche es debida a tres diferentes especies animales: vacas, ovejas y cabras. Y a diferencia de casi todos los países europeos, en el nuestro tienen una marcada preponderancia las ovejas y las cabras sobre las vacas lecheras, y es natural, ya que las ovejas y las cabras son animales típicos de ciertos climas y terrenos. Los inmensos barbechos manchegos y castellanos hacen de la oveja un ser vivo de aprovechamiento ideal que recoge las espigas perdidas en extensas y soleadas rastrojeras. La cabra se aclimata bien en nuestra complicada orografía entre jarales y breñas, mientras que las vacas lecheras se desenvuelven mejor en las comarcas húmedas y nubosas, con tallos altos y jugosos y abundantes pastos.

Es en las comarcas españolas más lluviosas—en la llamada España húmeda—donde existe el mayor número de vacas. Esta es una regla general que tiene, no obstante, dos excepciones el primero en las zonas lecheras de Madrid y Barcelona, que, además de

tener alrededor su propia cuenca de abastecimiento lácteo. por la mayor demanda, han constituido una red de establos urbanos que contribuye muy notablemente al suministro de leche.

Hemos dicho que en nuestro país predomina la oveja y la cabra, y es cierto, pero ese predominio es por número de animales, aunque no por producción de litros de leche. Los 1817 millones de litros anuales a que antes nos hemos referido se distribuyen de la forma siguiente:

Leche de vaca, 1.472 millones de litros.

Leche de oveja, 71 millones de litros.

Leche de cabra, 274 millones de litros.

En España no se ha alcanzado el desarrollo que la ganadería lechera tiene en otras naciones, y ello es un reflejo del clima distinto y de que la producción forrajera es más escasa.

En los últimos años, la mayor parte—casi el 85 por 100 de la leche producida en España—es destinada al consumo humano y el resto se destina para la alimentación de crías y para la industrialización, apartado este último que también va destinado al consumo del hombre.

CADA VEZ SE BEBE MAS

El consumo por habitante y día ha aumentado en nuestro país muy considerablemente; casi se ha doblado desde el año 1923, del que data la primera estadística. Entonces se consumía por día y habitante unos 100 gramos de leche, cantidad que ha pasado hoy a más de 180 gramos diarios por persona.

No solamente es la leche el alimento más completo de cuantos existen de origen animal, sino que es también el alimento más barato por unidad, por lo menos esto ocurre en nuestro país, donde el precio de la leche ha sufrido tan poco incremento, en relación a otros alimentos esenciales, que casi resulta antieconómico el suministro de buena leche a domicilio. Por lo menos esa es la opinión de los ganaderos y vaqueiros abastecedores de Madrid y, por tanto, la de sus organismos sindicales.

Visto sobre las estadísticas europeas se aprecia bien la calvicie lechera de España. En Suiza el consumo por habitante y día es de 580 gramos; en Dinamarca, el consumo de leche diario y por habitante es de 370 gramos, y en Francia es de 200 gramos por habitante y día, mientras que en nuestro país, sólo ahora hemos sobrepasado los 180 gramos diarios por habitante.

En España siempre se han industrializado muy pequeñas cantidades de leche. Esta es la causa de que no se elaboren en una cantidad suficiente los quesos, mantecas y otros productos lácteos que requiere el país. Esta industria básica se ha venido desarrollando muy tímidamente, incluso en la producción de mantecas, por la costumbre secular que existe en nuestro país del empleo del aceite de oliva en la condimentación de los alimentos; ese cocinar con aceite, que es la

primera diferencia que notan los extranjeros en la cocina española y a la que tardan en acostumbrarse.

La mayor parte de la leche que en nuestro país se destina a la industrialización queda transformada en quesos, pero por medios caseros o semi-industriales que muchas veces no ofrecen las debidas garantías higiénicas.

EL QUESO Y COMO LO DAN

Hay quesos cónicos y puntiagudos, como los hay también irregulares, de muy difícil clasificación geométrica. A veces parece que estamos en la prehistoria del queso, y que ésta es la causa de que se le den formas atormentadas, o también pudiera ser que en algunos de nuestros medios rurales la elaboración quesera sea tan moderna que ha caído en el cubismo y en la escultura abstracta. Falta uniformidad y vivimos en una anarquía quesera pintoresca y llena de primitivismo. Lo cierto es que para la elaboración a brazo existen pocas facilidades en nuestro país, donde, salvo comarcas privilegiadas la leche puede infectarse con demasiada facilidad y se conserva difícilmente fresca y por poco tiempo.

En nuestra tierra es más necesaria aún que en otros países la enseñanza de las técnicas modernas de elaboración láctea; esa enseñanza que se da actualmente en la Escuela de Industrias Lácteas de la Casa de Campo y en las Granjas-escuela de algunas Diputaciones Provinciales, pero hace falta avanzar mucho más.

Al progreso de la industria láctea española interesa el establecimiento de sociedades cooperativas de producción que reúnan los esfuerzos individuales que hoy se encuentran tan dispersos. Hacen falta especialistas, locales apropiados, maquinaria moderna y un sentido de empresa y de organización comercial hoy muy en esbozo en nuestra pequeña y disgregada industria lechera. Y esta organización comercial no puede establecerse bien con un sentido demasiado individualista y anárquico, sino con ese espiri-

tu de cooperación que tanto nos cuesta lograr y que es, incluso entre los españoles, tan fructuosa una vez ha vencido las dificultades iniciales que se opusieron a su cuaje.

Si no existieran otras razones de orden higiénico y de defensa de la salud pública, bastaría por sí sola la idea de hacer surgir por todo el país una industria láctea moderna para justificarse a sí misma; pero está también la urgente necesidad de que se eviten los peligros públicos que entraña la manipulación poco cuidadosa de la leche desde el ordeño en apriscos sucios hasta su transporte y distribución en recipientes poco apropiados.

MALAS NOTICIAS PARA EL MICROBIO

Quizá sea la leche el producto alimenticio más vulnerable a la acción de los microbios. Estos abundan en los forrajes y en los pastos, en los piensos en el estírcol y en el aire mismo. Donde hay ganado existe una «ganadería» inmensamente mayor por su número de unidades; son los inmensos rebaños microbianos. Hasta las manos del vaqueiro son fuentes de contagio y la misma vaca lleva microbios en la piel y en el organismo.

Después de todo esto, ¿es extraño que la leche tenga microbios aun la extraída de una vaca completamente sana?

También las condiciones a que se somete la leche después del ordeño tienen una influencia decisiva en el contenido microbiano de la misma, que es un ideal caldo de cultivo para los microorganismos, con tal de que se la mantenga a temperaturas favorables para la rápida reproducción microbiana.

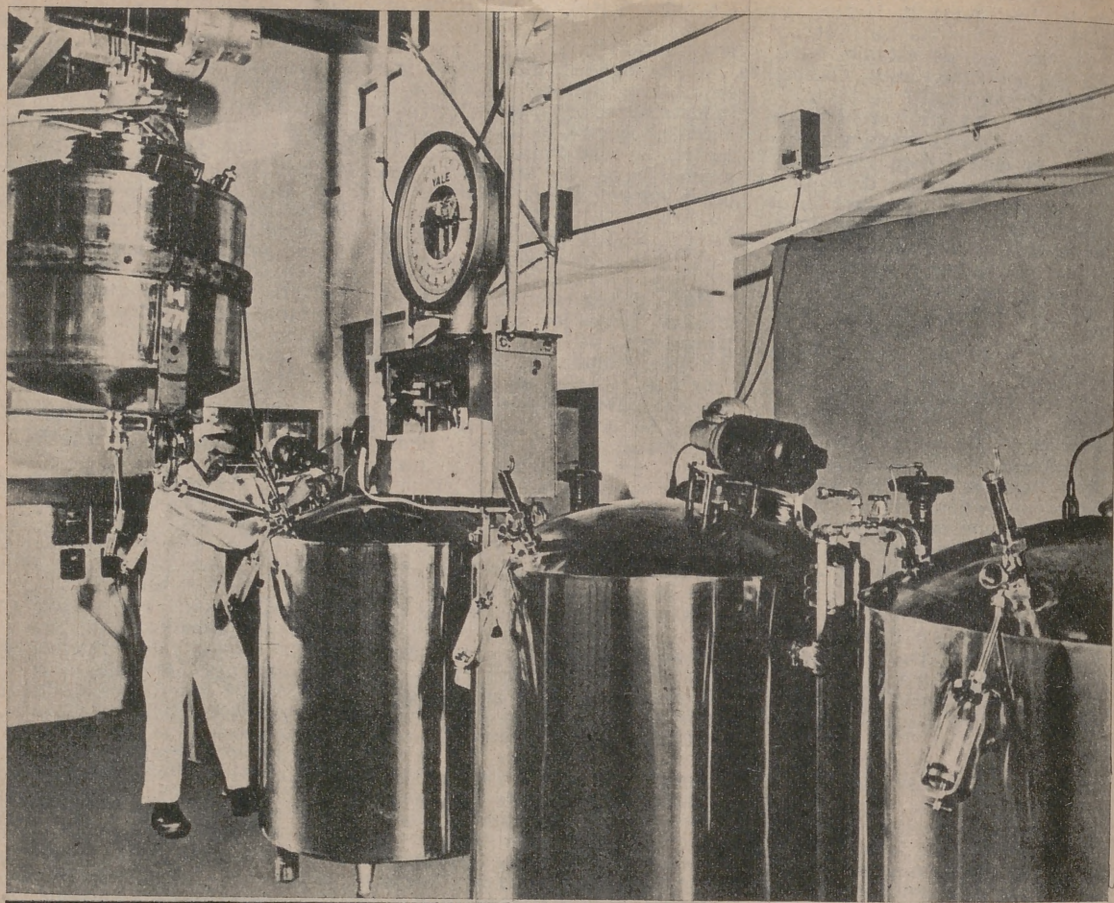
No basta impedir que la leche se desnate o se agüe, sino que es preciso llegar a la seguridad de que su contenido microbiano no va a constituirse en un serio peligro para la salud pública.

Das distintas vías de infección tienen los gérmenes patógenos que puede contener la leche, ya que pueden ser originados, por el animal lechero o bien deberse a una posterior contaminación, aunque sólo sea debida a la po-



Ganadero: así
será tu
Central Lechera

Folleto editado por el Sindicato Nacional de Ganadería sobre la organización de su Central Lechera



La leche que llega a la Central es pasteurizada en estos grandes depósitos de acero inoxidable

ca limpieza de los recipientes destinados al transporte lácteo o al sistema, poco higiénico con que éstos son sometidos a aguas de poca confianza.

En todos estos datos se fundamenta la razón sanitaria de la red de centrales lecheras que debe crearse; pero hay también otras razones sociales y públicas de mejora y modernización de un servicio de abastecimiento tan importante.

Para que la leche sea sometida toda ella (por medio de muestras, naturalmente) al microscopio, a las pruebas de laboratorio y, por lo menos, a los procesos de seguridad sanitaria que entraña la pasteurización, es preciso que España cuente con una importante red de Centrales modernas, desde las que se vele por la salud de todos.

Y esto no se puede lograr con la atomización (taifa) y el absolutismo individualista, sino con obras de cooperación que sean como pantanos reguladores de la leche.

LAS TRIPAS DE UNA CENTRAL

Pero una Central Lechera no es un establecimiento técnico meramente pasivo y receptor, sino que una central destinada a suministrar leche pura a una población cualquiera debe tener un radio de acción que llegue a los mismos establos, vigilando las condiciones higiénicas en que los animales se desenvuelven en aquéllos, así como su régimen de alimentación. Alrededor de una

Central Lechera es preciso montar campañas de divulgación para ganaderos y vaqueros abastecedores de la ciudad, con premios o bien con sanciones gubernativas, si éstas fueran necesarias para defender la salud de todos.

Existen diversos tipos de Centrales Lecheras; pero, en general, puede decirse que todas ellas cuentan con una sala de recepción capaz de recibir y pesar rápidamente la leche de una jornada. Tienen también un local amplio donde se realiza mecánicamente el lavado de bidones y botellas. Un laboratorio donde efectuar los análisis de entrada y salida. Las naves de filtrar, pasteurizar y refrigerar la leche. La cámara de conservación y homogeneización, y los locales para la transformación industrial de los materiales sobrantes. Pero no para ahí la cosa, sino que también se necesita una buena sala de expedición, salas de embotellado mecánico, cámara frigorífica, almacenes, salas de motores y calderas y amplios departamentos para carbón y leña, así como las instalaciones administrativas y para las funciones directoras del establecimiento.

Hay incluso centrales lecheras en «cascada», en las que los aparatos se superponen en piscas distintos, de manera que en el más alto se realice la tarea inicial y por el bajo salgan los camiones con la leche embotellada.

Otra disposición moderna es la de la central en «estrella», en la que las instalaciones están colocadas en un mismo plano y los distintos departamentos técnicos están situados radialmente y son dirigidos desde el centro de la casa.

Y también existe el montaje continuo, aunque en este sistema es preciso separar, al menos, con cristalerías, los distintos departamentos por razones fundamentalmente higiénicas.

La Central de los Ganaderos Abastecedores de Madrid se edifica rápidamente, después de haber vencido la etapa de las vicisitudes técnicas iniciales.

Primero fué preciso un solar que, además de ser adecuado (zona urbana higiénica, facilidad de suministro de energía eléctrica, vías de comunicación amplias, desagües capaces...), fuera asequible por su precio al Sindicato de Ganadería. La abundancia de

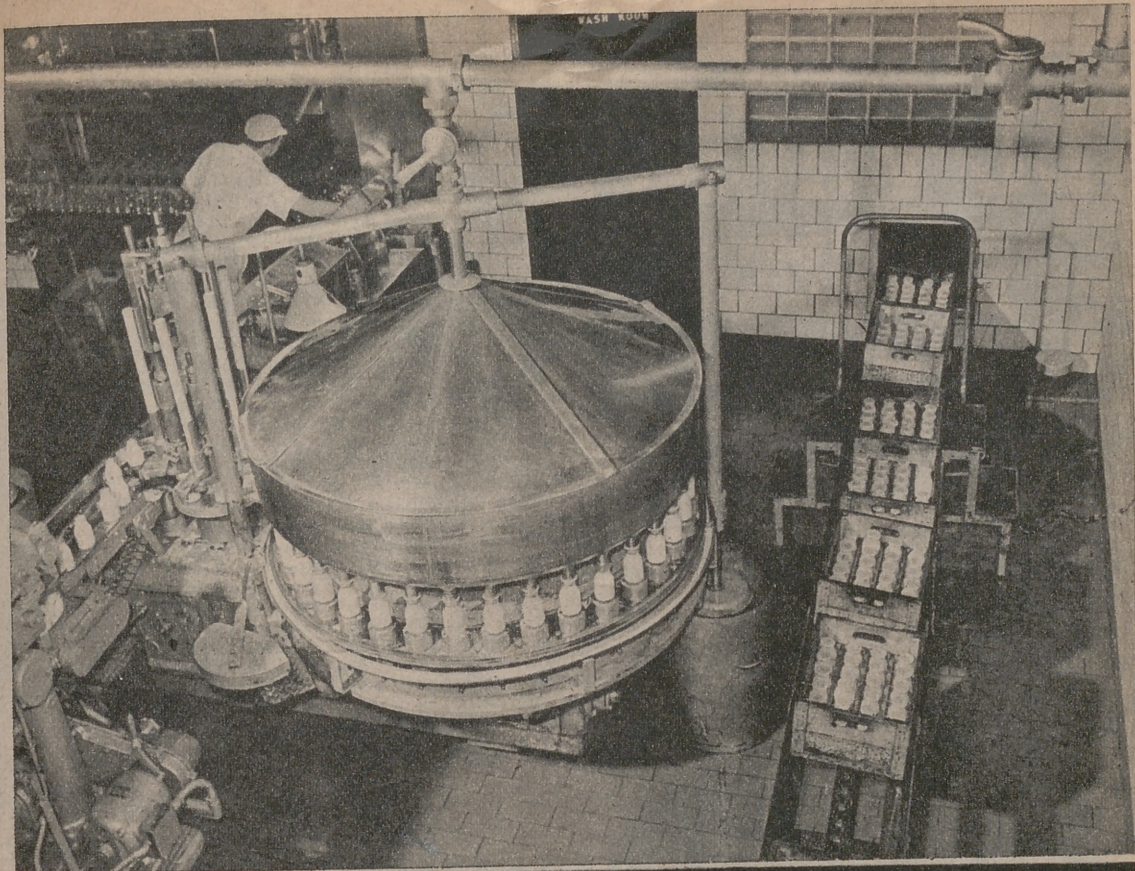
Suscríbase usted a

“LA ESTAFETA LITERARIA”

aparece todos los sábados

Montesquiza, 2

MADRID



Una máquina para envasado de botellines de leche. El consumidor recibirá el producto con todas las garantías de salubridad

agua era esencial, y no precisamente para mezclarla con la leche, sino para que pudiesen funcionar las potentes calderas.

Después de visitarse varios solares y comprobar sus precios exorbitantes, la Comisión de Urbanismo de Madrid pudo ofrecer un solar apropiado y asequible que, con los informes favorables de los técnicos, fué adquirido por el Sindicato de los Ganaderos.

Y a sacar las obras a concurso y a pedir la adjudicación de una maquinaria, que va a ser, en su gran mayoría, de procedencia alemana.

En estos momentos las gestiones para la importación del utillaje están ultimadas, lo que hace suponer que en un plazo relativamente breve aquellas máquinas se encontrarán ya dispuestas para ser montadas en la nueva Central Lechera. Y lo mismo podemos decir de los mecanismos auxiliares para la producción del frío y el calor.

Otro detalle técnico que se resuelve ahora, aun sin haber sido terminado el edificio de la Central, es el de la toma, transformación y distribución del fluido eléctrico lo que supone un estudio muy detenido por la potencia eléctrica que se necesita y las seguridades que en el suministro de aquella energía es preciso observar para el buen funcionamiento de la nueva industria láctea.

Ha habido que realizar un sistema de desagüe a lo largo de toda la fachada Norte y parte de las fachadas Este y Oeste. Con esta obra se evitan que se

produzcan humedades en el interior de la Central.

COMIENZA CON OCHENTA MIL LITROS

Terminados hace tiempo los trabajos de desmonte y explanación, así como las obras de saneamiento y de cimentación, la estructura hormigonada del edificio avanza rápidamente, pese a las bajas temperaturas de estos días, y todo hace prever que la nueva Central Lechera podrá inaugurarse antes de que termine el corriente año.

No es precisamente una central lechera piloto lo que se construye, a ritmo rápido, en la calle de Julián Camarillas, junto a la carretera de Aragón, en Madrid sino más bien una Central estímulo perfectamente incluida dentro del plan general de Centrales Lecheras que ha sido trazado para la defensa de la salud de España.

Más de 30 millones de pesetas costará la nueva Central; y solamente los cestillos metálicos para contener las botellas valen una fortuna. En principio se piensa en que la nueva Central pueda tratar 80.000 litros diarios, pero se quiere que su capacidad máxima llegue a los 300.000 litros diarios de leche pasteurizada lo cual es una buena producción.

La central de la Cooperativa Lechera de Tortosa trata 8.000 litros diarios; la de la Cooperativa de Productores de Leche de Córdoba 30.000 litros al día; la de las Cooperativas Unidas de Ganaderos de Zaragoza 36.000 litros al día; la de los Productores

de Leche de Vizcaya, radicada en Bilbao, 50.000 litros; la de Las Palmas, 20.000 litros; las dos de Pamplona, 15.000 litros cada una; la de Málaga, 40.000 litros; las dos de San Sebastián, 24.000 litros cada una; las dos de Sevilla, 40.000 litros diarios la una y 30.000 la otra, y la de la Unión Industrial Agroganadera de Granada, 40.000 litros diarios de producción.

Pero existen en España otras centrales lecheras, como la Municipal de Gerona o la recién inaugurada central de Badajoz, incluida en el célebre Plan de aquella provincia, además de las de empresas privadas.

Por las producciones diarias puede verse la importancia de la nueva Central Lechera de Madrid, con sus 80.000 litros diarios de leche pasteurizada y su capacidad mucho mayor para el futuro.

En todos los países un poco cultos la leche es tratada por procesos de seguridad sanitaria antes de que llegue al consumo público. Y así va a ser también en España.

La leche es el primer alimento del hombre no sólo en el tiempo de cada cual de los lactantes sino también en el de la gran historia de la Humanidad; pero dicen que es también el alimento más completo.

Seguro que la Central Lechera de los Ganaderos Abastecedores de Madrid y toda la red nacional de esas centrales servirá al bien común, y con el frío y el calor, hará raza y Patria a chorros.

F. COSTA TORRO

EL VACIO

NOVELA

Por Manuel MORALES



PROBABLEMENTE aquel era el sino, su sino.

—Es usted incompetente.

—Sí...

Otro hubiera dicho sí, señor. El mismo debió decir sí, señor. Pero, no; la palabra señor no le salía nunca. La costumbre. Cuando él estuvo trabajando con los curas todo era más fácil. Sí, padre. O, simplemente, sí. O una inclinación de cabeza, como si se tratara de un encuentro por el pasillo con un reverendo o con el mismo rector. No eran necesarias las palabras. Las palabras eran, son, siempre muy poco necesarias. Menos aún, absurdas. Todo era, sin embargo, palabras. La mecanógrafa, la rubia mecanógrafa de la cara redonda, de la nariz corta, del cuerpo lleno, la que el administrador cogía de vez en cuando por el talle, hablaba y hablaba toda la mañana (sin descanso) con unos y con otros, con él mismo, por teléfono, si no había nadie a mano. Nadie recordaría nunca de qué hablaba la mecanógrafa, ni aun de qué hablaba el jefe. El jefe, desde detrás de la mesa, con la mirada oscura a través de las gafas, las manos sobre el timbre, sobre la pluma, sobre el teléfono, hablaba también siempre.

—Esto para el archivo, para la segunda sección del archivo, para... ¿Cómo va el archivo?

Bien. El archivo siempre va bien. Es muy importante el archivo. A veces el jefe le hablaba de sus cosas. De la vida. Andrés escuchaba en silencio, inmóvil, un minuto, otro, cinco, un rato. Andrés, normalmente, no tenía raras aficiones; pero escuchando al jefe le daban alguna vez ganas de mover las piernas, de dar un salto delante de él, de asomarse a la ventana o de cantar. Cantaba para adentro o reía para adentro mientras el jefe hablaba. De repente tenía que parar, que aguantarse, y fijar la atención en unos papeles.

—Estos son para acusar recibo.

—Sí...

Y tenía que dejar la canción, la risa, el pensamiento, cualquier cosa, que siempre era más importante que los papeles, que lo que el jefe tenía que decirle. Esta vez, por el tono, el jefe estaba diciéndole cosas importantes.

—Es usted imposible, incompetente...

—Sí...

¿Por qué había dicho sí? ¿Por qué, por lo menos, no había dicho sí, señor?

Se retiró. Era una manera de hablar en aquella casa. Retírese usted. ¿Puedo retirarme? La mecanógrafa tenía unos ojos extraños, unos ojos claros llenos de gozo. Le miraba como a algo raro. La mecanógrafa había oído los gritos. Se alegraba de que alguno, él, fuera objeto de los furios del jefe.

Los papeles, deformes, irregulares, amontonados, sobre todo en el ángulo izquierdo de la mesa, desde hacía dos, tres meses, desde que él llegara a aquella oficina, a aquella mesa; el sacapuntas de manubrio pegado a la madera; el tintero, la pluma; las plumas; el armario, lleno de legajos que él no había visto casi nunca, pero que debió ver, que era, para los demás, como si los hubiera visto todos los días; el archivo, atestado de carpetas, opacas carpetas de color marrón, las carpetas llenas de cartas, de papeles con rótulo, de notas. Un cajón del archivo, casi de los más altos, estaba abierto. Llevaría así, abierto, un día, una semana, un mes, quizá desde el primer día que él piso aquella estancia. También estaba abierta la portezuela del armario.

La mecanógrafa miraba a través de la puerta de gruesos cristales, la puerta que tenía encima, en la jamba, el letrerito «Secretaría», con la misma sonrisa que él había visto cuando salió del despacho del jefe. La mecanógrafa se reía de los gritos, que no fueron para ella. La mecanógrafa, cuando los gritos del jefe eran para ella, lloraba.

No dijo adiós, no dijo nada. Salíó como si fuera abajo, a dar un encargo al conserje, a uno cualquiera de aquellos despachos de puerta como la del suyo, blanca, de gruesos cristales; a pedir una cerilla, un papel de fumar. Muchos días también salía así. Por eso la mecanógrafa solía decir que no tenía educación. Ni adiós, ni buenos días, ni buenas tardes. Ni, sobre todo, hablar con ella. ¿De qué podía él hablar con la mecanógrafa? Cada día ella tenía algo que contar, que hablar, que reír; cada día y cada minuto. Pero a él no le importaban nada las relaciones de la mecanógrafa con no sabía qué especie de chicos, ni la fiesta del domingo, ni que el pretendiente de Lena, la de «Intervención General», fuera rico, y viejo, y feo...

A la mañana siguiente no tendría que pasar el portafirmas, recoger el material de archivo, dictar



a la mecanógrafa, ponerse a ordenar los papeles, que nunca acababa de ordenar. El era un incompetente, un imposible. Un incompetente que no hacía mucho tiempo había llegado a aquella oficina a través de la recomendación de un amigo o de un conocido cualquiera.

* * *

En el cuarto del fondo, el que había al final del pasillo con el balcón a la calle, el balcón por el que entraba el ruido de la fábrica de gaseosas de la imprenta, del puesto de pescado, de la calle, de las motos, estaban Codina, Pedro, el muchacho que era intérprete, algún amigo llegado de visita. Hasta Andrés llegaban las voces: la voz grave, ahuecada, de Codina; la voz suave, bajita, monótona, de Pedro; la del amigo. Las voces no dejaban dormir a Andrés; no le dejaban ahora, esta tarde, no sabía por qué. Otras veces, en otro tiempo, siempre, había dormido, con ruido o con voces: con jaleo, incluso; con la luz encendida... Algunas personas no podían dormir con la luz encendida. Cosa, sería, de nervios. Sonaron unos golpes en la pared. Alguno, quizá Codina, golpeaba al tiempo que decía algo:

—Venga, muchacho.

Entre el ruido de las voces él no pudo precisar si fue eso lo que dijeron ni quién lo dijo. Le esperaban. Eran ya las seis, más de las seis, casi pasada la tarde del domingo. Luego alguno, dos, tres, todos, se lo dirían:

—Hemos estropeado la tarde del domingo.

Se lo dirían como un reproche, como si él tuviera la culpa de que hubiera pasado la tarde del domingo sin hacer nada, sin hacer otra cosa que hablar y hablar en aquella habitación de la casa.

Tenía que levantarse; en la cama tampoco, él, hacía nada. Cualquier pensamiento vago, impreciso, pasaba de vez en cuando por su cabeza, para marchar luego, sin que él pudiera retenerlo, sin que él supiera cómo hacer para deducir algo, cómo agitarlo, allá dentro, para deducir algo. Y ¿qué podía él pensar?, ¿qué tenía él que pensar?, ¿cómo que llevaba unos días parado, que le habían echado de la oficina por incompetente? Esto no era nada, no era, por lo menos, motivo para pensar nada. Ahora daba clases. Clases particulares, en casas particulares: clases de latín, de ciencias, de letras, a los muchachos de los primeros cursos de bachiller, o de sumar, de restar, a los niños pequeños.

—Mira qué hora es ya.

¿Tarde? Sus amigos ya estaban fastidiados porque había pasado gran parte de la tarde del domingo. El domingo había que divertirse, era para divertirse. Toda la semana se estaba esperando el domingo. Todas las semanas eran iguales; todos los domingos eran también iguales. Codina, Pedro, el amigo nuevo, el muchacho que era intérprete, llevaban ya dos, tres horas de charla en la habitación. Hablarían de mujeres. Sí, seguramente ha-

blarían de mujeres: novias, chicas. ¿De qué otra cosa podían hablar? Quizá también hablaban de fútbol. A alguno no le gustaba el fútbol; pero no importaba, también éste, Pedro, hablaría de fútbol.

Salieron. Ya estaban, estarían, todos contentos. Iban a pasear, como el domingo pasado, por la Gran Vía. Llegarían hasta el final. Al final entrarían en algún bar, tomarían cerveza, vino, una copa. Todo lo harían riendo; alguno contaría un chiste: siempre había alguno que tenía un chiste para contarlo.

La acera izquierda de la Gran Vía parecía ser la preferida de los paseantes, del público. La acera izquierda de la Gran Vía estaba enormemente, visiblemente más poblada que la otra. La gente se aglomeraba, se apretujaba. Más de dos, más de uno, no era posible que caminaran, a la par, por la acera. Las parejas, sin embargo, hombre y mujer, cogidos del brazo, iban como una sola persona contra todo. El viejo, el pobre viejo de la chaqueta sin brillo y el sombrero sucio, sufría las pisadas, los encontronazos de la pareja, el empujón en el hombro que hacía que se tambaleara, casi que perdiera el equilibrio. La pareja seguía enlazada, muy junta por arriba, unidas casi las cabezas, y el viejo quedaba atrás, sin haber sido visto, desequilibrado, zarandeado, a punto de haber caído por el suelo. Los niños... ¿cómo no se perdían los niños entre la gente? El niño, diminuto, con el pelo revuelto a la frente, delante de la mujer y del hombre; la mujer, con otro, más pequeño aun, en sus brazos; el padre, con la mano en el bolsillo, la otra en el brazo de la mujer. El niño delante, solo, más pequeño que todos, casi una mota, menos que una partícula en la acera izquierda de la Gran Vía, y, sin embargo, la mirada del niño, clara, alta, sobresalía por encima de todos, hacia los letreros, todavía opacos, de los almacenes, de los escaparates, de los cinematógrafos, más arriba, de la torre del edificio de seguros, del rascacielos, del cielo ya casi negro. Por eso será que los niños no pueden perderse. Los niños lo dominan todo, desde abajo, con sus miradas claras, altas, que van siempre a acabarse muy arriba... A Andrés le dieron un golpe. Un codo cualquiera sobre su espalda. Andrés no se volvió, no se hizo a un lado, en la acera izquierda de la Gran Vía no había lados, ni sitios... Luego pasaron los gamberros. Los gamberros, entre la gente, a la hora del paseo, van cogidos, apretados en un extraño grupo, sin mirar hacia delante ni hacia atrás, mirándose ellos mismos unos a otros, cogiéndose por el cuello, el brazo de uno en el cuello del otro, entre los dos un tercero, y otro delante, de medio lado, que de no ser gamberro no podría, así, mover los pies para andar. Alrededor de los gamberros, el niño, el viejo, Andrés, el hombre del bastón y el cigarro puro, la señora gruesa, la que a aquella hora nadie sabe qué hará por la Gran Vía, alteran su caminar, su difícil paseo, las posiciones que llevaban desde el principio; el remolino lo altera todo; Andrés ya no ve al niño;

el niño ya no mira arriba, hacia la torre que llega al cielo; el viejo queda atrás; el señor del basón y el cigarro está más a la izquierda, junto a la pared de mármol; la señora ha desaparecido. La pareja, muy unida, sigue en el mismo sitio, entre el remolino de los gamberros. Los gamberros, con sus voces entre femeninas y roncadas, han alterado el orden de los ruidos de la Gran Vía, el runrun equilibrado, sin estridencias, de la gente, de los coches, de los pitos de los guardias. Los gamberros, con sus posturas extrañas, han trastornado el pasear ordenado e incómodo de la Gran Vía.

Va a ser de noche. La hora del bar. Siempre es la hora del bar, pero en esta del oscurecer es cuando más apetece saborear la cerveza o el vino. A Codina, a Pedro, a Andrés, al muchacho que es intérprete, a todo el mundo, le gusta, en esta hora, apretujarse junto a la barra y pedir en voz alta una caña, un vaso, un aperitivo. A Andrés, el vino no le gusta, tampoco le desagrada. Va porque ti ne que ir, porque es domingo y hay que divertirse. Todos dicen que hay que divertirse y van, a esa hora, a la barra del bar.

Salieron más contentos, más locuaces si cabe, que habían entrado. Por la calle estrecha, con automóviles detenidos que ocupaban casi la mitad, iban en grupos. Codina y Andrés, primero; detrás, Pedro y el amigo de la visita. La conversación estaba todavía impregnada de optimismo. Luego, muy pronto, decaería, en cuanto el bar se hubiera olvidado. Era por eso, quizá, que todo el mundo veía, como ellos, los bares. Ellos, al salir, sabían que, después del paseo, les esperaba algo, las copas; no importaba que no fueran muchas; al contrario, muchas trastornaban; lo importante era, simplemente, que las copas eran como el final prometido a su paseo. Iban, lo sabían desde el principio, a hacer algo. Cuando aquella meta se había rebasado, comenzaba otra vez la desgana, el aburrimiento.

Codina no tenía muchas ni grandes aficiones, quizá no tenía ninguna afición. Andrés y Codina no hablaban de nada.

—¿Vamos al cine?

Andrés no contestó. Podía ir, podía también no ir.

—Ponen... dos buenas películas; vamos.

Codina, al decir vamos, pensaba en la noche, la sesión de la noche, la última, en que el precio es a menor; casi la mitad que durante la tarde. Codina, probablemente, nunca había tenido otro sitio a donde ir que no fuera el cine. Codina no entendía de nada ni se preocupaba de nada. Andrés lo había pensado algunas veces, ¿de qué cosa podían preocuparse? El cine era cómodo, entretenido, a esas horas no muy caro. Andrés, cuando iba a alguna parte, también iba al cine. Todos iban al cine, siempre, muchas veces.

—Sí.

Dijeron los otros, Pedro y el amigo. Y, después del sí, una nueva ola de satisfacción, de alegría casi invadía al grupo. Se acabó el mutismo, el cansancio que comenzaba a surgir. De nuevo había algo que hacer, una programa para aquella noche. Siempre el cansancio desaparece cuando surge un plan, un proyecto, una perspectiva de diversión. Ellos irían al cine por la noche, de diez a una de la madrugada; se cerraba el domingo dignamente. No faltaría nada. Después del paseo; el paseo con sus apreturas, sus empujones, chicas a las que mirar, incluso decir algo, guapa, o menos, chavala simplemente, como decía Pedro. Después del paseo, el bar, la charla del bar, las invitaciones, una por cada uno, para que se alargara el rato. Y luego por la noche, el cine. Veinte pesetas, aun menos, diez pesetas, y se había pasado el domingo, el día de la diversión, del descanso, que se había estado esperando toda la semana. Mañana comenzaría de nuevo el trajín, las ocupaciones. Codina iría al establecimiento; con la baya detrás del mostrador, todo el día de pie. «Sí señora; también tenemos de eso. ¿Cuánto le pongo? ¿Nada más señora?» Pedro, en el banco, sobre la calculadora, suma y sigue, confeccionando listas, enormes listas de números, que eran dinero para alguien. Andrés volvería a las clases.

El amigo, el intérprete, pronunciaba muy bien los nombres extranjeros. A Codina, incluso a Andrés, les era muy difícil entender algunos de aquellos nombres que pronunciaba el amigo; luego, cuando insistían, ¿qué?, el amigo los decía en castellano. «Gary Cooper, ¡ah!» La conversación de cine se alargaba más que ninguna otra, más que la del fútbol, más incluso que la de chicas. Cuan-

do se hablaba de cine, hablaban todos, hablaban mucho. Primero, una película; luego, el artista o la artista, que trabaja en otra; después, esa otra. Y así, un rato largo, una hora, dos horas, a veces una tarde.

La noche era mala; el sueño tardaba en llegar, la cabeza no sabía en qué entretenerse. Cuando paseaban. Andrés tenía, quizá, algún deseo, que el paseo acabara pronto... A Pedro le molestaban todas las noches un pensamiento, el recuerdo de que a la mañana siguiente tenía que levantarse temprano para ir al trabajo.

—...Y mañana, a las...

Y el pensamiento enturbiaba su apatía de cada noche. Andrés hubiera querido tener, como Pedro, una idea que le molestara, que le permitiera otra preocupación que aquella de mirar los agujeritos, los inútiles agujeritos bordados de la colcha o el movimiento del humo del cigarrillo.

Sus amigos, en el cine, pasarían sin pensar aquellas horas. A Andrés, sin embargo, le cansaba el cine. Quizá, que no lo comprendía. En el mundo real, el mundo de ellos, el de la pensión, el del bar y la oficina, no había tramas, argumentos, motivos que hicieran emprender grandes acciones. ¿Qué podía emprender él, o Pedro, o Codina...? ¿Qué haría, si hubiera aprobado las oposiciones a que le tenía destinado su padre? Lo que ayer, lo que hace un año, lo que siempre, ir al cine por las noches, al bar, al paseo, con los demás, por la acera izquierda de la Gran Vía.

Pasaría el tiempo, igual, siempre igual; nunca podría contar nada, contar como tío Julio, como su padre, narraciones de vida de película. Tío Julio estuvo en Alemania, en Rusia. Vino cargado de fotos, de recuerdos. Vestido, casi como un esquimal, con un fusil a la espalda, sobre la nieve de la estepa rusa.

—En Nijni-Novgorod mataron a González.

Tío Julio puso una cruz sobre la nieve donde quedó González, y siguió, con el fusil, sobre la estepa. Después, o antes, estaba el pueblo sólo cinco casas o muy pocas más, donde tuvo los amores con la hija del pope. Pero no se podía perder tiempo en amores, aunque la rusa fuera guapa, muy guapa, como aparecía en la fotografía. Escarbaba Stalingrado. Luego, la herida; el hospital de sangre en un país nórdico... Cada una de aquellas palabras o aquellos nombres llevaba horas y horas en la conversación de tío Julio.

Su padre hablaba de Africa, Rifflén Alhucemas, la Mehalla. Su padre estuvo en la Mehalla, donde todos eran moros, menos los oficiales. Tío Julio y su padre se parecían mucho, los dos eran serios, importantes, nunca les había oído hablar de cine o de fútbol. Tío Julio y su padre habían estado en la guerra.

El sueño tardaba en llegar. El veía la estepa rusa, blanca, con manchas de nieve donde cayó González... Dejó el fusil a un lado mientras fabricaba una rústica cruz que colocaba sobre la nieve, en el mismo sitio en que acababa de enterrar a su compañero. Su gesto era duro, como el que siempre tenía tío Julio. Caminaba despacio, pese a que corría peligro, a que estaba de pie en medio de la llanura. Pensaba en el amigo muerto, en el día que salieron de la misma ciudad, de la misma estación, juntos, alegres, gritando las mismas canciones guerreras. A él le tocaría llevar la noticia a casa de los padres de su amigo, que no tendrían que preguntarle nada, que lo leerían en su gesto, en su mirada fija, en su silencio... Pero no había tiempo para pensar en esto. Quizá el mismo quedaría en la estepa como el amigo. Los compañeros le hacían señales. Corrió. En la trinchera ocupó su sitio, al lado de Codina y Pedro. A su alrededor se estrellaba la metralla. Algunos sonidos, algún ruido de obús o de fusil parecía que iban entonando un himno macabro, un proyectil (seguro que de estos) abrió un pequeño agujero un puntito casi invisible, en la frente, junto a la sien, de otro soldado.

Rusia, Alemania, Francia... Las aceras de la Gran Vía, la de la derecha tanto como la de la izquierda, estaban llenas de gente, más abarrotadas que nunca. Ellos, por el centro, con los uniformes nuevos, brillantes, de gala, con los rostros apretados de emoción, casi con ganas de llorar si no hubieran aprendido a sujetar las lágrimas durante tantos meses, desfilaban. Andrés conocía uno a uno todos los rostros de las aceras; la mujer gruesa, el hombre del bastón y el cigarro, un

poco más abajo, el viejo con la chaquetilla sucia y el sombrero raído; el niño que miraba hacia arriba, hacia la punta de las bayonetas y los mástiles de las banderas; el grupo de muchachos que aplaudían y daban gritos con más fuerza que los demás...

—Si otra vez se presentara la ocasión, volvería a hacer lo mismo.

Y sus padres le mirarían con el mismo respeto que los abuelos miraban a tío Julio, y no le hablarían de oposiciones. Él, como tío Julio, hubiera tenido sus motivos para haber dicho esa frase, unos motivos que luego no le harían desear el sueño, el cine, el paseo con los demás, el chiste para reír, la risa...

* * *

Las clases particulares eran un buen negocio. Eso por lo menos, decían algunos por ahí. Una hora de trabajo, si aquello era trabajo, en una casa cómoda, confortable, refinada; otra y otra, en otras tantas casas, y al final de mes o al principio, porque las clases se cobraban adelantadas, se habían reunido unos cuantos puñados de pesetas. Un buen negocio. ¿Qué era un buen negocio? A Andrés le molestaba la palabra. Un poco desde luego; tanto le daba a él que aquello fuera un negocio, que fuera cualquier otra cosa. Para él era, simplemente, una ocupación, que le había surgido por casualidad, como la de la oficina o la de la biblioteca, cuando estuvo trabajando con los curas. Todos los trabajos que él conocía eran iguales igualmente absurdos. En la oficina no había nada que hacer, por lo menos él no sabía nunca qué tenía que hacer, para qué archivar un escrito de aquellos después de ponerle un número rojo en la parte superior derecha. Quizá fueron los números rojos de los papeles del archivo los que decidieron su salida. Los números siempre había que escribirlos en rojo, iguales, pequeños, envueltos en un círculo... El nunca había pintado buenos números. El nunca había pintado numeritos rojos en medio de un circulito también rojo; ni le importaba carecer de aquella ciencia. Tampoco le había importado nunca que los escritos de una mecanógrafa llevaran una tachadura o fueran torcidos, desiguales o dijeran, precisamente, lo contrario de lo que debían decir. El no había aprendido aquella difícil ciencia que requería la oficina.

—¡Oh! ¿Cómo arreglaremos esto?

Y la mecanógrafa, compungida, moviendo los brazos con histéricos y convulsos «tic», le mostraba una cuartilla cualquiera, brillante, bien escrita, timbrada, con un fallo, un enorme y trágico fallo, el número de la serie, un número minúsculo que iba al margen, a la derecha de las siglas, unas letras seguidas que, como los números, él no llegó a saber qué significaban, estaba confundido. ¡Oh! Andrés, entonces, miraba a la mecanógrafa con los ojos más abiertos que de costumbre, la cara, según luego decía ella, más atontada. Esto, quizá, fué solamente al principio o sólo el primer día; después, él estaba seguro, no abrió los ojos, ni puso un gesto bobo; después, se limitó a encogerse de hombros, si acaso, a decirle a la mecanógrafa:

—Esto es absurdo.

O bien:

—¿Qué tengo yo que ver con esto?

Pero sí; él allí tenía que ver con aquello y con todo: con las extrañas siglas del margen, con los números del archivo, con el archivo mismo... Por eso un día, a los pocos meses, el jefe, en el colmo de la ira, le dijo: «Usted es un incompetente.» Desde luego, él, si todos lo decían, si el jefe, que valía por todos, lo decía, era un incompetente. Incapaz de entender nada de cuanto le rodeaba, de imaginar siquiera para qué servían aquellas cosas, adónde iban a parar tantas cartas viejas, para qué se guardan, ordenados, tantos recortes de papel... ¿Qué ocurriría aquí si a usted le quitaran de jefe y en su lugar me pusieran a mí o a la mecanógrafa? ¿Qué pasaría si a todos nos echaran, si esta oficina la convirtieran en un bar, en una tienda de comestibles, en una carbonería? No se enteraría nadie, no se preocuparía nadie. Codina, y Pedro, y el amigo, y la señora de la pensión, y el cartero, seguirían viviendo igual, como si no hubiera pasado nada, como que no había pasado nada. Pero Andrés no dijo nada de esto al jefe. Andrés era un incompetente, incapaz de hacer algo, de pensar algo, de acabar de decir, como correspondía, sí, señor.

¿Cuántos días llevaba ya atareado con las clases particulares? Muy pocos, no le gaban al mes, a los



veinte días; sin embargo, a él le parecían muchos más. ¡Eran tan monótonas las clases particulares! Todas las tardes, a las cinco en punto, en la calle de... la primera clase. Un niño pequeño de siete años, hijo de un abogado; o a lo mejor, no; a lo mejor, el abogado era el padre del de la segunda clase, un chico de doce años, hablador, muy hablador; sí, quizá fuera éste el hijo del abogado. ¿Tendría algo que ver la profesión de los padres con la manera de ser de los hijos? Su padre había sido, era todavía un empleado. Como todos los empleados, al principio quiso que su hijo fuera un día más que él, que hiciera una carrera, que fuera médico o notario, incluso ingeniero. Luego, como

todos los empleados que sus hijos no eran buenos estudiantes, quiso que hiciera unas oposiciones, que entrara en un Banco o en Correos o en una Compañía de Seguros. ¿Por qué si su padre era un empleado, él resultó un incompetente? Extrañas anomalías. El, desde luego, nunca había entendido ni poco ni mucho a su padre; los consejos, los proyectos de su padre. Cuando supo, cuando estuvo en edad de no respetar aquellos proyectos, marchó en busca de no sabía qué a la capital; en la capital, como en su pequeña ciudad, encontró luego las mismas oficinas, los mismos trabajos; en la capital quizá sólo variaba el ruido o la acera izquierda de la Gran Vía.

La clase final, la de la última hora, era la que daba con algún entusiasmo. El entusiasmo no provenía de la clase, ni de que el niño fuera, como decía su madre, un primor de niño. Se alegraba sencillamente porque era la última porque, acabada ésta, no tendría que salir presuroso hacia otra a esperar que otro niño merendara, se lavara las manos, besara a su mamá, a esperar a enseñarle la propiedad distributiva... No; después de ésta saldría despacio o de prisa, como le apeteciera, se fumaría un cigarrillo mientras se encaminaba hacia la pensión, silbaría... Eran sólo unos minutos, aun menos, lo que duraba aquella paz; el disfrute del final de la jornada, de su libertad, empalidecía al punto mismo en que, terminada, caía en la cuenta que mañana, y el otro y el otro tendría que volver de nuevo a las cinco de la tarde, las cinco en punto, a esperar que un niño de siete años tomara la merienda, besara a su madre... Mañana...

En cuanto pudiera... Andrés cortó su pensamiento. No, él no iba a poder nunca; nunca se podía proyectar nada. Todo lo que ocurría, ocurría porque sí, le gustara a uno o dejara de gustarle. Si se presentara la ocasión, si una casualidad, como siempre, una recomendación de un amigo, de un conocido, de un pariente, se lo permitiera, dejaría las clases... Andrés volvió a interrumpir su pensamiento. Quizá fué la muchacha alta, casi arrogante, a la que chistaron todos, menos él, los que iban por la acera, lo que cortó sus ideas. Quizá no fué la muchacha, sino simplemente los comentarios de los hombres que pasaban: o menos, o nada.

* * *

La señora de la pensión también se lo recomendaba:

—Váyase usted, hombre; váyase usted con ellos.

Y Pedro y Codina aguardaban que él acabara de decidirse.

—Lo vamos a pasar en grande.

La euforia era mayor que lo que solía. El plan de esta tarde era mucho más sugestivo. Un baile.

—Vamos, hombre, vamos...

Se lo decían uno y otro mientras se miraba por última o penúltima vez ante el espejo para dar el último o penúltimo toquecito a la corbata, al cuello, a las solapas de la americana. Andrés, como todos, también había estado alguna vez en algún baile... Paqui, María Luisa, Luci, las muchachas de los bailes eran todas iguales. También eran iguales los muchachos. Pedro, Codina, Victoriano, Miguel...

—¿Me permite?

La muchacha no decía al principio nada; sonreía y alargaba un poco los brazos. Luego, en medio de la pieza, él tenía que hablar algo. La muchacha al oírle comenzaba otra vez a sonreír; después le contestaba monosílabos, frases y, por último, una conversación, historias... El no recordaba ninguna de las conversaciones que sostuvo con las muchachas de los bailes. Las muchachas que él había conocido bailando eran probablemente mecanógrafas.

—¿Vienes?

Codina y Pedro creían ya que el cuello, la corbata, las solapas de la americana habían alcanzado la máxima perfección. Cuando Codina y Pedro creyeron que el cuello, la corbata, las solapas estaban perfectos se llenaron de impaciencia.

—Usted lo que tiene que hacer es buscarse una novia...

No era necesario que la señora de la pensión continuara insistiendo; sus amigos iban ya por la escalera.

—Es usted más viejo que ellos; lo que le digo, que tiene que guscarse una novia...

Andrés no había tenido nunca novia; por lo menos, no había pronunciado nunca esta palabra referida a una muchacha. Novia, novia... La palabra era notoriamente fea. Andrés, como todos, se había enamorado alguna vez. Todavía recordaba el nombre. La figura... no, la figura ya no podía su imaginación reconstruirla. Pepi, a él le gustaba darle el nombre entero. Pepita, era hija única de una buena familia; lo demás eran hermanos. Andrés advirtió pronto la extraña sensibilidad de padres de hija única que eran los padres de Pepi. Quizá los padres tenían graves motivos para ser especialmente sensibles a sus relaciones con ella. El padre de ella era propietario. El lo había visto en su coche, un coche negro, con las ruedas algunas veces manchadas de tierra roja de sus tierras. El suyo era un empleado, que todos los días montaba en el tranvía a la misma hora, en el mismo sitio, que quizá a finales de mes, después de decir que había amanecido un día espléndido, se llegaba andando hasta el trabajo. Pero la peor, la verdaderamente hipersensible, fué la madre de ella. A la madre bastaba para crisparle los nervios un solo dato: el carril en que él vivía, por ejemplo. Todos los datos juntos eran demasiado para la pobre. La culpa de que todo acabara la tuvo, sin embargo, él, que se alió con la madre de Pepi. «¿Quién es ése?», decía su mamá. Y, parecía mentira, él no se enfadaba. Dió en repetirse la misma pregunta: ¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo? o como si se refiriera a otra persona, ¿quién era él?

Desde entonces había tratado a muy pocas chicas. Ninguna pensaba, merecían la pena, o merecían la pena tanto como Pepi, como la muchacha de la oficina, como Paqui, María Luisa, Luci, las chicas con que probablemente a estas horas estaban bailando sus amigos.

* * *

La lectura era de las pocas aficiones con que solía pasar Andrés sus ratos de ocio, sobre todo los ratos que iba perdiendo desde últimas horas de la tarde, terminadas las clases o el trabajo, a primeras de la madrugada. Estas horas debían ser las más difíciles en cada vida. Codina solía ir al cine, a la consabida, tradicional, barata última sesión de cine. Pedro, con dos o tres compañeros del Banco, pasaba esas horas jugando al billar. El billar, el cine, el baile, la novia, la lectura, pensaba Andrés, quizá no se habían inventado para otra cosa que para solucionar en cada destino humano ese vacío difícil que alcanza desde las últimas horas de la tarde a las primeras de la madrugada.

Codina y Pedro, eufóricos, entraron en la habitación.

—¡Lo que te has perdido!

Reciente el baile, en los ojos de sus amigos brillaba todavía la chispa de la animación. Mañana, extinguida ya, sus amigos no tendrían las ganas de charla, el ánimo excitado. La euforia que ahora. Volverían de la tienda, del Banco, con el mismo rostro de todos los días, ni alegre ni triste, con la misma calma, aburridos, que ellos decían en cuanto tenían ocasión. Por la noche al billar o al cine, para volver luego cansados, más deseosos de dormir que si, temprano, hubieran dejado pasar todas las horas solos, con ellos mismos y sus escasos pensamientos, en aquellos cuartos fríos y grises de la pensión. Andrés no dijo que no había perdido nada, que ellos tampoco habían ganado nada en unas horas de baile, de charla con una chicas que nada tenían que hablar, que a lo mejor tampoco que reír, pero que hablaban siempre, reían siempre como si allí se fuera a acabar la vida, como si al otro día, y al otro, y a la otra semana, no hubieran de echarse otra vez a cavilar que estaban aburridos, cansados, sin nada en sus vidas para hacer que no fuera el cine, el baile, el billar..., la oficina las clases particulares...

—Mañana...

Y Andrés calló, mientras los otros, sin oír esta palabra, seguían relatándole los ojos y la cintura de Luci, de María Luisa, de Paqui...

"HACE MAS DE CUARENTA AÑOS"

UN LIBRO POR CUYAS PAGINAS PASA Y DESEILA TODO EL MADRID DE ENTONCES, EVOCADO CON SENCILLEZ Y CLARIDAD

Pinceladas del Madrid de la vieja y noble aristocracia, de los palacios y grandes bailes de los bailes regios, de los jardines del Buen Retiro, de las tardes y mañanas de Recoletos, de los teatros y de las largas veladas del Real, de las carreras de caballos en la Venta de la Rubia, etc...



EL MARQUES DE CAMPO SANTO, CRONISTA DE UNA EPOCA

EL marqués de Campo Santo es hombre de prodigiosa memoria. Buena memoria y buena conversación. Uno de estos hombres que saben adaptarse a las mil maravillas al tiempo de hoy, sin perder el sabor y el regusto del tiempo pasado. Ni alto ni bajo, con algunas entradas en su cabellera, ya salpicada de canas, el marqués de Campo Santo me hace vivir, en estas dos horas, tiempos, años y días que para mí no están más que en las páginas de algunos libros o en el lienzo de algún pintor costumbrista y que él retiene fielmente grabados en su recuerdo.

Hace algunos días salió a los escaparates de las librerías un libro con un título sugestivo. Sugestivo para quienes no hemos pasado de los treinta y me imagino que lleno de tentación para quienes traspasaron ya el medio siglo.

«Hace más de cuarenta años» es el título que don Alberto Pineda, marqués de Campo Santo, pone al frente de su obra. Abajo, un subtítulo explicativo para que nadie se llame a engaño: «Pinceladas y evocaciones del Madrid de entonces».

—¿Qué tiempo tardó en escribir su obra?

—La empecé sin ánimos de publicarla. Sólo por entretenermela, para evocar recuerdos y refrescar en la memoria días de aquella época. Cuando llevaba escrito algunos capítulos, los leí a algunos amigos y ellos me animaron y me aconsejaron la publicación. Yo estaba un poco al margen de estas cosas, sobre todo del asunto de editoriales. Entonces fué cuando me enteré que el publicar un libro era un sport excesivamente

caro. Y aquí, en esta mesa, se quedaron empantanadas las páginas escritas de la obra. El tiempo material que gasté en escribir no pasaria de los quince o veinte días. Una vez puesto, venia a escribir uno o dos capítulos diarios.

Así salió esta obra con sus cuarenta capítulos y sus doscientas y pico de páginas. Con su literatura sencilla, amena, sin alardes literarios, pero con una abrumadora fidelidad a la fecha, al dato, a la anécdota, fiel que refleja el espíritu y hasta el carácter de un tiempo que tendió entre él y nosotros un puente de medio siglo.

LAS MAÑANAS EN EL BUEN RETIRO Y LAS TARDES EN LA CASTELLANA

Las cinco primeras páginas de «Hace más de cuarenta años...» constituyen el prólogo de la obra. Al pie del prólogo, la firma de un ilustre escritor y periodista a quien el marqués de Campo Santo dedica su libro: son esas páginas unas de las últimas que salieron de la pluma de don Luis Araújo Costa. Un ensayo que, aunque no lleva título, podría llamarse algo así como «Ensayo sobre el señorío y la aristocracia». De la obra dice el prologuista: «El «Hace más de cuarenta años» de Alberto Pineda, marqués de Campo Santo, viene a ser como las sugestivas «Memorias» del Conde Boni de Castellane y el libro de Arthur Meyer, director del «Gaulois». "Ce que mes yeux ont vu".»

Por los cuarenta capítulos del libro pasa y desfila todo el Madrid de la época. El Madrid de la vieja y noble aristocracia, de

los palacios y grandes bailes, de los bailes regios, de los jardines del Buen Retiro, de las tardes y mañanas de Recoletos, de las corridas de toros, el Madrid de los teatros y las largas veladas en el Teatro Real o en el Lara, en el Eslava, en el Cómico, en el Apolo, en la Zarzuela. Hay un capítulo lleno de nostalgias que se titula «teatros desaparecidos». El Madrid de las carreras de caballos de la Venta de la Rubia, o del tiro de pichón en la Casa de Campo, del Carnaval y la Cuareisma, de los simones y manueles, de los viejos organillos callejeros. Don Alberto Pineda, tal vez sin proponérselo, ha escrito una de las más amenas y fieles crónicas del Madrid de hace más de cuarenta años. Crónica, porque el autor ha vivido todo lo que cuenta, todo lo ha visto con sus ojos.

—Aun los detalles más pequeños que cuento fueron vividos por mí—dice—. No cuento más que lo que vi u oí, procurando, al escribir, rehuir todo lo que pudiese molestar a alguna persona. Lo que pudiera ser molesto para alguien o no lo digo, silenciándolo, o simplemente lo dejo entrever. Muchas veces me llaman por teléfono mis amigos para que les cuente alguna cosa que, por ser perjudicial para alguna persona la he dejado apuntada sin dar nombre ni circunstancias. Cuando creo que la anécdota, el gesto o el dicho puede ser revelado en una conversación de amigos, lo cuento. Otras veces, ni aun así siquiera.

Naturalmente, que de muchas de estas cosas que me hubiese gustado saber y que no sé, aunque bien que las pregunté, me he

quedado en ayunas. Pregunté al marqués, por ejemplo, aquello del incidente del «Novelty», o quién era el sastre Carretero, o la anécdota que el autor cuenta sin nombres en la página veintidós y a la que más tarde me referiré. De todo esto estoy ahora igual que al principio. Y todo por este espíritu muy digno de alabar en el marqués de Campo Santo de rehuir de todo aquello que, contado por él, pudiera no ser grato a algunos protagonistas de estas escenas del tiempo pasado.

El primer capítulo lo dedica don Alberto Pineda a relatarnos cómo se pasaba entonces el día, el día y parte de la noche:

—Durante la mañana era de muy buen tono que las muchachas, acompañadas de sus institutrices, las más modestas de su señora de compañía, que entonces llamábamos «carabinas», saliesen a dar un paseo a pie por la Castellana. Siempre por la acera de la derecha, hasta que, como dice Benavente en «Lo cursi», iniciasen el cambio a la otra acera por considerar que la derecha estaba ya demasiado concurrida. Los muchachos, cuando empezaban a hacer el amor, tenían que conformarse con cruzarse varias veces con la muchacha que pretendían. No estaba bien visto que se acercaran. Hasta el punto que, para indicar que las relaciones iban adelantadas, se solía decir esta frase consagrada: «Ya la acompaña». Las más elegantes, pero ya polillas pasadas, pollos con espolones, señoras de la «creme» y diplomáticas, iban a jugar al golf, que estaba en la carretera de Chamartín, próximo al Asilo de San Rafael. Nada de aperitivos ni convites que obligasen a los chicos a gastarse cada mañana y cada tarde cien pesetas. Con esto había para toda la semana. Por la tarde se iniciaba el paseo a las cuatro en invierno y a las cinco en primavera. Inevitablemente el paseo se hacía en coche y siempre al Retiro, dando un par de vueltas hasta el Ángel Caído, subiendo al trote largo y bajando al paso por la derecha. Otros iban a pie. Los muchachos marca «Carretero» —así se les llamaba por ser este el nombre del sastre que vestía a todos— se reunían en grupo de dos o tres, alquilaban sus «manuelas» y por dos o tres pesetas la hora paseaban en coche. Desde el Retiro, por las calles de Alcalá y Olózaga, Recoletos. Otra vez en la Castellana, donde dos floristas muy monas, «Vicenta» y «Petrilla», echaban al coche unos ramos de azulinas. Después, ya al caer la tarde, Demetrio y Felipe, dos golfos «bien», encendían los faroles de los coches.

EL PRIMER BAR CON BARRA Y TABURETE

Había terminado el día. El marqués de Campo Santo lo recuerda hora a hora. Me habla en su despacho de trabajo, una habitación Renacimiento español con tapicería de damasco y terciopelo. Al fondo, un cuadro de Pablo González, uno de los mejores pintores de interiores del siglo XIX. El cuadro está fechado en 1864 y representa el salón de las Cortes del Reino de Valencia, donde se celebraba el Tribunal de las Aguas, hoy Audiencia de la capital levantina. En una vitrina, unas jarras antiguas montañesas de porcelana.

A la izquierda, unas copas de plata trofeos en Campeonatos de bridge.

—Yo he jugado mucho al bridge. El primer Campeonato lo gané en casa de la condesa de Pardo Bazán y el premio fué un reloj de plata de sobremesa. Tengo escrito un libro que contiene las reglas del bridge escritas en alemanas.

Las horas de la merienda eran entonces un rito.

—Había entonces dos o tres establecimientos de moda para tomar el té; el más antiguo era el Suizo, donde hoy se levanta el Banco de Bilbao. El Suizo tenía el inconveniente de que en el salón de la derecha no podían entrar los caballeros, porque estaba reservado para las señoras. Más tarde se abrió el Novelty, un salón de té muy elegante, en la Carrera de San Jerónimo, entre la calle de Cedaceros y el Congreso. Estaba instalado con mucho lujo, pero un incidente entre dos damas encopetadas y que tuvo por escenario este salón fué causa de que dejase de ir la gente. Por entonces se inauguró otro elegantísimo, próximo al Casino de Madrid, que se llamó Ideal Room. Se componía de dos departamentos muy amplios, el primero dedicado a bar, creo que fué el primero con barra y taburetes, decorados, paredes y muebles de caoba y p'el verde oscuro del más puro estilo inglés. Por éste se pasaba al salón de té estilo Luis XV en damasco rosa y madera blanca. A pesar del lujo, de lo suntuoso de las instalaciones, del encopetado maitre, camareros de frac y calzón corto, los precios no eran muy altos; un tazón de consomé con un huevo, ponche y una copa de jerez, tres pesetas.

EL MEJOR TEATRO DE EUROPA

A las primeras horas de la noche, al teatro. El marqués de Campo Santo era uno de los asiduos al teatro Real.

—El abono se componía de primero y segundo turno. Al segundo iba la aristocracia. Había función los martes, jueves y domingos. El precio de las butacas era quince pesetas, y los días que cantaba Anselmi o Tita Rufo, veinticinco pesetas. Por cierto que usted sabrá cómo Anselmi legó su corazón a España y en precioso cofre de oro y esmalte pertenece al Museo del Teatro que está en la calle de la Beneficencia. Los miércoles, moda en el Español; luego, en la Princesa.

Uno de los capítulos más interesantes de «Hace más de cuarenta años...» es el que don Alberto Pineda dedica a describirnos el teatro Real; lo describe minuciosamente, al detalle. Ahora, en la charla, el marqués de Campo Santo me hace una pincelada exacta. Lástima que el lápiz no vaya al compás de sus palabras.

—Competía en suntuosidad y elegancia a todos los teatros de ópera de Europa. Mejor que la Ópera de París o el teatro de Viena. Su decorado era en blanco y oro y sus tapicerías, palcos, butacas y cortinajes en peluche rojo. Constaba de cinco pisos; plateas casi al nivel de las butacas a la entrada de la sala; palcos entresuelos principales y segundos. El paraíso o «gallinero» con la delantera en barandilla rodeaba toda la sala, pero las filas de asen-

tos se adentraban en el centro con una profundidad de quince o más de éstas, que siempre se veían ocupadas por los verdaderos amantes de la música y del «bel canto», severos pero justos en sus juicios, hasta el punto que sus fallos constituían la ejecutoria para la fama de los cantantes en el resto de Europa. Los músicos y cantantes les tenían a estos jueces más que a los cronistas de los periódicos. Recuerdo la presentación de Fleeta. El tenor hizo su primera aparición sin reclamo alguno un miércoles de turno primero, con la sala ocupada. La mayor parte de los espectadores eran «tifus», como se llaman en el argot teatral los que llevan vales. Desde su entrada en escena con la ópera «Carmen», toda su actuación fué una continuada ovación, que le consagró como cantante extraordinario para el resto de su vida artística.

Don Alberto hace una pausa. Después de aquella noche, que serviría para consagrar al tenor español, el marqués de Campo Santo volvería a escucharlo en otras muchas noches de gloria y de aplausos.

—Le iba hablando del teatro Real. En el paraíso, y a la altura de las últimas filas, había unas ventanas que correspondían a unos aposentos llamados palcos de luto desde los cuales se dominaba la escena y eran invisibles desde la sala. Los palcos de luto no salían a taquilla y de su distribución se encargaba el Ministerio de Instrucción Pública. La orquesta estaba situada en un plano bastante inferior al escenario. El proscenio entresuelo de la derecha era el palco regio de diario, con cortinajes de terciopelo rojo y con una gran corona real. El de enfrente pertenecía a los ministros, y en el centro estaba el palco regio de gala.

El marqués de Campo Santo vuelve a hacer gala de su buena memoria. Me dice, por ejemplo, la división y subdivisiones de las tres clases de palcos y los nombres de la alta sociedad que los ocupaban:

—En la primera platea de la derecha, los barones del Castillo Chirel con sus hijas; no había que mirar al reloj para saber que eran las doce de la noche. Bastaba mirar al palco y ver que los barones se ponían en pie para marcharse. Ni una sola noche alteraron esta costumbre, hasta que el teatro se cerró.

Don Alberto Pineda mientras habla, va señalando con su dedo, como si enfrente de nosotros viviésemos nada menos que los palcos y plateas del Real.

—Al terminar la representación, esperaban los abonados a que un portero de levitón fuese anunciando sus títulos o nombres los coches de la concurrencia. Esto daba postín y «vestia». Pero alguna vez se dió el caso de que al cochero se le olvidase el nombre que le habían dicho, cuando el coche era alquilado, y dió las señas de la casa donde los señores vivían. El portero, con voz solemne, anunció: «Claudio Coello, 33.» Claro que ante las risas que produjo el incidente, nadie salió. Supongo que saldrían por la puerta que daba a contaduría, para evitar el sonrojo y las mofas de los demás.

—¿Cree usted que el teatro

Real volverá a ser como antes, cuando sus puertas se abran de nuevo?

El marqués sonrió casi escépticamente:

—El esplendor, la elegancia y la distinción que tuvo el teatro Real creo que nunca volverán. Nunca recuperará su viejo señorío. Ganará económicamente. En mis tiempos, el negocio del teatro Real siempre fué nefasto. Recuerdo que Boceta, uno de los empresarios, me dijo muchas veces que siempre terminaba las temporadas con déficit.

LA AMISTAD CON LA CONDESA DE PARDO BAZAN

La vida de sociedad es otro de los capítulos interesantes donde el marqués de Campo Santo relata lo que en aquel tiempo fué, entre otras cosas, una especialidad muy sobresaliente del periodismo, que dió fama, por ejemplo, a Mascarilla, en «La Epoca», a Montecristo, en «El Imparcial»; a Madrizy, en «La Correspondencia» o a Gil de Escalante y Juan Spotorno.

—La vida de sociedad empezaba el 4 de noviembre, día de San Carlos. Semanalmente se recibía en algunas casas: los lunes en el palacio de los señores de Bauer, en la calle de San Bernardo, donde está hoy el Conservatorio Oficial de Música y Declamación. Los lunes, por la noche, los condes de Esteban Collantes; los viernes por la tarde, la marquesa de Bolaños, que cantaba muy bien y daba algunos conciertos. Los viernes y los miércoles daba la recepción la marquesa de Esquilache y allí tenía su habitual partida de tresillo con don Eduardo Dato, el general Primo de Rivera (don Fernando) don Manuel Burgos Mazo, que fué ministro de Gracia y Justicia y otros tresillistas como la marquesa de Caicedo o la condesa de Pardo Bazán. Otros políticos formaban las tres o cuatro mesas restantes; a las doce y media se servía el clásico chocolate con bizcochos y azucarillo. Al llegar la cuarema, eran tradicionales las recepciones que en los cuatro domingos daba la duquesa viuda de Nájera en su palacio de la calle de Alcalá, que hoy ocupa la ampliación del Banco de España hasta el Banco Pastor. En días que celebraban su santo, recibía la marquesa de La Laguna en su palacio también de la calle de Alcalá. De esta señora se cuenta que un día de la Concepción, se presentó a felicitarla una marquesa acompañada de sus hijas y a quienes no debía tener gran simpatía. Las recibió con las siguientes palabras: «Pero qué amable es usted, marquesa, viniendo a felicitar me todos los años, cuando yo no le he devuelto la visita, ni la invito nunca.» Las joyas eran de tal valor y cantidad, que de la marquesa de La Laguna cuando las llevaba a alguna fiesta de palacio o de gran baile, su coche era seguido de otro con policías.

A la marquesa de Pardo Bazán dedica el marqués de Campo Santo un recuerdo en cuatro páginas elogiosas de su libro.

—¿Tenía usted amistad con la condesa?

—Sí, y la sigo teniendo con la marquesa de Cavalcanti, su hija. La condesa era persona de un talento excepcional, y lo demostraba en todo momento, descendiendo al nivel intelectual de la persona con quien hablaba. Un hecho lo confirma. Tenía yo una parienta lejana, inteligente, pero no tanto como ella se suponía y que gustaba mucho en su conversación de la ampulosidad y del énfasis. Sabiendo que una tarde iba a venir a mi casa Emilia Pardo Bazán, mostré mi parienta grandes deseos de conocerla y de escucharla. Naturalmente, también invité a ella, pero no sé por qué razón no pudo acudir y, al lamentar con mi mujer el no haber podido asistir, le pregunté: «Oye, ¿de qué habló la Pardo Bazán?», y mi mujer, que hacía pocos meses que había tenido a mi hija, le contestó: «Pues me estuvo explicando cómo se hacía una sopita de aceite y pa' rallado que ella daba a sus hijas cuando eran pequeñas, para que yo se la diese a la mía.» Mi lejana parienta exclamó con asombro: «¿Es posible?»

La amistad del marqués de Campo Santo con la condesa de Pardo Bazán continuó más tarde con los hijos de la ilustre escritora.

Conocí mucho a Carmen, su hija menor, que murió soltera; a Blanca, que ha heredado el talento y simpatía de su madre, y a Jaime, que casó con Manolita Collantes, hija del ex ministro conde de Esteban Collantes. El ex ministro merece para mí un recuerdo especial. Era de una amenidad extraordinaria y de un ingenio poco común. En una intervención en el Senado, pronunciando un discurso desde su escaño, le ocurrió el incidente más cómico que haya podido ocurrir en ningún Parlamento: llevaba los pantalones bastante holgados, sin tirantes ni cinturón; en el fragor de la oratoria, los pantalones perdieron su natural compostura; las risas y el jaleo le hicieron darse cuenta; con gran serenidad se los volvió a colocar, y sin darle mayor importancia,

dijo: «Otra vez puestas las cosas en su sitio, continúo.» La oportuna salida le valió una ovación de toda la Cámara.

PONPOF, TEDDY.. Y LO DEMAS

En la vida del Madrid de hace cuarenta años no podía faltar, junto a los bailes y a las recepciones de la alta sociedad y junto a las noches de ópera en el teatro Real, las modestas y populares representaciones del circo.

—Cuántos hemos seguido año tras año cómo crecían un niño y una niña que salían al terminar el número de los veteranos «clowns» Rico y Alex que siempre se presentaban con lujosísimos trajes, y los pequeños acompañantes con uniforme de «groons», también podíamos dar cuenta de cómo se conservaban entonces Ponpof y Teddy, y los vástagos Nabucondosorcito y Zampabollos, que, por aquellos días, comenzaban a hacerse populares.

Uno de los cambios que más han contribuido a modificar la fisonomía del centro de Madrid han sido los efectuados en los jardines del Buen Retiro. Ocupaban toda la superficie de la actual Casa de Correos, más la parte de las calles de Alcalá y Alfonso XII. La entrada estaba en la plaza de Cibeles y por unos paseos rodeados de árboles se llegaba a la plazoleta central, donde estaba el quiosco de la música.

—Fresco en verano, buena música, representaciones de ópera, tertulia, paseo, iluminación, sillitas cómodas y hasta algo de polvo. Todo por dos pesetas. Una banda de regimiento daba todas las noches sus conciertos en los entre actos de la ópera que se representaba en el teatro: una especie de barracón de gran amplitud, pero que tenía palcos y butacas. Las óperas, bastante bien representadas y con buenos cantantes, eran todas las llamadas de repertorio: «Trovador», «Aida», «Paglioc», «Cavallería Rusticana», «Sansón y Dalila»... En los últimos años se representaron operetas, y entre éstas «La Geisa», con un cantante que era el director de la compañía y se llamaba Lambiagi. Un cuplé de esta obra cantó el último año:

Con gran sobresalto, una cosa
[supe ayer,
que el año que viene jardines no
[va a haber
Casa de Correos me han dicho
[que esto sera
y en vez de Lambiagi, un cartero
[cantara...

Sin dejar de sonreír, el marqués de Campo Santo ha recitado estos versos, que podrían servir en cierto modo de epitafio al Madrid de hace cuarenta años. El Buen Retiro se estrechó un poco y nació el Palacio de Comunicaciones, que buena falta hacía. Más tarde irían naciendo otras cosas, hasta llegar a las grandes avenidas, a las autopistas o al rescacielos de la plaza de España.

Al marqués de Campo Santo le gusta también el Madrid de hoy, aunque, naturalmente, sienta sus nostalgias por aquellos cuarenta años que se fueron.

—Yo comprendo que todo es necesario. Y que el cambiar es lo que más se parece a vivir.

Ernesto SALCEDO

Pág. 45.—EL ESPAÑOL



«La obra está escrita en unos quince días», nos dice don Alberto Pineda, marqués de Campo Santo

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL SECRETO DEL MAYOR THOMPSON

Por Pierre DANINOS

AYER, cuando pasé una vez más ante la Asamblea Nacional con M. Pochet, le dije, señalando con mi paraguas hacia el peristilo:

—«Well». ¿Y qué pensáis de vuestra Cámara?

—¿De mi Cámara? Antes que nada debo observar, mi querido mayor, que, como usted sabe muy bien esa no es mi Cámara...

—Sin embargo, es la de todos los franceses... ¿No la habéis votado?

—Sí, pero... de todos modos, mayor, Francia... ¡no es eso!

¡FRANCIA NO ES ESO!

Para M. Pochet—como para M. Taupin—, Francia no es nunca eso. Francia no son los tres millones de socialistas ni tampoco los dos millones de radicales ni los tres millones de campesinos independientes. Ni que decir tiene que igualmente no son los cinco millones de comunistas ¿Entonces, «Good Lord», se podría insinuar son los 52 diputados poujadistas? No puedo suponer que sea Francia tampoco la familia con la que yo estaba un día de elecciones en un albergue suizo de esquí y que votaba en blanco. Sólo un espíritu subversivo habría osado pretender semejante cosa. Como también sólo un hombre irremisiblemente tonto podría haber confundido a Francia con los jóvenes reclutas que detuvieron su tren camino del cuartel. El mismo coronel Turlet me lo dijo bien claro: se trataba de unos mozalbetes a los que muy pronto se les metería en cintura. La Francia verdadera no es eso ni mucho menos.

Los huelguistas que me han obligado hace algún tiempo a salir del avión Londres-París en el mismo momento de la salida y de corretear por la noche, por la simple razón de que ellos no habían obtenido el pago de los días de huelga precedentes..., hay que admitir igualmente, después de las explicaciones de M. Pochet, que son todo lo más un puñado de agitadores..., pero que evidentemente no son la Francia.

Es necesario ser todo lo cándido que puede ser un inglés como yo para generalizar después de haber oído al cobrador de un autobús exclamar, porque yo no tengo cambio: «Si no tiene usted suelto, quédese en casa», murmurando luego mientras recorre el coche: «Otro «americanuchi.»

Si es necesario estar loco para pensar que en Francia se ha hecho tabla rasa de la gran corteja francesa. Sin embargo, me había parecido que el autobús estaba poblado de franceses, pues después de las reflexiones del cobrador, cuando se formó una aglomeración que nos inmovilizaba, oí que alguien decía: «Yo, antes que nada, comenzaría por

EN menos de dos años, Pierre Daninos consiguió con su obra «Les carnets du mayor Thompson» uno de los más grandes éxitos literarios de los últimos años (700.000 ejemplares vendidos). Su personaje se hizo popular a ambos lados del Canal y adquirió una auténtica carta de ciudadanía en el Reino Unido como su representante en el mundo de la ficción. Ante esta favorable acogida, el autor francés ha vuelto con su criatura en una nueva obra, «Le secret du Mayor Thompson», que hoy constituye el objeto de nuestra sección. Hablando unas veces a través del mayor y otras por sí mismo, Daninos nos traza hábiles e irónicos cuadros de Inglaterra y también de los Estados Unidos, adonde traslada ahora a su personaje. Escrito todo el libro dentro de una amable superficialidad, su lectura no resulta fácil de abandonar, a pesar de que algunas veces tocó aspectos ya muy conocidos de la vida anglosajona, pero que él sabe siempre darles una pincelada de originalidad.

DANINOS (Pierre). «Le secret du mayor Thompson». Librairie Hachette, 1956. Págs.

PIERRE DANINOS
Le secret du
MAJOR THOMPSON



HACHETTE

prohibir que circulen los grandes coches extranjeros; de este modo habría sitio.»

Pero me he debido equivocar y he debido subir en un autobús del Yermen en la Puerta de San Martín. La prueba de ello está en lo que me dice M. Pochet cuando le cuento la historia.

—Seamos formales, mayor... Francia no es un autobús. Es posible que hayáis topado con un mal cobrador, pero no olvidéis nunca que Francia sabe acoger

Y, no obstante..., cómo se puede uno equivocar en lo que respecta a los franceses. Ayer precisamente esperaba en un recinto un tanto oscuro como maloliente, a que una muchacha terminase una larga conversación telefónica para poder penetrar en la cabina. De vez en cuando, la puerta se entreabría: «Bueno, te dejo... hay un tipo que espera; quisiera que vieses su facha... Entonces, ¿te veo esta tarde?... Sí, sí, adiós.» Pensaba que se había acabado. Pero cada vez que se abría la puerta, se volvía a cerrar y la conversación continuaba. ¿Es que los franceses pasan el tiempo telefoneándose para decirse que se verán y a verse para decirse que se telefonarán? «No—me ha dicho M. Pochet—, ¡Son las mujeres, mayor! ¡Ah, las mujeres!... Pero la Francia no es eso.» Entonces, Dios del cielo, ¿que es lo que es Francia? (De los carnets del mayor Thompson.)

INGLATERRA, ¿ES LO QUE ES?

Los ingleses se pueden explicar por las aportaciones sajonas y la influencia metodista, pero yo prefiero explicarlos por el té y la lluvia. Un pueblo es, antes que todo, lo que come, lo que bebe y lo que recibe sobre su cabeza. Hombres continuamente barridos por el viento y la lluvia y sometidos a una bruma permanente acaban por transformarse ellos mismos en impermeables, por lo que la crítica se desliza sobre ellos como el agua sobre el caucho. Gentes que beben siete veces al día té y que se alimentan con los mismos «vegetables» y con la misma carne a lo largo de un año, acaban por tener idéntica complexión. Hay rosbif en los ingleses como arroz en los chinos.

¿Cómo comprenderlo, ciertamente?

¿Cómo definir a gentes que hacen un deber no hacer preguntas personales sobre la vida privada del vecino, pero, que, sin embargo, están al corriente de las más pequeñas idas y venidas o vicisitudes de su Reina, como si fuesen los porteros de Buckingham Palace; que son los campeones de

la libertad individual, pero que es arrebatada. Nuestro vaso de vino a las 15 h. 01; que no les gusta hablar, pero adoran a los oradores; que detestan el calor, pero alimentan una pasión por el fuego; que poseen un sentido innato de la grandeza, pero tanto que desde sus casas hasta sus locomotoras, pasando por sus caballos, se entregan a un culto por lo pequeño; que hablan de cosas insignificantes cuando ayunan y comienzan a decir cosas graves cuando han bebido; que no hacen nada como todos los demás, pero se sorprenden de que todo el mundo no haga como ellos; que consideran al «Time» como el periódico más serio de la tierra, pero reservan la primera página del mismo a los anuncios personales de los «gentlemen», deseos de encontrar un compañero de ruta; que ven sin peñañar a sus hijos golpeados por los «masters», pero no pueden soportar la vista de un pajarillo cojo; que desconfían de todo lo que no es inglés, pero sacan su bebida nacional de un arbusto chino-indio; que no se besan jamás en el Metro o en la calle ante toda la gente, pero lo hacen en Hyde Park ante mucha más gente todavía; que odian al mestizaje, a pesar de ser ellos una extraordinaria mezcla de celtas, sajones, escandinavos y normandos; que reprochan a los franceses vivir para comer, pero pasan todo su tiempo masticando pequeñas cosas; que descuidan su porte en sus palacios, pero se ponen sombrero hongo y un clavel rojo en la solapa para palpar a una vaca del Yorkshire; que son la cuna del conservadurismo más rígido, pero han servido de incubadora a Karl Marx y a Lenin; que practican la austeridad el domingo, pero hacen subir ese día hasta los ocho millones de ejemplares la tirada de un semanario escandaloso; que fabrican «bidets» para el mundo entero, pero no quieren ver ni uno solo en sus casas; que les gusta marchar lentamente mientras viven, pero corren a toda velocidad en «Rolls» cuando están muertos; que cogen un paraguas cuando hace buen día y un impermeable cuando llueve; que cantan siempre el «Home sweet home», pero les apasiona el instalarse en el extranjero; que no pronunciarían la palabra vientre por un imperio, pero colocan sus anuncios relativos a prácticas anticoncepcionistas en sus farmacias; que pasan por los reyes de la cortesía, pero entran delante de sus mujeres en los restaurantes?...

—«Nonsense!»—dice el mayor cuando le he mencionado esta costumbre como una muestra de inconveniencia—. Es un homenaje al pudor femenino... para proteger a la mujer sin defensa contra los inoportunos...

—Admitámoslo... ¿pero negaréis, que siendo reputados como las gentes mejor educadas del mundo, vuestros ministros pongan los pies sobre la mesa de las reuniones?

—Se trata de un privilegio, «my dear Denaianos», no es una grosería.

El mayor Thompson tiene siempre razón, aun cuando todo parezca decir lo contrario.

EL REINO DEL ROMPECABEZAS

En el Reino Unido todo parece hecho para de-pistar al invasor, tanto en tiempo de paz como de guerra. El camuflaje de los nombres de calles y de los números de casas, por ejemplo, es un arma que los Estados Mayores del mundo entero emplean para desorientar a los paracaidistas. Los ingleses lo mantienen en la paz con un rigor extremo.

En la mayor parte de los países, cuando se termina una casa, los arquitectos la prolongan un poco y se esfuerzan por hacerla un poco diferente. Aquí, desde que se termina una casa, no se pierde un milímetro de terreno y se hace otra completamente igual a su lado: los mismos ladrillos, las mismas vidrieras, las mismas persianas, incluso el mismo jardín y hasta los mismos muebles. No es más que tras de ver la cabeza de su mujer cuando un inglés, en el supuesto de que no haya bebido, puede estar completamente seguro de que ha penetrado en su casa.

Y, aun así, no se debe estar del todo seguro... pues, fenómeno extraño, la semejanza de las casas parece haber engendrado el isomorfismo de los habitantes. Si Dios, cuando tiene tiempo, y, naturalmente, si el día es claro, echa una ojeada sobre Inglaterra, a las ocho de la mañana, deberá ver a veinte millones de ejemplares del mismo hombre, dejando el mismo jardín de la misma casa, después de una idéntica mirada tierna sobre el mismo moro y un mismo beso distraído sobre la mejilla (izquierda) de la misma mujer que, después de un semejante adiós con la mano (derecha), atravesará

el mismo «living-room» encristalado en donde los mismos patos salvajes prosiguen su vuelo en V sobre el mismo lienzo de Peter Scott («Sunset on the river»), y subirá a preparar el mismo dormitorio, ante la misma «dressin table» cubierta con los tres mismos adornos: un espejo redondo, un paquete de bigudías y un frasco de perfume: «Evening in Paris»...

Los propios ingleses, por otra parte, se pierden, en sus propios laberintos. ¿Cómo no iba a ocurrir así? Si suponemos que buscamos Shrewbury Place y que nos encontramos en Shrewbury Avenue, nos podemos esperar ver salir de un momento a otro una plaza. Pero en Inglaterra una «place» es todo salvo una plaza. Una plaza es un «square». Pero un «square» puede ser un «close» y no olvidéis que un «close» puede ser una pequeña calle. Lo mismo que una «avenue» puede ser una plaza. Además lo que simplifica la cuestión es que una «terrace» no es nunca una terraza. Es una calle simplemente. ¿Por qué calentarse la cabeza? Es necesario tener la condenada lógica del continental para querer encontrar a toda costa un jardín cuando dice: jardín y una puerta cuando se dice «gate». Esto señala mucha candidez. Cuando se piensa que existen 65 maneras de llamar a una calle en Inglaterra, ¿por qué se quiere que se la llame simplemente calle?

—Si fuésemos—dijo Pochet, cansado—a tomar un vaso de vino...

Nos sentimos felices de encontrar un «pub» (taberna o casa de bebidas) abierta. Pero apenas si habíamos pedido un «whisky», cuando ya se nos estaba rogando que nos lo bebiésemos:

—Tienen ustedes todavía tres minutos para beber—nos dijo el hombre del mostrador.

Entonces vimos a una veintena de clientes precipitarse hacia otro «pub», que precisamente, enfrente del nuestro, cerraba media hora más tarde. Los dos lados de la calle despedían, en efecto, de municipalidades diferentes, como lo probaba no solamente las horas de cierre de los «pub», sino también el alumbrado: nuestra acera estaba iluminada por gas, la otra por neon.

—¿Puedo llevarme—dijo Pochet—una botella de «whisky»?

—Lea usted mejor el reglamento—se nos dijo. Y leímos:

1.º Los consumidores no pueden llevarse ninguna bebida espirituosa fuera de las horas legales de consumo.

2.º Todo encargo hecho durante las horas legales de despacho puede ser llevado a domicilio fuera de las horas legales.

3.º Un encargo hecho desde el exterior durante las horas de cierre puede ser llevado a domicilio fuera de las horas de cierre si, no obstante ha habido mientras tanto un período de apertura.»

—Entonces prefiero—dijo Pochet—un paquete de aspirina.

Chiste o realidad, es indudable, que fuese lo que fuese, tenía una buena jaqueca. Cuando habíamos tomado de nuevo el camino, entró en la tienda de un «chemist» (farmacéutico) para comprar aspirina, y al mismo tiempo un dentífrico, pero la hora legal había pasado para este último. Pochet supo entonces que en el Reino Unido hay una hora para tener dolor de cabeza y otra para limpiarse los dientes...

—¡Qué país!—suspiró.

NORTEAMERICA EN UNA FRASE

Cuando he regresado de París a los Estados Unidos, le dije a mi editor:

«Creo que sería capaz de resumir a Norteamérica, después de todo lo que he visto, en una frase.»

A pesar de la importancia de la nueva, debo decir en honor a la verdad, que no pareció muy contento. Si la concisión es una ley saludable, el autor que vuelve de un viaje de 20.000 kilómetros diciendo que todo lo que ha visto lo puede resumir en tres líneas, no es muy bien considerado por el director literario. El que haya tenido que ir a buscar esta frase a Salt Lake City (Utah), o sea a 9.800 kilómetros de «Notre Dame», le tenía que parecer una frase muy cara a mi editor.

Por todo ello he tenido que desquitar a la casa editora, proporcionándole unas 80.000 palabras suplementarias, aunque mi opinión sigue invariable: Norteamérica entera continuará siendo para mí la frase que escuché una mañana en el hotel Utah de Salt Lake City. Había pedido que me despertaran a las siete de la mañana. A la hora prevista sonó el timbre de mi teléfono. Y hasta mi oído

llegó la voz divina de la telefonista americana, la voz formada en la «Escuela de la voz ante el espejo de la amabilidad» (se necesitan tres meses para graduarse), una voz llena toda ella de «sex appeal», dulzura y claridad: «Buenos días, señor Daninos. Espero que habrá dormido usted bien. Son las siete de la mañana. El tiempo es bueno y la temperatura de 33 grados, Farinheit. Gracias.»

Estas 28 palabras son todo un comprimido de Norteamérica. Primero, mi nombre. ¡Oh adorable «standarizada», cuán bien has aprendido a decir mi nombre! En esta habitación anónima del décimo cuarto piso de un hotel americano, en donde yo me encontraba sólo con una Biblia negra, el Telephone Directory y el lejano mugido de las locomotoras de la «Western Pacific» a través del alba lívida, tu voz modulante hace resonar las palabras como campanillas.

Esta mañana, en medio de 166 millones de almas, en esta nación de conquistas y de «struggle nor life», tu habrás llamado a muchos hombres por su nombre. Los americanos cultivan estos como nosotros las patatas. Desde que M. Pochet llega a un hotel e inscribe su apellido en la hoja de recepción, el encargado, que lee perfectamente al revés, coge su nombre. Y este nombre no le abandonaré jamás: «Good morning, Mr. Pochet... Yoy are welcome, Mr. Pochet!» Podría llamarse Man grovordato o Stumpf-Quincheliet, el reflejo se comportará de un mismo modo: los americanos son «name-catchers» y aquellos, cuyo oficio es mantener el contacto con el público, poseen para este género de deporte una actitud muy particular. Ellos «catchen» el nombre más reactivo como los cazadores de mariposas, se lo graban de una vez en su memoria, lo acarician, le alientan y os lo brindan todo florido como si fuese uno de sus más queridos hijos.

Uno de los grandes maestros del vivir de los americanos, Dale Carnegie, insiste en su breviario («Cómo tener amigos y cómo triunfar en la vida») sobre la importancia del nombre. Cita casos reveladores de personas que han triunfado en la vida simplemente porque han sabido pronunciar los nombres agradablemente, sabiendo así, con su sonrisa, crear un clima de confianza.

Cuando la azafata de la TWA, que tiene a su cargo a 57 pasajeros, pregunta a M. Pochet—al cual ella no lo conocían hace diez minutos y que no verá probablemente jamás—«¿Quiere usted café M. Pochet?», le da la confortable sensación de que anda a 18.000 pies por encima del Valle de la Muerte, perdido en la inmensidad de este continente, en donde hace sólo cien años, los pieles rojas, comedores de perro, fumaban el «calumet» de la guerra junto sus víctimas desprovistas de cabellera, existe M. Pochet. La acaricia con el dulce nombre de Pochet, le saca con dos sílabas del anonimato, le hace dar un paso hacia la celebridad.

He aquí, por lo que para mí, sin duda alguna, los Estados Unidos son infierno, pues si se trata antes que nada de retener el nombre de las personas que se os presentan, no hay nada más fácil que olvidar el nombre de estas para mí, que olvidó el de las personas que conozco y si me apuráis mucho hasta el mío.

LA ALEGRÍA DE LAS «GRACIAS»

«I hope you enjoyed your sleep...»
¡Oh, telefonista de mis sueños, cuán dulce es tu voz cuando pronuncias la palabra enjoy! Gentil voz. Sí, yo, yo he «enjoye» mi sueño. Aquí se «enjoy» todo: una buena noche, una buena salida, un buen «whisky», unas buenas vacaciones, una buena «party», un buen lecho. Tu advertencia me comueve. Tú eres la Voz de América, la voz de este Reino de la Amabilidad en donde resuenan a lo largo de la jornada el «Glad to meet you» (Feliz de encontrarle) «You are welcome» (Sed bien venido).

Indudablemente en el mundo entero las gentes os dicen que se sienten muy dichosas de encontraros, pero los americanos tienen siempre el aspecto de estarlo realmente. Cuando nosotros decimos: «Muy feliz», podríamos decir lo mismo, lo siente mucho o hasta muy pronto. En este país ocurre todo lo contrario, las gentes están realmente arrebatadas por haberos conocido, parecen que han estado esperando este momento desde hace diez años. Dos ojos claros miran a los vuestros, una sonrisa ilumina el rostro de vuestro interlo-

utor y un apretón de manos sella calurosamente este momento supremo: «Glad to meet you!»

Es necesario participar de este movimiento de alegría general, es «no-americano» («unamerican») poner mala cara, no sonreír al día que llega, a la persona que os encontráis, a la tarea que os espera. Por todas partes hay carteles que os llaman al orden: «Keep Smiling.» Conservad la sonrisa. Hay que coservar la sonrisa durante toda la vida, hasta el último respiro y después los especialistas del maquillaje «post mortem» se encargan por una última contracción de vuestros músculos de fijarla para toda la eternidad. Y lo que ocurre es que el extranjero mal acostumbrado, sucumbe bajo esta avalancha de amabilidad desbordante. Y lo cierto es que en lo que respecta a la sonrisa y la afabilidad los propios hombres americanos utilizan sus fuerzas mucho más rápidamente que las mujeres.

«La cuestión estriba, me ha dicho el Mayor Thompson, el saber si vale más vivir entre gentes desagradables o morir pronto entre las gentes más acogedoras del mundo.»

Por otra parte, la muerte no tiene perspectivas más agradables en los Estados Unidos que en otras partes, pero ciertamente está mucho mejor presentada.

... y la temperatura es de 36 grados, Farenheit... ¡Gracias!

Esto es indudablemente lo que más ha conmovido a Pochet. Seguramente ha pensado en la cabeza del telefonista-sereno de la estación de Poitiers si él le hubiese pedido que le despertase preguntando por él y dándole la temperatura exterior. Aquí no solamente no se os pide nada, sino que se os da todo y además se os lo agradece. ¡Y con qué precisión! La voz no ha dicho: «Parece que el aire es fresco» o «Hace un viento muy frío, abrigaos bien.» No: 36 grados Farenheit. En Norteamérica, una frase no es ciertamente una frase si no contiene por lo menos una cifra.

No hay una palabra, ni un gesto, ni una actitud que no sea en este país, objeto de una cifra. Todo se mide: la obra de un escritor («Daman Ruynon ha ganado medio millón de dólares con 75.000 palabras»), la eficacia de la Iglesia católica, con un coeficiente de 82,5 por ciento, iguala casi, casi a la de la Standard Oil Company; la duración máxima de un beso en la pantalla (88 centímetros de película) o las calorías necesarias para lecturas de «Lo que el viento se llevó».

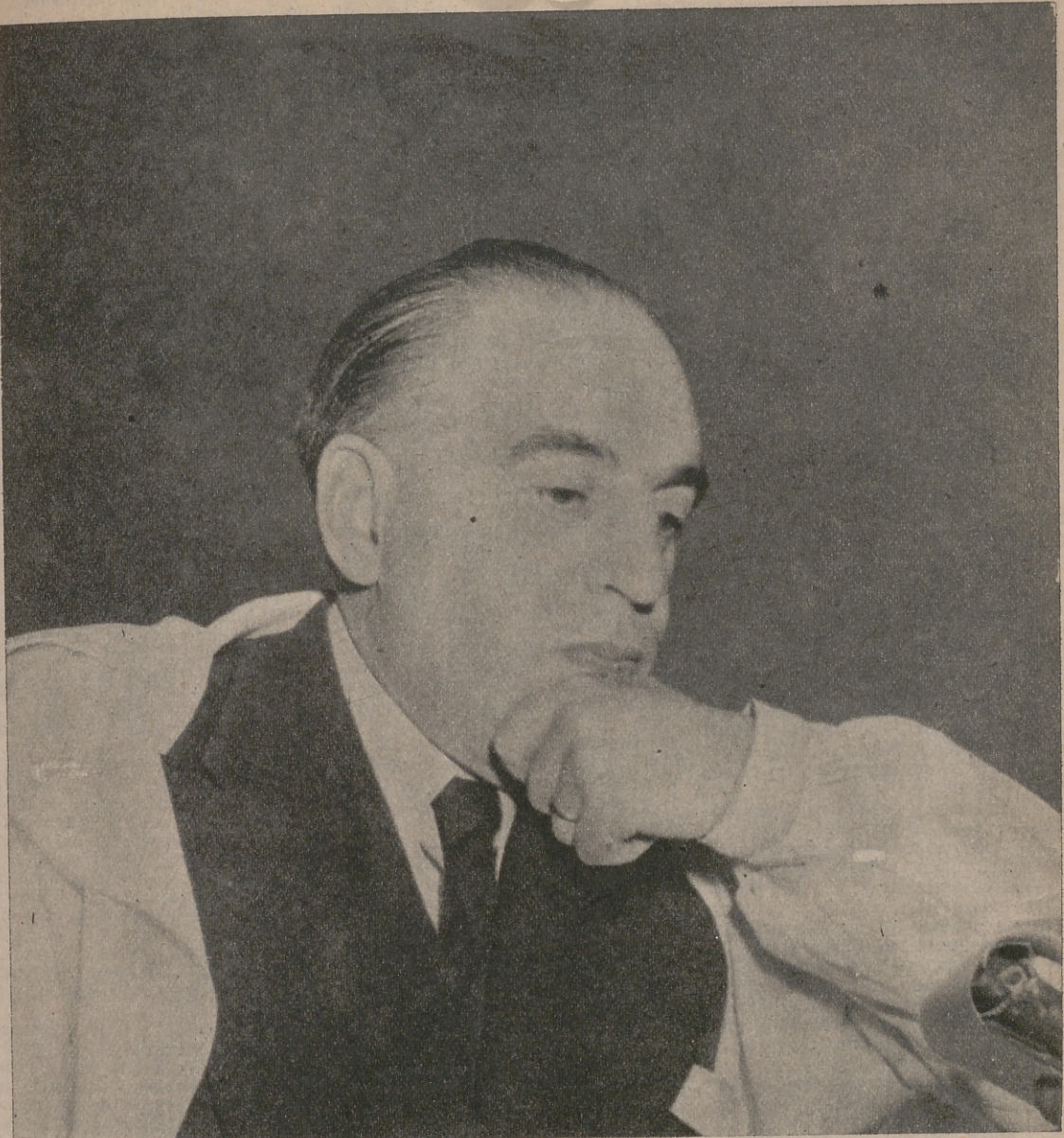
Los Estados Unidos van a la cifra como los árabes al Corán. Gracias a las cifras puede resumirse en una cifra lo que yo hago en cualquier momento.

El Christian Science Monitor me enseña que el americano medio absorbe cada día 30 centímetros de noticias internacionales y 1.50 metros de noticias deportivas.

Gracias a este espíritu de guarismo, M. Pochet, que es el gran hombre, puede saber lo que debe hacer con 36 grados Farenheit si no quiere coger unas anginas. ¡Muchas gracias!

«Than you very much!», ha dicho él también a la standardizada, sintiéndose ya un poco asimilado por este país del «courteous service» en donde hasta se hace decir gracias a las máquinas distribuidoras «¡Gracias por haberme comprado!», dice el chocolate (por escrito). «Gracias», dice en alta voz el nuevo robot de los servicios postales norteamericanos cuando se compra un sello.

Las gracias americanas no son unas simples palabras, se pueden convertir en toda una función. «¿A qué se dedica? «Mi empleo en dar gracias.» Existen en los Estados Unidos «thankers», es decir, gentes asalariadas para decir gracias a los demás. Durante la guerra cuando los donadores de sangre afluan a los servicios de la Cruz Roja encargados de recoger el plasma sanguíneo, encontraban a la salida una «day-thanker», la dama de la sonrisa, mensualmente retribuida, que les agradecía el haber cooperado en el esfuerzo guerrero. Habían obediendo, con la sonrisa, a la ley núm. 1 de este país; la cooperación.



LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS EN LA VIDA DEL DOCTOR DON GREGORIO MARAÑÓN

"EL LUJO ES EL ENEMIGO MORTAL DEL INVESTIGADOR"

SOLO CINCO HORAS PARA EL SUEÑO

EN silencio, con andares no juveniles, circunspecto, tan circunspecto que parece tímido... No con sonrisa, sino con gesto de cordial disposición. Así aparece por una de las puertas de lo que creo su biblioteca, donde le espero, el doctor Marañón. Viene gris: gris el traje y grisácea la cabeza por la igualdad cuantitativa del blanco y negro, sobre una tez morena, no sé si tostada por el sol. Elegante. Grave y señorial. Grave, pero ya cerca, se

manifiesta pronto al diálogo. Es primer saludo personal al doctor Marañón

Decidido, tan decidido que su movimiento es una cortés invitación, se dirige a un sitio determinado del amplio salón: una silla y un butacón junto a uno de los balcones que dan a la plaza del Marqués del Duero. Es, sin duda, el lugar de sus entrevistas periodísticas, tan frecuentes que ya se ha hecho hábito el lugar. Y quedamos sentados frente

a frente: don Gregorio en la silla, casi en el borde de la silla. Al trasluz, seguro que podríamos aparentar un grupo escultórico que bien pudiera titularse «Confesión» o «Confidencia». Aunque don Gregorio es siempre un hombre abierto a la charla, la conversación comienza un tanto escueta, formularia, casi protocolaria y, por tanto, con tendencia a un tono un poco quedo.

Y por reacción pienso en su objetividad, en su ponderación,

en sus dotes de observación y análisis, que luego terminan en síntesis. Ve, oye, calla, observa, saja, escruta y relaciona. Como médico ha de tener presente el aforismo de Hipócrates: «La vida es corta; el arte, largo; la experiencia, propicia a la emboscada; el juicio, difícil». Así que, por sí o por no, él se atiene a lo que es, y de aquí se remonta horadando las cosas o los hechos hasta sus causas. Al final de cuentas, su «ojo clínico» no es más que una lente de su razón.

—¡Tema! ¡Tema!—me digo para mis adentros.

Levanto la vista y le veo sonriente, con las piernas algo entreabiertas y las manos enlazadas. Casi como un Buda, pero con expresión.

—La reciente concesión del Premio March a su larga y fecunda tarea investigadora me hace comenzar por la investigación. Teniendo en cuenta el panorama actual del mundo, ¿qué opina de la investigación científica en España?

—Es muy grande el esfuerzo del Consejo Superior. Pero la investigación es mucha carga para un Estado. Por eso me parece muy loable la iniciativa de March.

—Es una y creo que única. ¿Cómo hacer en España el esfuerzo de empuje hacia la investigación?

—En definitiva, la calidad de un país se mide por su progreso científico.

—Entonces, ¿puede ser cara en algún caso la investigación?

—Todo lo que se haga resultará barato.

Así deben pensar también todos los países del mundo, y no por puras razones bélicas. Ni un continente quiere quedarse atrás. Y ni una nación. Y ni una empresa. Han llegado a una conclusión: la investigación es la más rentable de todas las inversiones y entregan por ello cuanto pueda exigir.

—Y, ¿qué lugar asigna a la investigación? ¿Dentro o fuera de la Universidad?

—Fuera del plan universitario

En la Universidad hay que investigar, pero la gran investigación debe ser cosa aparte.

Nada descubro si digo que el doctor Marañón es una personalidad de múltiples dimensiones en la acepción moderna de este término: catedrático, académico de las Reales de la Lengua, de Medicina, de Historia, de Bellas Artes y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Un pentacadémico. Y, en definitiva, un investigador de por vida. Y también un universitario. Universitario por vocación y oficio. Hombre disciplinado y metódico, que ol ha cimentado su prestigio en la investigación y el estudio, y lo ha mantenido con el trabajo. Y también vocación de maestro.

EL LUJO, ENEMIGO MORTAL DE LA INVESTIGACION

Habla, por tanto, una experiencia apoyada en una historia personal. Pero habla lejos de sí sin considerarse punto de referencia, porque las cualidades que más pronto exhala su personalidad una natural sencillez sin autoimposición.

—No pongamos la pobreza como pretexto para nuestra esterilidad —dice como añadiendo un contrafuerte al empeño de investigación.

—Pero hoy...

—Háganse primero los hombres. Y los hombres se hacen en cualquier parte. Luego vendrán las instalaciones perfectas para desarrollar la obra iniciada.

—Lejos está el lujo en la investigación española; pero, en fin, ¿qué valoración concede usted al lujo?

—Para mí no tiene duda que es uno de los enemigos mortales de la ciencia.

No hay duda: hoy, a sus sesenta y ocho años de edad, su lema es la síntesis de su vida, porque su vida no ha sido más que el despliegue de su lema: descansar lo justo, trabajar lo necesario. Trabajar como sea y donde sea, o sin. A él no le faltaron medios,

—¿En este orden de cosas tuvo

devoción por algún personaje de la ciencia?

—Pascal.

—Pascal, Pascal dijo: «La mayor desgracia del hombre proviene de no saber estar en reposo en su aposento.» Me parece que ésta fué la frase exacta. Y, si no lo fué, habrá que mejorarla, aunque con ésta habría bastante: no saber estar en reposo en su aposento.

—Para que no se me olvide...

Habla el doctor Marañón, y en su tono e inflexión de voz no hay el más mínimo intento de ejemplaridad personal. Habla como un devoto. Un devoto que, sin querer, se convierte en doctor de humanismo, porque lo humano, sobre todo la humanidad dolorida, es siempre el objeto que de continuo palpan y sondan sus dos antenas para el mundo y el hombre: entendimiento y voluntad. En vez de antenas, quizá me valiese más el símil de «palancas», porque Marañón gusta de mover y remover hasta convencerse, para luego amar o repudiar.

—Para que no se me olvide la lección de Pascal—ésta era la frase iniciada anteriormente—, y para que tampoco se me olvide enseñársela a los demás tengo en la mesa de mi despacho una fotografía del recinto abohardillado en que realizó, tal vez, sus más prodigiosos inventos.

Y mirando fijo, sin dejar de sonreír, añade:

—Debajo de esa fotografía hay una leyenda con las palabras del Ministro de Instrucción Pública, cuando fué a pedirle dinero para continuar sus estudios: «Lo siento, joven; pero no hay en el Presupuesto ni cincuenta céntimos que le podamos dar.» Ya lo he referido, e incluso escrito, más de una vez.

SOLO CINCO HORAS PARA EL SUEÑO

Hemos citado las dos palancas del doctor Marañón: inteligencia y voluntad. Podemos ya evolucionar en el tropismo literario: ya son los dos brazos de su personalidad. Pero, ¿tanto monta, monta tanto...?

Cuenta él:

—Una de mis grandes satisfacciones es el haber hecho el ingreso en el Bachillerato, en el Instituto de Santander, llevado de la mano por mi padre y por don Marcelino Menéndez y Pelayo.

—Y, ¿qué tal?

—Las recomendaciones tranquilizaron mi timidez, que era mucha.

—Esa timidez hizo de arena mucho tiempo en los movimientos de su incipiente personalidad?

—Tardé muchos años en vencerla.

—¿Instrumentos de la victoria?

—Los heroicos esfuerzos de la voluntad.

Demóstenes corrigió sus defectos de lengua y espada; Marañón venció su timidez con voluntad. El Marañón de hoy, de largas y múltiples estelas, no puede salirse de las terrenas coordenadas humanas: tiempo y lugar. Y aquí surge la incógnita para los que detrás de su personalidad queremos conocer la persona.

—No hace mucho—digo al doctor—, otro doctor también alentado por la Fundación «March», el doctor Fernando de Castro, here-



En la vieja Universidad de Compostela clausura un curso de Pediatría

dero de Cajal, me dijo que usted dormía sólo cinco horas diarias. ¿Cierto?

—Cierto.

Al quedarme en suspenso, como sopesando su estado físico, que no parece tener plaza reservada para enfermedades o decaimiento, me ayuda a esclarecer. El doctor es él, y, además, doctor Marañón.

—Eso no tiene importancia—me dice.

—¡Ah! ¿No?

Y, en verdad, con esta contestación creo encontrarme un regalo. Mi futuro personal me preocupaba.

—El sueño es cuestión de calidad.

—Por favor... La calidad del sueño...

—Quiero decir que mis cinco horas valen por diez.

—Ya. Sus cinco horas son sueño-sueño. ¿No tiene insomnios?

—Tengo la voluntad de no soñar.

Vuelve la voluntad. Voluntad de no soñar. La voluntad. Nunca he tratado personalmente, aparte de los minutos de ahora, al doctor Marañón, pero estimo que el doctor Marañón es un triunfo de la voluntad, que en nada menoscaba a la inteligencia.

—¿A qué hora empieza el sueño? Supongo que entre acostarse y dormir no habrá interregno de trabajo.

—La una.

Ya lo sabemos: se levanta a las seis de la mañana. A partir de esta hora, el trabajo es ininterrumpido.

—¿Excepciones?

—Los horas de comer.

—¿Cómo descansa de un trabajo?

—Cuando me fatiga una labor, descanso con otra.

—¿Con plan fijo?

—No. Suelo preestablecer plan.

—Y, ¿qué le parecen sus jornadas laborales?

—Lo más cómodo para seguir viviendo.

—¿Se somete a régimen especial?

—Ninguno.

—Con su aguda y solvente experiencia, ¿qué dice del hombre y del tiempo como parcela de vida?

—Que hay tiempo para todo.

Procuró ser objetivo, y por eso hago constar el silencio que nos aleja por unos segundos. Creo hallarme distante del doctor. Tiempo. vértigo. Angustia. He aquí los tres elementos del trinomio vital de hoy.

—A propósito, doctor, ¿qué opina de los actuales horarios de compra y venta en los comercios, y de trabajo, y de transporte, en las industrias?

—Los horarios actuales me parecen peligrosos, por cuanto retardarán todavía las horas de la comida y del reposo, ya harto desbarajustadas en la vida española.

Creo que debo volver a la carga, porque Marañón dice lo que sabe y sabe lo que dice.

—Así que, ¿cree usted que hay tiempo para todo?

—Cada ser humano tiene tiempo para hacer más de lo que hace.



Marañón, el día de su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes

Lo dejó, lo abandono por unos momentos. Me voy con la imaginación para verlo pasar revista a los enfermos del hospital, rodeado de batas blancas. Enfermos, enfermos, enfermos. Y en los intermedios, la consulta, de un opositor que busca bibliografía, o la demanda de consejo de quien prepara su tesis, o la petición balbuciente de un prólogo para algún libro. ¿Cuántos prólogos ha escrito don Gregorio? Creo que ni él mismo lo sabe, y por eso no se lo pregunto. Vuelvo otra vez a la biblioteca:

—¿Su verdadera vocación adónde va?

—A la Medicina —responde sin titubeo.

—¿Y después?

—Creo que a la Historia.

Debe tener su jerarquía de preferencias. Va y viene en su Citroën: Castellana, 59, Hospital General, Academias... Atiende a toda solicitud, aconseja, corrige cuando es menester, sugiere, alienta, simpatiza... Todo repartido en tiempo, en tiempo calculado, no por cronómetros, sino por cálculo vital. ¿Habrá valorado cada minuto? Por indicada dejó sin exponer esta pregunta. Pero en él sí puede afirmarse que el tiempo es oro. Y por generosidad suele compartirlo incluso con sacrificio propio.

Me voy otra vez con la imaginación para encontrarlo los jueves, todos los jueves, en torno a la mesa verde de la Academia de la Lengua. Cualquier sitio es bueno para trabajar, atender y dialogar.

¿Y Toledo? Sus días de Toledo

son la tarde del sábado y los domingos y días festivos. Allí, desde el cigarral «Los Dolores», contempla la ciudad, que luego recorre en las mañanas dominicales, capa al hombro, después de la misa de Santo Tomás. Su amor a ese grabado arquitectónico o arquitectura del grabado que es Toledo, le viene de sus viajes en tierna edad acompañando a don Benito Pérez Galdós.

Vuelvo otra vez a la biblioteca.

—Me acuerdo de su sueño feliz e integral. ¿Qué esperanzas pueden tener en usted los psicoanalistas?

—Ninguna.

—¿Qué tiene que decir del psicoanálisis?

—Que en ciertos casos es formidable.

—¿En ciertos casos nada más?

—Querer aplicarlo a todo es pueril.

Téngase en cuenta: por las noches se retira a un cuarto íntimo, decorado con mapas, donde escribe o dicta a su esposa, doña Lola. Trabaja en la intimidad, y luego duerme sin trastornos por el solo hecho de tener voluntad de no soñar.

Resultados: aparte de su actividad profesional y social hay que cargar en su cuenta: «Amiel, un estudio sobre la timidez», «El conde-duque de Olivares», «Ideas biológicas del padre Feijoo», «Tiberio, historia de un resentimiento», «Luis Vives, un español fuera de España», «Elogio y nostalgia de Toledo», «Cajal, su tiempo y el nuestro», «Vida e historia», «Don Juan», «Efemérides y

comentarios) y «Toledo y el Greco». Esto, además de los libros científicos, como «Evolución del homosexualismo», etc.

—En una de sus contestaciones parece estar implícitamente provocada esta pregunta: ¿cuáles es su juicio sobre la especialización?

—Lleva al error.

—Pero es un tributo a nuestro tiempo, a la vida moderna.

—Que lleva a exageraciones, y también a aberraciones. Así que el hombre moderno tiene que depender de la especialidad y también defenderse.

Ya lo han dicho: es la barbarie de la civilización. Deshumaniza al hombre y confina el entendimiento en un campo de perspectiva cerrada y uniforme.

—Ya me han dicho que descansas de un trabajo emprendiendo otro. ¿Lee novelas?

—Sí. Casi siempre en el cigarral, que es donde, además, suelo planear y escribir los libros.

—¿No tiene inclinación o preferencias por un tipo de novela?

—Selecciono un poco por instinto entre los autores que me parecen más buenos.

Y sonrío brevemente con una sonrisa que trae en su cresta lo siguiente:

—Autores que no son siempre los premios literarios.

—Desde su punto de vista de endocrinólogo o como simple lector, ¿qué personajes le han impresionado más?

—Cuatro o cinco de las novelas de Pérez de Ayala.

—Me ha dicho antes que la Historia sigue a la Medicina en la línea de sus preferencias. ¿Acaso hay alguna razón para esta secuencia?

—La Historia me parece muy próxima a la Medicina.

—Es que la historia personal o patográfica que usted registra profesionalmente, ¿no es un aspecto deformado del hombre?

—La historia del enfermo es la que informa más de la personalidad. Así que hacer Medicina es hacer Historia.

—Esto nos lleva por los caminos que usted sigue en la Historia.

—Cierto. En el siglo XIX se hizo historia de los acontecimientos, no de los hombres. Por eso soy entusiasta del siglo XIX, pero no de sus historiadores.

Situados como estamos en el tiempo, me viene una pregunta: ¿a qué siglo se siente más vinculado, al XVIII o al XIX?

Don Gregorio queda indeciso. Creo que diría a los dos, pero no lo dice. Cada uno tiene su entidad y secuelas y de cada uno ha de escoger algo, pero no coger el todo. Sin embargo, sí creo poder afirmar que se siente más ligero, más ágil, más familiar, hablando de estos siglos.

—El XVIII—dice, pensando—fué el que estubo más cerca de la perfección humana. El siglo de mayor civilización.

Hace «stop» en su corto monólogo y continúa para dar una versión lo más justa posible de aquel siglo. Porque, eso sí, don Gregorio hasta en su pasión es racional. De la razón no se apea: «De tejas abajo, no hay verdad absoluta», ha dicho. Por algo está vinculado al XVIII, que ahora enjuicia con los peligros propios de la improvisación y rapidez de una entrevista.

—Pero la civilización—añade—tiene sus peligros. Uno es la revolución. Y precisamente la revolución quitó sentido al XVIII.

Ha dejado, en efecto, su rastro el XVIII. Aquella «Ilustración» trajo consigo una forma de conciencia colectiva que pretendía una vida sólo creada para utilidad y felicidad materiales. Y durante el XVIII y el XIX, también en años recientes, la corriente del pensamiento ha sido una tenaz creencia en un progreso continuo. Y aparecen las técnicas.

—Las técnicas aparecen con carácter distinto e inauguran nuestra era, en la que queda por hacer lo que iba a hacer el XVIII.

—¿Y qué opina del automatismo?

—Tiene un efecto perturbador. Pero los reflejos y aptitudes de los jóvenes se adaptarán y desaparecerá el temor.

—¿Y qué ve en la civilización de hoy?

—Creo que una de las aspiraciones es que la gente trabaje menos.

—¿Bueno o malo? ¿Qué le parece?

—Que la gente que trabaja poco no se dedica a estudiar, se dedica a nada.

Atento está el doctor Marañón a todas las dolencias de la humanidad. Es un humanista de cuerpo entero. Sus libros son biografías de hombres atormentados, preocupados y aireados en cruces históricos. Pero siempre el hombre. Por el hombre, con sus virtudes y sus vicios, con sus éxitos y fracasos, con sus gozos y sus angustias, se entromete en el tiempo circundante, en la cultura coetánea y en los efectos que potencialmente había en el personaje biografiado. Hay algo: don Gregorio mira, porque la realidad objetiva se lo exige y la verdad lógica a ella ha de referirse, mira a los cuatro puntos cardinales.

—Vivir atento a triunfar sobre sí mismo y no sobre los demás; continuidad, sin dispersarse en escaramuzas con el ambiente y la actualidad; instinto de elegir temas que estructuren y fecunden la obra continua; que el contenido rebase el título y se desborde por los territorios vecinos del pensamiento.

Hemos llegado al terreno colindante con la enseñanza. Es otra de las preocupaciones del doctor Marañón, profesor por naturaleza y obra. Sus opiniones son ya bastante conocidas.

—Para mí—dice obsesivamente—, es una actualidad renovada. No hago más que insistir.

—¿Con efectos positivos?

—Hay ya muchas personas que empiezan a darse cuenta de la estupidéz incalificable de las oposiciones a cátedra.

Se concentra un poco, para decir algo más concentrado o, por lo menos, concreto:

—En realidad, creo que no hay quien no esté convencido.

—¿Y los exámenes?

—Un gran disparate. En una reciente conferencia en el Ayuntamiento de Madrid demostré la absoluta incapacidad del examen para darse cuenta de la capacidad y aplicación del alumno. El examen deforma a los alumnos y, más grave, deforma al profesor.

—¿Consecuencias?

—No habrá ni verdaderos maestros ni verdaderos discípulos mientras a unos y a otros se les deforme con la bárbara huella de estos ejercicios, de los que espero que dentro de poco se acordará la Humanidad con vergüenza.

Se acomoda en la silla, para decir algo más asentado, comprobado y demostrativo:

—Don Pío Baroja—continúa—, en su última enfermedad deliraba de vez en cuando con el miedo a los exámenes. Si en un hombre de su categoría y de su genio y personalidad persistió hasta los últimos posos de existencia la agresión de los exámenes, imaginemos lo que representará para la humanidad media.

Bien, doctor, sólo me quedan, por apremio del tiempo y espacio, unas preguntas de fuego granado.

—¿Tiene algo que añadir a lo dicho sobre su tesis relativa a los modelos o inspiradores del Greco?

—Nada tengo que añadir a lo que dije en la Academia de Bellas Artes. Tengo, sí, que rectificar lo que ya entonces rectificué, es decir, algunas cosas que a este respecto me han atribuido y que no he dicho jamás.

—¿Algo sobre la obesidad?

—Ya no hay que hablar de ella. No existen obesos.

—¿Y del intenso movimiento turístico?

—Un remedio contra el aburrimiento.

—¿Y de las relaciones y dependencias del arte con la cultura?

—Sin un sentimiento del arte, la vida es más infeliz.

—¿Y de los «ismos»?

—La inquietud en el arte es indispensable. La inquietud no tiene límites. Puede llegar hasta el disparate. Justifico los «ismos». Pero el fallo está en popularizarlos.

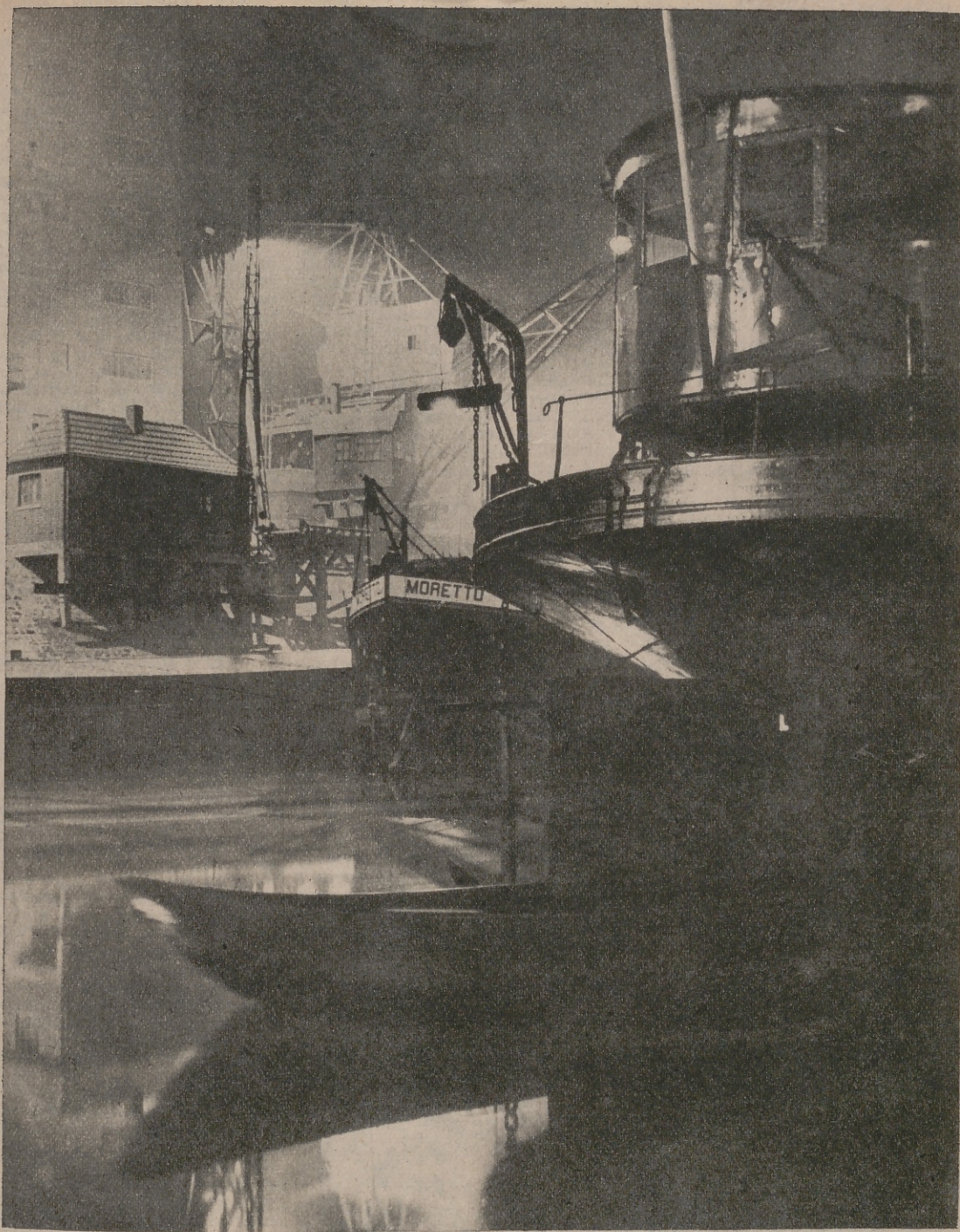
Gracias, doctor, por la consulta.

JIMENEZ SUTIL

SUSCRIBASE USTED A

LA ESTAFETA LITERARIA

Un año: 100 pesetas. Seis meses: 50 pesetas. —: Administración: Montesquínza, 2 - MADRID



LA "PEQUEÑA EUROPA" DE LOS SEIS SE REUNE CERCA DE WATERLOO

UN PROPOSITO CON BASE POCO FIRME

**EL EURATOM, UNA MANCOMUNIDAD
PARA LA EXPLOTACION DEL ATOMO**

SEIS ministros de otros tantos países y cien expertos se han reunido estos días en una reducida habitación del castillo Val Duchesse, situado entre lagos y verdes praderas a pocos kilómetros de Waterloo, en plena campaña belga. Lo que esta distinguida concurrencia ha pretendido es convertir un antiguo sueño en realidad. Con otras palabras, establecer un acuerdo para la libre circulación de personas, mercancías y capitales entre Alemania, Francia, Italia y los países del Benelux, que son Bélgica, Holanda y Luxemburgo.

La puesta en marcha de este ambicioso proyecto significa en el orden práctico que un francés o un italiano puedan sentarse a la mesa ante un buen plato de «Delikatessen», recién llegadas de la otra orilla del Rhin, regarlas

con una buena botella de Borgogna y que las esposas de los comensales vistan trajes cortados en París. Significa también tener a la puerta un «Volkswagen», si es éste el coche preferido. Otras mil mercancías más se ponen al alcance de los súbditos de aquellos Estados, sin pasar previamente por el fino tamiz de las actuales aduanas.

La teoría es esa. En números redondos, doscientos millones de europeos tendrían un mismo mercado. Y todos ellos concentrarían sus esfuerzos para levantar una gran fábrica común destinada a la industria atómica, a la separación de isótopos.

Pero del dicho a lo conseguido media aún un muy largo camino. A la hora de hacer el balance de las reuniones de Val Duchesse, los resultados son poco concretos. En lo que ha habido unanimidad absoluta es en la necesidad de reunirse nuevamente el próximo día 4 de febrero para seguir deliberando.

Sin embargo, para no considerar con signo negativo esas reuniones bueno es echar la vista atrás, hacia el año 1948, cuando se crea la Organización Europea de Cooperación Económica, para administrar la ayuda norteamericana. Desde entonces, poquito a poco, se ha adelantado hacia la Europa unida, que se considera la única solución viable para que los países continentales mantengan su bienestar, su prestigio y su influencia en el mundo. Para que Europa pueda desenvolverse con autonomía de los otros dos poderosos bloques: el norteamericano y el soviético.

La Conferencia de los Seis, reunida en Bélgica, y que en realidad nunca fué de tantos, pues la empezaron cinco ministros y la han terminado cuatro—el ministro francés de Asuntos Exteriores estuvo ausente desde el primer día y el alemán regresó a Bonn antes de tiempo—, constituye, sin duda, uno de aquellos avances que poquito a poco van

plasmando la idea de una Europa unida. Una etapa más en su realización.

LA «PEQUEÑA EUROPA», EN VAL DUCHESSE

Antecedente de la reunión de Val Duchesse, además de aquella Organización Europea de Cooperación Económica, es la constitución del Consejo de Europa, el año 1949, como órgano consultivo destinado a impulsar la idea de la unión continental. Políticos, economistas y sociólogos se apasionan por la empresa y exponen sus argumentos y conceptos. Se está aún en una fase rodeada de un nimbo de irrealidad.

En 1951, la idea entra en la esfera de la política práctica. El Gobierno francés dirige un llamamiento y seis países europeos convienen establecer una comunidad para las producciones de carbón y acero. Con Francia, participan los Estados del Benelux, Italia y Alemania. Se crea así la C. E. C. A., o «pequeña Europa». Su finalidad es establecer mercados comunes con objetivos económicos específicos. Comprobados los buenos resultados obtenidos con el carbón, hierro, acero y «aceros especiales», para los que desaparecen las barreras aduaneras, las diferencias de cotización, restricciones monetarias y otras trabas, se empiezan a hacer estudios para extender la comunidad de mercados a otras materias.

Un mal antecedente en los intentos de unificación europea se da en 1954, cuando Francia rechaza de plano la comunidad de defensa. Con más o menos retrocesos, se llega así al mes de junio de 1955. Entonces, los ministros de Asuntos Exteriores de la C. E. C. A. deciden emprender los trabajos para llegar a un «pool» atómico y a un mercado común. No transcurre mucho tiempo hasta que el ministro belga Spaak, en Venecia, el mes de mayo de 1956, presenta a los países miembros de la C. E. C. A. el

primer anteproyecto, elaborado por una comisión de técnicos.

La empresa que se discutirá en Val Duchesse cobra un gran impulso. Durante los meses de octubre y noviembre últimos, los ministros de los seis países comprometidos se reúnen en París y en Bruselas y aceleran sus trabajos para llegar cuanto antes a un acuerdo que aminore, siquiera sea en parte, la pérdida del prestigio continental debida a las operaciones de Suez.

Las líneas generales del tratado que se discutiría en Bélgica se establecen en el sentido de crear una Mancomunidad para toda clase de mercancías. Es decir, un Mercado Común dentro del cual los productos de los seis países puedan circular en todas direcciones, sin pago de derechos aduaneros, como si los Estados miembros constituyesen una sola nación. Esta finalidad se alcanzará por etapas sucesivas. Y con estos prolegómenos se convoca la reunión celebrada últimamente a pocos kilómetros de Waterloo, lugar simbólico éste, donde el Emperador francés hubo de renunciar a uno de los más ambiciosos planes entre todos los proyectados para la unificación del Continente.

LO BUENO Y LO MALO CONCURREN EN EL MERCADO COMUN

Con esa esquemática idea de los asuntos discutidos en Val Duchesse—el Mercado Común europeo y la Organización Atómica Europea—y antes de entrar en los temas tratados en la sala de conferencias, conviene un breve repaso de las ventajas y de los inconvenientes del proyecto. La cara y la cruz de la Mancomunidad.

En el capítulo de beneficios hay que considerar los que indudablemente deben derivarse de un mercado con unos doscientos millones de consumidores. Tal realidad permite organizar en cada país, según su capacidad o vocación, una producción en masa con costes más reducidos y con mayores perfeccionamientos técnicos.

Ventaja es también el Mercado Común para los países que tengan excedentes agrícolas, al poder entonces colocarlos sin mayores dificultades. En el caso de Francia, concretamente, con territorios de ultramar, recibiría ayuda de los países miembros para aumentar las fuentes de riqueza en ellos. La desaparición de las barreras aduaneras, por otra parte, constituye el medio más eficaz para realizar la unión política de Europa.

Los argumentos pesimistas no faltan tampoco. El proyecto de Mercado Común, basado en los principios de la economía liberal, puede crear en Europa una situación anárquica, que será lo contrario de una unificación. Vislumbran muchos técnicos que de llevarse a la práctica la idea, se constituirá una unidad económica en la cual Alemania será la potencia industrial dominante y Francia se tendrá que limitar a su «vocación agrícola». Y esto, de producirse, no resultará muy grato a nuestros vecinos.

Opinan algunos que al realizarse el proyecto, se producirán muy



La Delegación belga, con M. Spaak, en la conferencia de la C. E. C. A., en Bruselas. A su lado, la alemana, con Von Brentano

pronto grandes desplazamientos de mano de obra, de los países más pobres a los más ricos, con la amenaza consiguiente de paro y conflictos laborales en determinadas regiones. Otro argumento negativo, que se airea mucho en Francia es el de los efectos que causará el Mercado Común en los territorios de ultramar. Para muchos franceses, la empresa no conducirá a otro fin práctico que a la explotación de las riquezas coloniales por todas las naciones miembros, en lugar de beneficiarse la metrópoli preferentemente, como ocurre ahora.

Con tales juicios en favor y en contra, resulta más sencillo comprender la postura adoptada por los representantes de los países reunidos en el palacio de Val Duchesse. Y apreciar los resultados alcanzados.

UN CAMINO DE ESPINAS

En primer lugar, los acuerdos alcanzados después de esos tres días de conversaciones.

Como era de esperar, los documentos relativos a la Organización Atómica Europea (Euratom) quedaron listos para la firma en un santiamén. No existían muchos obstáculos en esta cuestión, por tratarse de una empresa de nuevo cuño en la que ninguno de los países miembros tenía intereses precedentes dignos de ser defendidos o conservados.

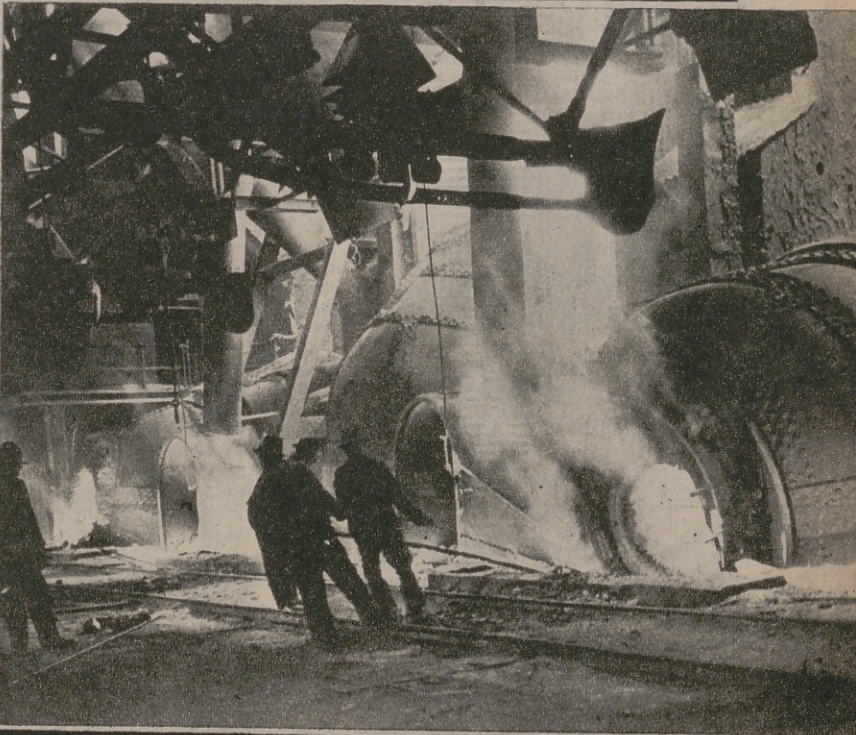
Los ministros dedicaron escaso tiempo al estudio de ese problema atómico. Como estaban acordados previamente los porcentajes de contribución de cada miembro para realizar el Mercado Común, se aplicaron éstos mismos para la empresa de construir una gigantesca fábrica destinada a la separación de isótopos. Tales tantos por ciento son de 30 para Alemania y Francia. Un 20 por 100 se asignó a Italia y el resto corre a cargo del Benelux. La proporción se mantendrá inmutable en todo, tanto en los gastos inmediatos como a la hora de participar en los beneficios que puedan obtenerse. Y así, quedó cerrada la parte que se puede llamar atómica de las conversaciones.

En cuanto al Mercado Común, los ministros congregados en Bélgica tenían que ponerse de acuerdo en dos puntos fundamentales. Primeramente en el llamado «mercado verde», es decir, en la ordenación del movimiento de los productos agrícolas. En segundo lugar tenían que pronunciarse sobre la procedencia o no de incluir los territorios ultramarinos en el mecanismo comercial europeo. Esos dos asuntos, auténtico caballo de batalla en las conversaciones, se han quedado sin resolver. El único acuerdo que ha recaído sobre ellos ha sido la voluntad unánime de aplazar su estudio para fechas futuras más propicias.

Italia y Francia no han dado su brazo a torcer al momento de discutir los problemas que consideran básicos. El representante del Gobierno de Roma ha defendido que no se pongan trabas de circulación a sus excedentes agrícolas, aunque se perjudiquen con ello otros países. Francia, por su parte, ha propugnado contra



Los grandes estuarios del Ruhr, uno de los centros de exportación más importantes de Europa



Una vista de una factoría pesada de la Comunidad Europea del Acero

viento y marea que la estructura del Mercado Común cargue con una parte de los problemas económicos que la metrópoli tiene planteados en las colonias.

Laborioso será unificar los criterios contrapuestos. Si vale un vaticinio, puede decirse que en las próximas reuniones que tendrán lugar el 4 de febrero cabe resolver el problema de los territorios de ultramar, pero quedará en el aire, sin duda, el del «mercado verde». En el Tratado provisional, de doce años de vigencia, que firmarán en Roma los seis Estados miembros, no se resolverá la cuestión del mercado de los productos agrícolas. Y no volverá a hablarse de él, a menos que Dios no disponga lo contrario, hasta el año de gracia de 1969. En las conversaciones celebradas en el castillo de Val Duchesse ha habido, pues, sus espinas y sus atascos.

FRONDOSO TINGLADO BUCROCRATICO

Para que el engranaje del Mercado Común se ponga en marcha, se ha acordado la creación de un Banco de Inversiones, cuyo capital queda fijado, provisionalmente, en mil millones de dólares. Alemania y Francia se comprometen a aportar trescientos millones, cada una. Italia contribuye con 240 y el Benelux ingresará el resto hasta completar el total.

La misión del Banco consistirá en financiar las actividades de los miembros del Mercado Común y facilitar, al mismo tiempo, los capitales necesarios para el desarrollo de la economía en los territorios atrasados. Para esta última finalidad podrá conceder empréstitos hasta la cifra de 2.500 millones de dólares.

Además de esa Institución financiera, se ha organizado también el aparato burocrático del Mercado Común. Aquí los cálculos se han quedado cortos ante la realidad. Un portentoso sistema de parlamento, tribunal, gobierno y consejos se ha creado para entenderse con los trámites, reclamaciones, instancias y expedientes que se susciten. Un

grande y frondoso tinglado de cargos y despachos para llevar a buen puerto las operaciones del Mercado Común.

El parlamento constará de 248 escaños, que serán ocupados por los diputados elegidos dentro de los respectivos parlamentos nacionales de los países miembros. Al menos, así se hará al principio. El gobierno del Mercado Común tomará sus acuerdos por votación, siendo necesaria la presencia de un mínimo de dos votos a favor del acuerdo de turno para que éste tenga validez. Los Consejos Económico y Social estarán integrados por representantes de los diversos sectores interesados en los problemas del Mercado Común: técnicos, obreros, empresarios y consumidores.

Con ese complicado armazón de organismos, los técnicos que han elaborado los planes del Mercado Común pretendieron que su trabajo y sus funciones vayan dirigidas a suprimir obstáculos, conceder ayudas y velar por el cumplimiento exacto del calendario que regirá para la implantación de la Mancomunidad. En otros términos, han querido que esas instituciones sirvan para poner en marcha la empresa y que una vez en movimiento, nada ni nadie pueda detenerla. Previsión ésta muy importante habida cuenta la inestabilidad que suele presidir la política de muchos países miembros.

El Mercado Común, tan complejamente dirigido, entrará en funciones según unas etapas previstas. La supresión de los derechos de Aduana se hará en tres fases de cuatro años de duración cada una, hasta la eliminación total de las cargas.

Como una prueba de la enorme complejidad que supone el funcionamiento del Mercado, el ministro belga Spaak ha apuntado la cuestión de los transportes. Cada país tiene sus tarifas y será necesario unificarlas antes de coordinar el comercio. Además, como consecuencia del desarrollo económico nacional de los miembros, la red de transportes está pensada en función de servir a esa unidad nacional y no a un conglomerado de seis países. Si se pretende, por ejemplo, que las mercancías puedan fluir libremente desde Mesina a Baviera, no bastará con echar por tierra las barreras aduaneras: habrá que reajustar las vías de comunicación. Nada fácil ni llano se presenta el horizonte de la puesta en marcha del Mercado Común, según puede desprenderse de los problemas esbozados. Complicada es también la cuestión de las convertibilidades monetarias, de las diferencias existentes entre las distintas legislaciones laborales de los países miembros, las variadas concepciones de las políticas económicas que rigen en ellos.

EUROPA NO ES SOLO LA «PEQUEÑA EUROPA»

Todos esos puntos aclaran la diversidad de criterios de los países interesados. El entusiasmo por la idea ha estado a cargo, sobre todo, de Alemania, de Holanda y de Italia. En los debates celebrados en Bélgica, han sido Francia y Alemania las que han

mostrado puntos de vista más contrapuestos. Las diferencias entre ambas se han agudizado al tratarse los problemas de la necesaria armonización de las legislaciones sociales, de la puesta en marcha del proyecto y de las etapas a recorrer antes de la vigencia total del Mercado Común. Se ha discutido, asimismo, con calor sobre los signos monetarios, la competencia de los órganos de la Mancomunidad, sobre los productos agrícolas, los territorios de ultramar y la admisión de nuevos miembros.

El punto que hace referencia a la admisión de más participantes no ha quedado suficientemente aclarado. Se trató, en principio, de negociar la adhesión de todos los miembros del Consejo de Europa y la solución se aplazó para mejor ocasión. Por si esta tendencia llega a prosperar, hay que dejar constancia de que es un remedio a medias tintas, pues en aquel Organismo no figuran ni Finlandia, ni España, ni Portugal, ni tampoco Suiza. Sería, pues, hablar de una Europa convencional alejada de las realidades geográficas y económicas.

Gran Bretaña, que ha experimentado serias inquietudes ante el proyecto del Mercado Común, ha enviado, al igual que los países escandinavos, observadores a las reuniones de Val Duchesse. Si se juzga por las declaraciones hechas por el canciller del Tesoro el Gobierno de Londres no se opone, en principio, a ingresar en la Mancomunidad con toda la Commonwealth. Parece que la primitiva resistencia de las Trade Unions ha cedido y que la Federación de las Industrias Británicas, aun oponiendo todavía algunas objeciones, no cierra el camino para un futuro ingreso. El ideal de Londres sobre el Mercado Común sería que este se extendiera a un mayor número de países y que el objeto de aquel se redujera a un número más limitado de mercancías.

Al margen de las deliberaciones celebradas en Bélgica, los Estados Unidos, por boca de Foster Dulles, han dado su aprobación al proyecto de Mercado Común, sin que ello signifique que silenciosamente no mantengan algunas reservas. La U. R. R. S., por su lado, nada ha dicho, pero fácil es presumir que le hará la misma oposición que a la O. T. A. N., a la C. E. C. A. o cuantos organismos se han constituido para reafirmar la unidad de Europa.

Cualquiera que sea el resultado definitivo de las deliberaciones que tengan lugar a partir del próximo 4 de febrero y cuyo fin previsto es la firma del tratado que establezca el Mercado Común y el Euratom, es preciso apuntar que los proyectos adolecen de serios defectos y lagunas profundas. Difícil es concebir el triunfo de una empresa que tiende a poner en común a los hombres y las cosas de Europa, con participación exclusiva en ella de seis países. Y mucho más difícil aún es que se logren resultados halagüeños en toda tarea de unificación europea si se descuida lo más importante: la identidad espiritual entre las naciones llamadas a colaborar. Y sobre esta cuestión capital, nada se ha dicho en el castillo de arquitectura dieciochesca de Val Duchesse.



Los tres hombres sabios de la Euratom. De izquierda a derecha, Luis Armand, Francesco Giordani y Franz Etzel

Otro castillo que no ha muerto
es el alcázar de Segovia, con
sus torres aguzadas hacia el cie-
lo de Castilla



LOS CASTILLOS DE ESPAÑA, AL PAIS DE LOS RASCACIELOS

LA VIDA DE HOY EN MANSIONES DE AYER

UNA EXPOSICION QUE
SALE POR EL MUNDO

VAMOS a echar por los cami-
nos de España. Ahora, si.
Ahora, que ya decae el invier-
no..., o tal vez allá por el vera-
no, cuando las sombras son más
de agradecer. Es igual. El caso es
caminar: un pie tras otro; subir,
bajar e ir anda que anda por los
llanos polvorientos.

España está ahí, siguiendo to-
das las rondas, tras el recodo de
todos los vericuetos. Y está en
esa toponimia única en el mun-
do: Fuentidueña, Madrigal de las
Altas Torres, Navaluenga, Pinos
Puente, Jerez de los Caballeros,
San Juan de las Abadesas... Hoy
partiremos: un hatadillo peque-
ño, una bota, unas buenas alpar-
gatas de esparto, la mirada y el
pensamiento.

Luego, a lo que salga. Con la
única condición de no parar en
posada ni venta. Haremos la ru-

ta de la Historia española dejan- do caer la cabeza sobre las piedras viejas de los castillos. Pasaremos de la piedra dorada al granito gris; del granito gris, a la piedra blanca, y de la piedra blanca, a la argamasa y el ladrillo. De aquí para allá. Del castillo de Almansa, con su tradición de inexpugnable, dominando desde la dura roca el conjunto urbano, al montaraz de Sobroso, perdido entre los pinos y robles de Galicia. Del ciudadano Alcázar de Zafra a la brisa marina del castillo de Castro-Urdiales. De Morella a Niebla y de Vélez Blanco a Vulpe- llach. Porque España está ahí, en esas piedras tiradas, cubiertas de musgo. Y en las paredes agria- tadas por la hiedra, a punto de caer cada vez que se mueven los lagartos y anochece para los mur- ciélagos. Montones de piedra que apoyaron la reconstrucción moral, económica y militar de la España que se había perdido con Don Ro- drigo.

Aquella «tierra de nadie», aso- lada y hecha ceniza, que se ex- tendía por el valle del Duero, pu- do ser repoblada y remozada gra- cias a las fortalezas que se levanta- ban y reconstruían con el fin de defender a los colonos.

Hacia las tierras de «la fronte- ra» partía el magnate designado por el Rey para dirigir la repob- lación, seguido de gran caravana: familia, nobles, siervos, liber- tos, hombres libres. Y llegados a las tierras, el cuerno real lanza- ba su grave sonido en tanto se enarbolaba el estandarte del Mo- narca. Luego, al trabajo. Con avi- dez daban comienzo las obras de reconstrucción de murallas y for- talezas o se levantaban nuevos bastiones a cuya sombra los co- lonos que roturaban las tierras se sentían protegidos eficazmente.

LAS BASES DE «LA FRON- TERA»

El número de castillos que se levantaron por toda España fué extraordinario. Todos los lugares estratégicos aparecían protegidos por recintos fortificados a la som-

bra de los cuales se desarrollaron futuras ciudades.

Las almenadas murallas de los castillos eran refugio de los co- lonos y punto de reunión para la «hueste» dispuesta a correr el campo enemigo. Y allí, en los gar- ritones de las fortalezas «fronte- rizas», el centinela vigilaba cons- tantemente el campo para avisar de la presencia de las mesnadas enemigas.

Entretanto, allá en el interior de la torre del Homenaje, la cas- tellana lee en un Libro de Horas al abrigo de la inmensa chimenea en que arden gruesos troncos de encina. De pronto, a lo lejos, se oye el cuerno que indica el re- greso del señor. En la puerta principal el rastrillo rechina y cae el puente sobre el foso. Poco más tarde, los cascos de los caballos pisotean los gruesos tablones y la cabalgada entra en el patio de armas. La incursión por las tier- rras de moros ha sido breve y sin novedad. No ha habido en- cuentro sangriento y todos los soldados, despojados de sus ar- mas, marchan a sus aposentos en busca de un ligero descanso. Y entre jarro y jarro de buen vi- no llega el comentario a las in- cidencias de la jornada. Otras veces se escucha el maravilloso relato de algún peregrino a Com- postela que, de pasada, ha obteni- do alojamiento en el castillo.

Pero toda aquella vida murió en manos de la Historia. Las forta- lezas que se levantaban en los duros picos de las montañas o en la suavidad de los alcores se fueron quedando solas. Perdieron su cometido, y la destrucción del tiempo y del hombre las redujo a un montón de piedra más o me- nos informe.

EL ESTADO CUIDARA DE LOS CASTILLOS

El remedio eficaz a la situa- ción vergonzosa en que se encon- traban estos elementos vivientes del pasado español ha nacido del decreto de 22 de abril de 1949, que enfocaba con gran sentido y realismo la cuestión: «Una de las

notas que dan mayor belleza y poesía a los paisajes de España es la existencia de ruinas de casti- llos en muchos de sus puntos cul- minantes, todas las cuales, apar- te de su extraordinario valor pin- toresco, son evocaciones de la Historia de nuestra Patria en sus épocas más gloriosas; y su pres- tigio se enriquece con las leyen- das que en su torno ha tejido la fantasía popular. Cualquiera, pues, que sea su estado de ruina, deben ser objeto de la solicitud del nuevo Estado, tan celoso en la defensa de los valores espiri- tuales de nuestra raza.»

«Desgraciadamente, estos vene- rables vestigios del pasado están sujetos a un proceso de descom- posición. Desmantelados y sin uso casi todos ellos, han venido a convertirse en canteras cuya utilización constante apresura los derrumbamientos, habiendo des- aparecido totalmente algunos de los más bellos. Imposible es, salvo en casos excepcionales, no so- lamente su reconstrucción, sino aun las obras de mero sosteni- miento; pero es preciso, cuando menos, evitar los abusos que acer- leran su ruina.»

Y luego siguen los cuatro bre- ves artículos del Decreto en vir- tud del cual «todos los castillos de España, cualquiera que sea su estado de ruina, quedan bajo la protección del Estado, que impe- dirá toda intervención que altere su carácter o pueda provocar su derrumbamiento». La responsabi- lidad de los daños que sufra cual- quiera de estas edificaciones recae directamente sobre el Ayun- tamiento en cuyo término munici- pal se hallen situadas.

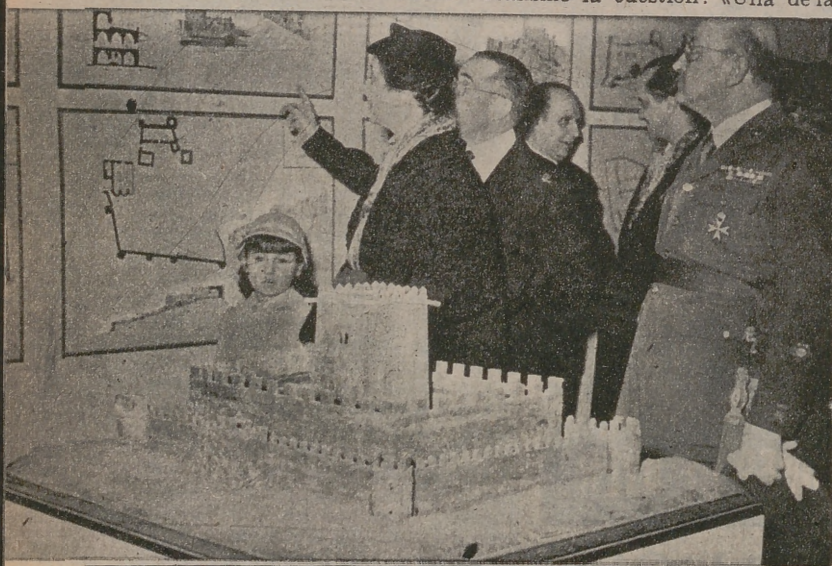
Por tanto, las Corporaciones lo- cales han de impedir toda obra en este tipo de edificios que no se halle autorizada por la Dirección General de Bellas Artes. Pero su misión no termina con ese dar cuenta, sino que ha de denunciar a la citada Dirección General el posible estado ruinoso si llegase el caso.

Otra consecuencia del Decreto es la creación del «Servicio de Conservación de Castillos», una de cuyas principales misiones es la confección de un catálogo com- pleto de todos los castillos exis- tentes en España, con planos de- tallados y abundantes fotografías de los mismos.

Con esto se ha iniciado una la- bor que, a partir de la fecha ci- tada ha ido cada día a más. Si la medida se hubiese tomado hace treinta o cuarenta años podrí- mos tener hoy datos preciosos que permitirían la reconstrucción y el estudio de diversos castillos en la actualidad completamente des- truidos.

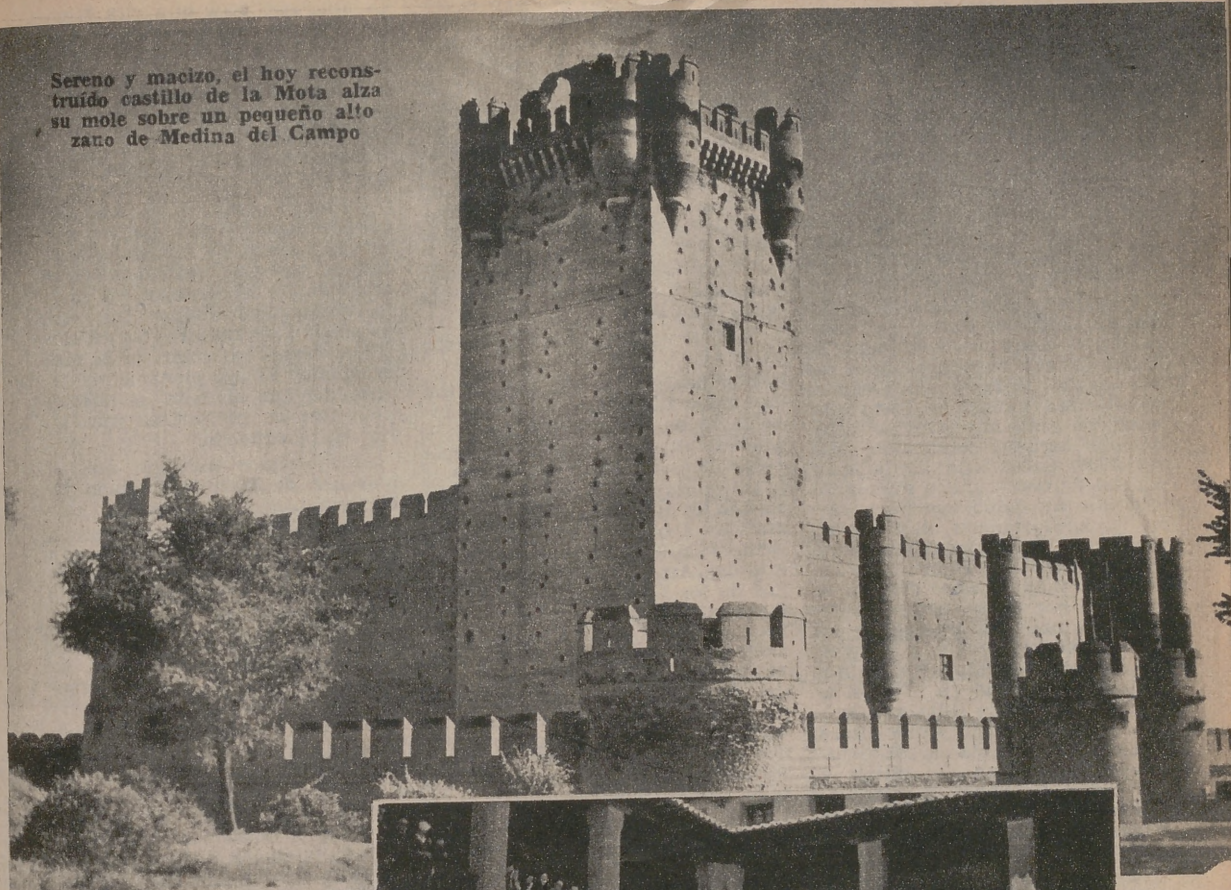
«AMIGOS DE LOS CAS- TILLOS»

Al lado de la intervención esta- tal, existe la coadyuvación de algu- nas sociedades particulares espe- cialmente dedicadas a la materia. Pero sobre todas, por su gran en- tusiasmo y rigor, destaca la «Aso- ciación Española de Amigos de los Castillos». A su iniciativa se debe la actualidad que ha adquirido el tema en estos últimos días, con motivo de la Exposición de casti- llos españoles que se clausura ma- ñana domingo en el Palacio de Bibliotecas y Museos.



Una visitante ilustre en la Exposición: la esposa del Jefe del Estado, con una de sus nietas, acompañada del presidente de la Asociación de Amigos de los Castillos, general marqués de Sales

Sereno y macizo, el hoy reconstruido castillo de la Mota alza su mole sobre un pequeño altozano de Medina del Campo



El origen de la Asociación arranca de la primavera de 1952, en que, luego de una reunión preparatoria celebrada el 3 de mayo, se nombró una Comisión encargada redactar los Estatutos y de la que formaban parte don Casto Fernández Shaw, don Valeriano Salas, el marqués de Aycinena, don Antonio Prast, don Francisco Hueso, don Germán Valentin Gamazo, don José Fernando Calderón y don Jaime Masaveu. Y desde el mes de noviembre de 1952, la Asociación quedó legalmente constituida.

Su fin primordial es la protección de los castillos y sus ruinas, así como las de los restantes monumentos de la arquitectura militar española, como son recintos amurallados, torres, puertas, puentes fortificados, etc. Además, estimulará el interés por nuestros clásicos castillos, haciendo una propaganda eficaz de su gran valor y simbolismo. Para todo ello su entusiasmo no se parará en nada, y una de sus orientaciones más interesantes es la de hacerse cargo en cuanto sus medios materiales—muy escasos—se lo permitan de aquellos castillos que, por falta o desconocimiento de su propiedad titulada u otras causas se hallen en grave estado de abandono. A todo esto hay que añadir publicaciones, excursiones, exposiciones, toma y proyección de películas, conferencias, intercambio con asociaciones similares y extranjeras y cualquier otro medio que ayude a mejor cumplir los fines de la sociedad.

De la colaboración entre los organismos oficiales y la Asociación es seguro que cada día se aportarán más efectivas realizaciones a esta interesante obra que gran número de españoles todavía no han calibrado merecidamente.



Ritmo y canciones en el viejo patio restaurado del castillo de la Mota

UNA RECONSTRUCCIÓN CON VIDA

Con objeto de evitar que una importante parte del patrimonio artístico nacional se perdiese, se han iniciado desde hace tiempo algunos trabajos de restauración en los castillos, que desde el primer momento han sido de plena y total eficacia.

Previamente se había investigado la situación de propiedad en que se hallaban los edificios. Se catalogaron unos dos mil, de los cuales un 10 por 100 pertenecen al Estado, un 24 por 100 a los Ayuntamientos, 45 por 100 a particulares y del 21 restante se ignora el propietario.

De todos ellos, desde el decreto de 1949, se acercan un centenar los atendidos con trabajos de conservación, ascendiendo a varios

millones de pesetas la cantidad invertida en las obras. En esta labor inmensa han colaborado con toda eficacia otros organismos estatales, como son F. E. T. y de las J. O. N. S. y el Frente de Juventudes, que han aprovechado el símbolo que representan estas fortalezas, íntimamente relacionadas con nuestra Historia, para restaurar algunas e instalar en ellas instituciones adecuadas.

Así, allá por las llanuras de Medina del Campo se alza la mole maciza del castillo de la Mota sobre una suave colina. Su torre del Homenaje, de cuarenta y cuatro metros de altura, se ve desde muchos kilómetros a la redonda. La reedificación de esta fortaleza se debe a la iniciativa del Caudillo, que la cedió a la Sección Femenina con el fin de que se instalase en ella la Escuela Mayor de

Mandos «José Antonio», inaugurada en 1942 después de una inteligente restauración.

Otro edificio que ha sido salvado de la ruina es el castillo de las Navas del Marqués, que de la Casa de Medinaceli pasó a poder de una empresa industrial. Parecía destinado a un total abandono cuando fué cedido en 1917 a la Sección Femenina, que lo reedificó con todo rigor e instaló en él su Escuela de Instructoras «Isabel la Católica», inaugurada por el Caudillo en junio de 1951.

Pero no sólo es la Sección Femenina. Allá por tierras de Cuenca, donde comienza la Mancha, se hallan los seis torreones cilíndricos del castillo de Belmonte. Después de diversas vicisitudes, esta fortaleza de gran importancia histórica se hallaba convertida, allá por 1936, en refugio de lagartos y nidales de cuervos. Los milicianos lo utilizaron como cuartel y cárcel y apuraron su destrucción. Terminada la guerra, totalmente desmantelado, el Frente de Juventudes acampó unos días en su patio de honor. Y desde esa fecha comienza una inteligente labor de reconstrucción y después de gestionado el alquiler a su propietario, se instaló en él la Academia Nacional de Rurales «Omésimo Redondo». Allí sigue ahora la juventud española cursos técnico-agrícolas, cursos de cultura y arte, cursos de capacitación social, etcétera, que hacen recuperar su verdadera misión de servicio a los tostados torreones de Belmonte.

Otro ejemplo de esta reconstrucción, basada siempre en el servicio, es el caso del toledano castillo de San Servando, que al otro lado del Tajo domina con sus torreones la ciudad del Alcázar. Con objeto de evitar que aquellas murallas y torres cargadas de historia terminasen desmanteladas, el Frente de Juventudes inició su restauración y desde 1949 es albergue de un alegre Colegio Menor.

No siempre ha sido ésta la vía de las restauraciones. Otras veces han sido sus verdaderos propietarios los que a costa de grandes sacrificios han conseguido mantener enhiestas las viejas piedras. En algunos se han instalado paradores turísticos; en otros escuelas, cuarteles de la Guardia Civil, e incluso graneros. Todo ello, siempre es de apreciar, ya que con su utilización más o menos adecuada y dentro de ciertas normas, se consigue siempre un rescate eficaz de los castillos.

Y es precisamente en España donde su restauración ofrece mayor número de dificultades, por los puntos en que se hallan enclavados, siempre formando un plan estratégico, y no—como sucede generalmente en el resto de Europa—en lugares residenciales más o menos bucólicos reflejándose en la fresca superficie de un lago. El castillo español surge, enérgico, de las entrañas duras de la tierra y de la roca.

MUNDO MODERNO EN EL MUNDO DE AYER

Las salas en que se han expuesto los castillos de España han visto pasar miles y miles de personas de todas las edades y

clases sociales. No era sólo el noble preocupado por los blasones, sino el estudiante, el empleado y el obrero, que allí recobraban nueva vitalidad apoyada en la Historia. Los jóvenes revivían con entusiasmo el mundo de justas y torneos.

—Oye—decía un chico de preuniversitario señalando el castillo del Real de Manzanares—, tú que presumes de estratega, ¿cómo lo tomarías?

Y en un salón del fondo, comentaba un obrero ante una gran tizona:

—¡Eran unos tíos de cuerpo entero!

Los centenares de fotografías, las maquetas, los dioramas, acuarelas, óleos, aguafuertes, mapas y planos han sido mirados y remirados por el público madrileño.

El montaje de la Exposición ha nacido de un cordial acuerdo entre la Asociación Española de Amigos de los Castillos y los Amigos del Arte. Con ello, los Amigos de los Castillos han hecho lo que podríamos llamar su presentación oficial. Con ello, los presidentes de ambas asociaciones, el marqués de Doret por los Amigos del Arte y el marqués de Sales por los Amigos de los Castillos, han obtenido un éxito absoluto que compensa espiritualmente los problemas duros con que han tenido que enfrentarse.

Durante los días que ha durado la exhibición, se han pronunciado diversas conferencias: Rico de Estasen habló del castillo de Ayora; Sanz y Díaz, del de Molina de Aragón; Layna Serrano, de Atienza, etc. Y los señores Ortiz Echagüe y Fernández Shaw han proyectado unas maravillosas fotografías en color de los castillos españoles.

«LA EXPOSICION SALDRA AL EXTRANJERO»

Estos días, la actividad del general de Artillería marqués de Sales no ha cesado un solo momento. El, como presidente de los Amigos de los Castillos, ha ido de acá para allá, trasladando su afición y entusiasmo a todo el mundo. Hace unos días se hallaba en Lisboa, y hoy, cuando le visitamos en el despacho de su casa, charla por teléfono con un alto personaje de la Embajada de los Estados Unidos.

—Usted perdone — me dice —, pero es que no se puede perder un solo minuto.

Habla con voz viva y cuidada:

—Indudablemente, estamos muy orgullosos del interés que ha despertado la Exposición. Todos la han visto con gran cariño y entusiasmo, tanto, que todo el que la visita se convierte en el más fervoroso propagandista. Y lo más curioso es que por allí han pasado representaciones de todas las capas sociales. Y todos, sin la menor distinción han demostrado igual fervor.

—¿Qué proyectos tienen para el futuro?

—Nos hemos puesto de acuerdo con la Dirección General de Relaciones Culturales para, por su conducto, llevarla al exterior.

Créame que será una gira triunfal. Nuestra aspiración es llevarla no sólo a la América hispana, donde han de percibir lo que representa esta palpitación humana, sino a otros países del Nuevo Continente.

—¿Se refiere a Estados Unidos?

—Precisamente. Ellos nos han comprendido y cada día ven con mayor agrado la nobleza y lealtad de nuestro espíritu, virtudes ancestrales del español. Y nada lo materializa mejor que esta exhibición de nuestros viejos castillos, verdadero solar de la raza española. Estoy plenamente seguro del que el éxito de nuestra presentación en Norteamérica sería extraordinario.

Antes hemos indicado que el marqués de Sales ha estado recientemente en Portugal.

—Pero no nos limitaremos a América. Por Europa también pasearemos nuestros castillos y, posiblemente, Portugal será la primera etapa del viaje.

Sobre la mesa de su despacho, atestada de libros y folletos, no hay nada que no haga referencia a los castillos.

—Nosotros hemos tratado, con nuestra Asociación, de iniciar una verdadera cruzada nacional. Y tratamos de que se dé el mayor número de facilidades posible para la conservación de nuestros fortalezas e incluso para favorecer su adquisición por los particulares. Hay que salvar los castillos, que son el verdadero lazo de unión con el pasado glorioso de España.

—¿Contento de la Exposición?

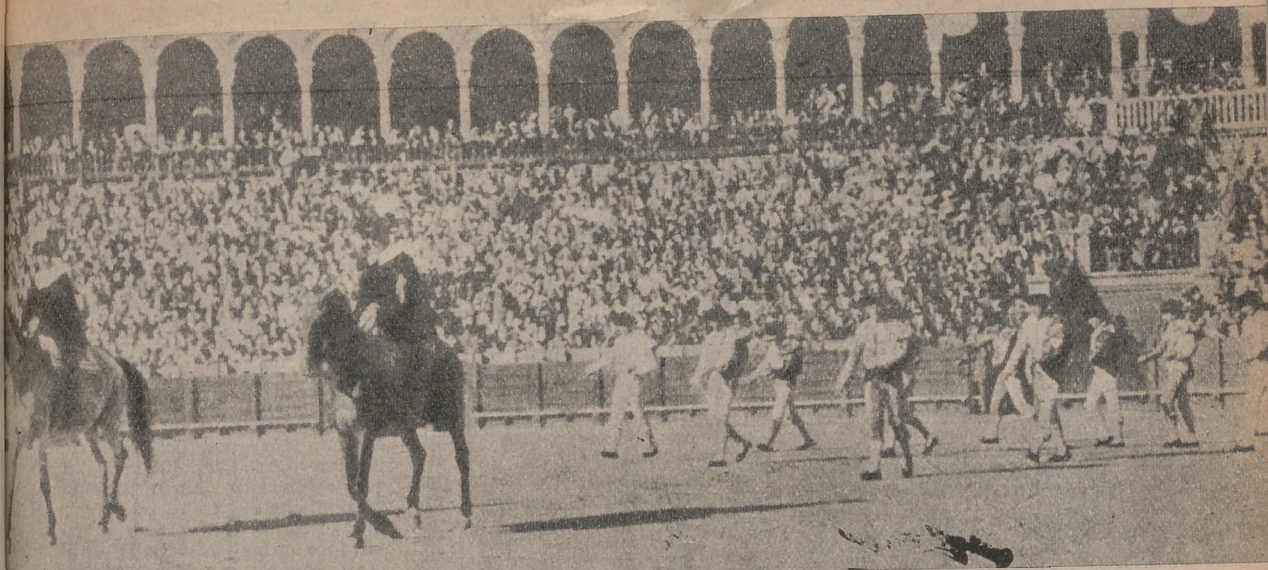
—Ya le he dicho antes que entusiasmados. El éxito ha traspasado el tema de la Exposición. En estos últimos días daremos facilidades para que puedan visitarla el mayor número de escolares jóvenes. Nuestro agradecimiento a todos los que nos han favorecido con su ayuda, puede decir usted con toda verdad que no tiene límites.

Mientras charla juguetea con un pequeño mosaico.

—Es una pieza muy interesante del castillo de la Roca, próximo a Barcelona, que está restaurando con todo interés don Antonio Riviere. Si, ya ve usted, todo el mundo colabora con gran entusiasmo; desde el Ayuntamiento de Almansa, que nos ha enviado una maravillosa maqueta, al señor Buendía con sus dioramas. Pero nada podría hacerse sin el trabajo solapado de la Comisión ejecutiva de la Exposición integrada por los señores Salas Pérez Comendador, Chueca, Fernández Shaw y los secretarios de las dos asociaciones colaboradoras, don Angel Dotor y De la Válgoma.

La charla con el marqués de Sales, ya plenamente introducida en el mundo de los castillos, se ha ido alargando en exceso. El teléfono suena de minuto en minuto, y él, con paciencia, va cumpliendo con todas sus obligaciones. Pero, sobre todo, están España y sus castillos eternos.

LUIS LOSADA



EL PRIMER PASEILLO DEL AÑO EN LA PLAZA DE ALMERIA

CAMBIOS PARA 1957, EN EL ESCALAFON

Unión oficial de los aficionados taurinos españoles

LA primera corrida de toros del año se acaba de celebrar en Almería. Una tarde clásica de toros, con temperatura ideal, sol de gran feria, reses bravas y, por añadidura, corte de orejas y salida en hombros.

Los telegramas de las agencias transmitieron el siguiente resultado:

«ALMERIA 27.—Corrida de la feria de invierno, celebrada con una temperatura primaveral en una hermosa tarde de sol.

Se lidiaron toros de los hermanos Ramos Dávila, de Sevilla.

Mariscal, que tomaba la alternativa, hizo en el primero una faena lucida en algunos pases, la remató con una estocada y un descabello y oyó aplausos. En el sexto muleteó con pases, valiente, sobre la derecha y acabó con tres pinchazos y varios descabellos.

Enrique Vera hizo en el segundo una faena para sujetarlo y lo mató de un pinchazo, dos estocadas y un descabello. En el cuarto muleteó con desplantes y rodillazos, para media estocada, y dió la vuelta al ruedo. Regaló el sobrero y le sacó una buena faena, con pases variados, para despacharlo de media estocada y un descabello. Cortó las dos orejas.

Juan Antonio Romero banderilleó muy bien a sus toros. A su primero lo muleteó con valentía y lo mató de dos pinchazos y un descabello, para cortar una oreja. En el otro, previa faena en tablas, acabó con un pinchazo, una estocada corta y un desca-

bello, y se le concedieron las dos orejas.»

Almería, en estas sus incomparables fiestas de invierno, ha inaugurado la temporada taurina con buen sino. Con el sino del contentamiento y de la satisfacción para todos: actores y espectadores.

Tres toreros modestos, pero ilusionados, abrieron la primera puerta. Cada uno puso lo que pudo y lo que supo. Por las calles de Almería, Juan Antonio Romero y Enrique Vera pasearon, a hombros de sus incondicionales, la alegría del triunfo. En el ambiente, en el primaveral ambiente de la ciudad en fiestas, corría la sentencia:

—La verdad, no ha empezado mal la temporada.

LITRI, ORDONEZ Y LAS DIFERENCIAS ECONOMICAS

Sin embargo, esta temporada que acaba de comenzar, por lo que a los toreros españoles se refiere, ha tenido un anticipado comienzo, y no precisamente dentro de los ruedos. Cierto es que las actuaciones de los toreros españoles en América apenas influyen en los carteles de las ferias primaverales españolas. Y ello es así porque las categorías, las famas, los nombres y las primicias las dan las plazas de toros de España y nos las modifican otras actuaciones de allende los océanos. Ahora bien: la estructura

futura de las corridas de 1957 en España ha sufrido un cambio radical con un acontecimiento que tuvo lugar en Méjico, precisamente el día 28 de diciembre, día de los Inocentes de 1956: la ruptura de Miguel Báez «Litri» con la Casa Camará, que hasta entonces le apoderaba.

Litri volvió a los toros hace dos temporadas, por motivos económicos principalmente. El había comprado una finca en varios millones de pesetas y tenía que amortizarla. Litri, gran amigo de Camará padre, le pidió consejo, y entre los dos llegaron a un acuerdo no sólo taurino, sino agrícola también. Con tal motivo, Litri volvió a los toros. Pero José Flores (padre), no iba a ser el apoderado oficial de Litri, porque José Flores, padre, según sus propias declaraciones, se ha retirado de la tarea de apoderar toreros, tarea que ha traspasado o cedido a su hijo José, y José Flores «Camará» (hijo) es el que lleva, desde que Litri vuelve seriamente de nuevo al torero, todas las funciones de su representación taurina.

Mas unas veces, sin que haya motivos tal vez, las personas, aunque ellas quieran, no congenian demasiado. Para Miguel Báez, en lo íntimo, no es lo mismo Camará padre, toda una institución en el mundo de los toros, que Camará hijo. Y las cosas, aunque no se declaren, se traslucen.

La temporada de 1955 en Es-

paña, con Litri y Chamaco, no presentó, para la interna organización de la particular empresa, conflicto serio alguno. Pero en 1956 un nuevo torero, Antonio Ordóñez, es incorporado a la Casa Camará, que dispone así, para jugar sus intereses o sus conveniencias, de dos toreros básicos y de un novillero que, por lo menos, es «taquillero».

Litri va en cabeza de méritos artísticos, por lo menos en la consideración personal de la entidad que le apodera. El así también lo cree, y por ello cobra más que Antonio Ordóñez, con lo que, toreando menos, obtiene mayor beneficio. Litri, el año pasado, en poco más de treinta corridas torreadas, gana—según autorizadas versiones—unos ocho millones de pesetas, que le representarán un beneficio líquido de justamente la mitad. Antonio Ordóñez, en más de cincuenta corridas, percibe ocho millones y medio, según los cálculos, y ahorra, descontados gastos, unos tres millones y medio de pesetas. Como puede verse, Ordóñez tiene que actuar más veces para cobrar la misma cantidad que Litri, lo que viene a demostrar la superioridad en consideración artística del onubense.

Pero Litri, en ciertos momentos, muestra veladamente su disgusto por lo que él cree perjuicio en el orden artístico, al entender que él, en algunas ocasiones, ha de sacrificarse en atención a las conveniencias de Ordóñez, según las directrices de José Flores «Camará» hijo apoderado de ambos. Es el inicio de lo que pudieran llamarse «celos artísticos» entre dos toreros con el mismo apoderado por medio.

LA QUINTA GRAN FAENA EN LA PLAZA DE MEJICO

En esta situación de latente inconformidad, la Casa Camará envía a sus toreros—Litri, Ordóñez y Chamaco—a América. Ha sido ratificado el Convenio Taurino Hispanomejicano y hay en el general y público ambiente un clima de cordialidad y de conveniencia extremas. Nada en principio parece presagiar tormenta alguna.

El día 7 de diciembre, Antonio Ordóñez inaugura la mejicana feria guadalupana. Está gris, con trasteo normal, sin que nada indique pronóstico favorable para su segunda actuación que reñerá con Litri en la tercera de la feria guadalupana.

Toros de San Mateo; no hay entradas: en el pasello, Litri, Antonio Ordóñez y Joselito Huerta. Primero en el cartel, Litri; primero en los honorarios, Litri también. Miguel Báez está lleno de valor en su primer toro y más lleno de valor todavía en su segundo con sus clásicos y espectaculares naturales, citando desde lejos, y coronando la faena con una estocada que le valió la oreja. Litri así, ha reconquistado el perdido puesto que no alcanzase allá, cuando fué a Méjico por vez primera, hace algunos años.

Antonio Ordóñez no hace nada, apenas un trasteo, en su primero. Litri va, pues, por delante todavía. Pero en su segundo toro, un precioso y bravo ejemplar, Antonio Ordóñez realiza una de las

mejores faenas de su vida torera. Corta-orejas y rabo, da vueltas al ruedo, y el público, en pie, le aclama. La crítica y los aficionados reconocen que la faena es comparable a las famosas de Gaona, Garza, Manolete y Luis Miguel. Es la quinta gran faena de la plaza de toros de Méjico.

La gente sólo habla ya de Ordóñez.

Gaona, a la vista de ello, propone y da una corrida más a Ordóñez, sin quitar, naturalmente, a Litri ninguna de las que estaban contratadas. La tormenta está a punto de estallar. Por añadidura, Ordóñez es propuesto para la concesión de la Rosa Guadalupana, que él, en una comida, rehusó, diciendo que Fermín Rivera, que se irá del toro muy pronto, era más merecedor de ostentar como un símbolo este primer galardón que Méjico concedía con motivo de la celebración de su gran feria taurina.

Litri ha sido pues, de momento, eclipsado. Miguel Báez, este año, se ha jugado auténticamente la vida. Litri, es la verdad, lloró de emoción cuando, con la oreja en la mano, dió la vuelta al ruedo en la tarde del 9 de diciembre, porque sabía que había conseguido el sueño que hace años no pudo ver realizado: triunfar en Méjico.

Mas el día de Inocentes—la gente en principio no lo creía—llega una noticia a España.

Hacia finales de mes ya se sabe que la quinta corrida de la temporada en la plaza de toros de Méjico, con el famoso ganado de Torrecilla, va a ser lidiada por Manuel Capetillo, Antonio Ordóñez y Luciano Contreras, que tomará la alternativa. También se dice que aquella corrida quería torearla Litri y que él se creía con más derecho que nadie, porque él, al fin y al cabo, era cabeza de la Casa Camará.

Litri va a romper.

Delante de Antonio Algara se celebra la entrevista. Con él, Litri y Camará (hijo) Litri argumenta que tres toreros son muchos para ir en manos de un solo apoderado y que, sin que por ello mengüen las amistades, prefiere administrarse por su cuenta, Antonio Algara, amigo de ambos, quiere que las cosas se arreglen sin que haya rupturas. Mas la postura del torero es firme y no hay cesión. Las dos últimas corridas que en nombre de Miguel Báez firma José Flores en Méjico son la del día 1 de enero, en la plaza de La Puebla, y la del 13, en la de Méjico. A partir de entonces, la Casa Camará oficialmente está desentendida de Litri.

El 28 de diciembre, a la madrileña casa de Antonio García Ramos llega un telegrama especificando la noticia. Parece talmente una inocentada. ¿Cómo es posible que Miguelito, el torero más antiguo de la Casa Camará, unido no sólo por vínculos profesionales, sino, incluso, por favores particulares en el puro terreno de las propiedades privadas, se haya desligado de quien siempre fué su amigo y consejero? La noticia, dos días más tarde, ya le ha sido confirmada a Camará (padre), que está en Madrid. Es un hecho: Miguel Báez ha reñido con su apoderado.

Empiezan, entonces, los rumores.

Se dice que Litri se administrará por su cuenta, con la ayuda de Arroyo, su fiel mozo de espaldas; se dice que el nuevo apoderado de Litri será el padre de Julio Aparicio, para resucitar la pareja Litri-Aparicio de antaño, con Antonio Bienvenida por delante; hay quien asegura que será el propio Antonio Algara el que, siendo en Méjico el que lleva los asuntos taurinos de Litri, continuará con éste en España; se habla de que Gago ofrece a Litri una exclusiva de cuarenta corridas de toros por seis millones de pesetas; se dan detalles de cómo Domingo González, «Dominguín» (padre) ha propuesto a Miguel la formación de otra exclusiva para veinte corridas fuera de España, con su hijo Luis Miguel como pareja, ambos a un precio fabuloso; se siguen barajando nombres y se habla de Román Alvarez, de Diego Martínez e incluso de Juan de la Palma, para hacer un frente Cayetano Ordóñez-Miguel Báez; se mantiene, por último, que será el propio Camará (Padre) el que, saliendo de su aparente inactividad taurina, coja a su amigo Miguel y lo lleve, otra vez de su sabia y poderosa mano, por las ferias y las plazas de toros españolas.

Todos estos rumores tienen, hace no más de cinco días, un colofón: Litri manifiesta en Méjico que él no toreará en España en las corridas que toree Antonio Ordóñez.

He aquí, pues, que la guerra o la competencia, sea verdadera o no, está oficialmente declarada.

SEVILLA Y MADRID EN EL COMIENZO DE LA TEMPORADA

El futuro de la temporada taurina española ha sufrido variación como consecuencia de este suceso. Si la enemistad es total, es decir, verdadera, honda y profunda, la próxima temporada taurina, para la obtención del primer puesto en el escalafón de la andante torería española, será rabiósamente disputado entre Antonio Ordóñez y Miguel Báez. El primero, que continúa en la Casa Camará, contará, naturalmente, con toda la influencia de su apoderado, que tratará por todos los medios de ayudarle en el sentido no sólo de que sea Ordóñez el que en mejores condiciones toree, sino que, además, en otro aspecto del frente, Litri se encuentre con dificultades extrataurinas, que si no son vencidas por su personal arrojo y valía ante el toro le hagan reflexionar amargamente sobre la ruptura.

Sea lo que sea, para Litri la temporada se presenta como si iniciase su carrera en el toro. Litri tiene que volver limpiamente y sin trucos, a jugarse la vida todas las tardes. Abril, mes ya de toros, pero de toros poderosos, de toros duros, ha de ser el que públicamente honradamente su veredicto; abril será ya el que afirme si Litri tiene o no tiene razón, una razón que él particularmente cree poseerla, pero que habrá de mantenerla y demostrarla en los ruedos, sabiendo, además, que ahora no se vive del recuerdo de una faena; que ahora hay que vivir

todas las tardes de todas las faenas. Y eso, cuando detrás de uno hay muchas preocupaciones, es cosa difícil, cosa sólo de valientes. Claro es que Litri todo el mundo lo sabe, es uno de ellos.

De los restantes toreros, América no ha dado ni ha quitado puestos.

Dejemos aparte a Peralta, que en todas sus actuaciones ha revalidado su bien ganada fama, y veamos los de a pie. Por Méjico, ni Gregorio Sánchez ni Dámaso Gómez, ni Chamaco—que no ha dado ni una sola buena corrida—, por los españoles, han enseñado nada; de los nativos Tirado tampoco ha confirmado su cartel hecho en España, y tan sólo Joselito Huerta ha puesto en pie su pundonor y coraje. Los demás nada.

Por las otras ferias sudamericanas ha habido un triunfador: Mario Carrión, en Quito de cuyo toreo salieron entusiasmados los ecuatorianos. En Lima, uno de los Girón pequeños, Curro, ha causado sensación, precisamente con el famoso pase cambiado por la espalda de Tirado. Los demás, oscuros; igual de oscuros, en general, que las corridas de Caracas, en las que ni Antonio Bienvenida ni Julio Aparicio, a pesar de su ya larga veteranía, consiguieron hacer que, por las actuaciones de este año, se les recordase en la historia de los ultramarinos toreados.

Establecidas así las situaciones, la temporada que ya ha comenzado en España sólo traerá como novedad ese presagiado duelo Litri-Ordóñez con Camará como telón de fondo. Porque Chamaco, que ha demostrado en Méjico que su toreo es un auténtico producto de propaganda, volverá a recluirse en su feudo de Barcelona y no solamente no vendrá a Madrid en la feria de San Isidro, sino que no irá a Sevilla en la feria de abril; fechas a principio de temporada que, por su localización geográfica y por su prestigio son, al fin y al cabo, las que dan nombre y auténtica fama a los toreros de verdad.

Hay dos toreros, César Girón y Chicuelo II, que están ya en plan de franca retirada, aunque todavía toreen dos o tres temporadas, mas cada vez menos, y lo que es peor, cada vez exponiendo menos también. Los dos, ricos, que conquistaron nombre y dinero saliendo de la nada, por sus propios méritos, gozan hoy de una fortuna personal que, naturalmente, tratarán de conservarla con más cariño a medida que pasen los días. De los otros, ni Gregorio Sánchez, ni Aparicio, ni Antonio Bienvenida, ni Manolo Vázquez, cuarteto también de figuras, ofrecerán más novedades que las que de ellos ya se conocen. Habrá una cierta lucha entre los recién doctoradas — Carrión, Juan Antonio Romero, Bernadó y Huerta, entre otros — por conseguir tempranos triunfos que les enderecen la temporada. Y de las incorporaciones resonantes, descartado, como se esperaba, Chamaco, la alegría de Curro Girón y la menos probable constancia y calidad de Tirado constituirán, en cierto modo, atracción de taquilla, hábilmente manejada por los recursos publicitarios.

En la novillería, el panorama es totalmente incierto. Surgirá una figura de la que sacarán partido los empresarios, porque hay que mantener siempre el sagrado fuego del idolismo, y de lo que tal vez se beneficiaran, si tienen suerte en las primeras actuaciones, algunos de los que la temporada pasada destacaron un poco: El Trianero, Curro Puya; el Tino, Ramírez o el mismo Rafaelito «Chicuelo», el hijo de Chicuelo el grande, en quien Sevilla tiene puesta su esperanza y al que Sevilla dará dos novilladas en la feria de abril para que por ella no quede anulada la probabilidad, esa probabilidad que ya hace cuatro años persigue sin consumir todavía, del vástago de Manuel Jiménez «Chicuelo», de Sevilla.

Sevilla ocntará con Litri, Antonio Ordóñez, Manolo Vázquez y César Girón como base, y Madrid con Litri—porque tiene que ir a todas—, los madrileños Bienvenida y Aparicio, el mismo Chicuelo II, Manolo Vázquez y Gregorio Sánchez, por ahora, para San Isidro. Y después, como siempre, las restantes ferias de provincias.

Mientras tanto, los ganaderos no reconocerán que pueden dar una corrida de toros en 125.000 pesetas, ganando dinero, en vez de las 200.000 pesetas, y seguirá habiendo llenos y también alguna que otra sanción por manipulación en los pitones, como esos tres ganaderos que la Dirección General de Seguridad ha sancionado, según una nota recientemente publicada.

LA FEDERACION DE ASOCIACIONES Y CLUBS TAURINOS DE ESPAÑA

Esto, por lo que respecta al campo estrictamente profesional del toreo. Que en el terreno de los aficionados, el Círculo de Bellas Artes de Madrid ha visto durante tres días consecutivos, 25, 26 y 27 del mes de enero, las dis-

cusiones, las elecciones y los propósitos de la Asamblea de la Federación de Asociaciones y Clubs Taurinos de España.

Más de un centenar de entidades taurómacas españolas han elegido a don Sancho Dávila, el que antes fuera presidente de la Federación Española de Fútbol, para el cargo de presidente de la Federación de Asociaciones y Clubs Taurinos de España.

Es deseo de los aficionados, expresado en estas reuniones, que se constituya un organismo supremo como especie de tutelador o rector en las cuestiones puramente técnicas de la Fiesta nacional, similar, en cierto modo, a los Comités de Competición que entienden en los Campeonatos deportivos.

Tal vez esta similitud haya influido para la elección de Sancho Dávila, ya que en la persona de Sancho Dávila no solamente se da esta experiencia federativa, sino la circunstancia de su gran afición y conocimientos taurinos.

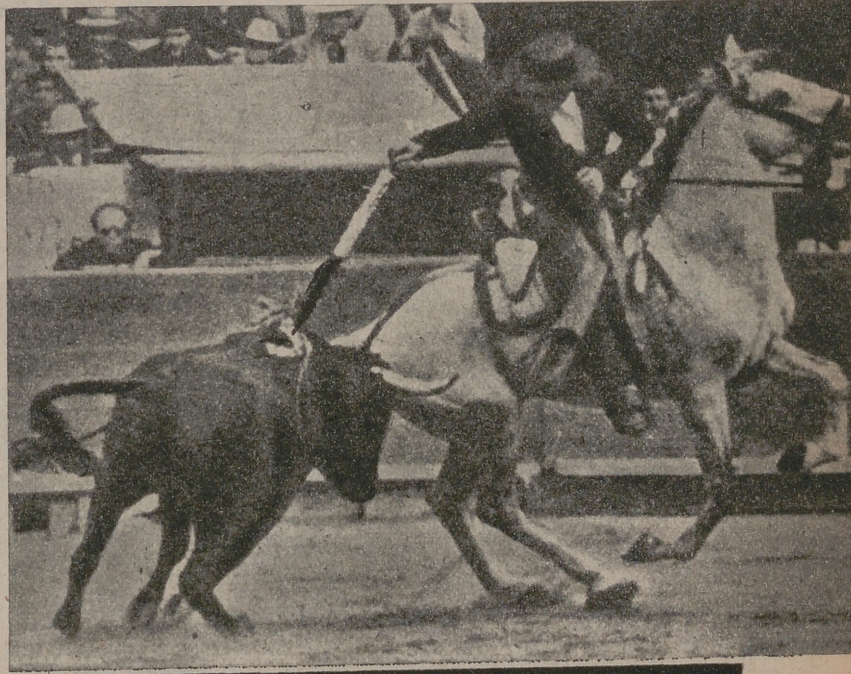
Uno de los principales abjetivos de la Federación es conseguir la reforma del Reglamento. Es evidente que en muchos aspectos el Reglamento taurino está anticuado y que necesita adecuarse a las actuales técnicas y, sobre todo, condiciones de los tipos de toros de lidia.

Este es el principal objetivo particular—ya que el general está en el engrandecimiento y pureza de la Fiesta—de la Federación.

De esta manera la temporada taurina, recién empezada con la corrida de Almería, presenta como resumen dos facetas: pugna en los ruedos con el porvenir incierto de Litri, y unión oficial de los taurinos aficionados españoles.

Aunque entre todos se interponga el toro, que al fin y al cabo es, en definitiva, el que siempre tiene la última palabra.

JOSE DE LA ROSA



El toreo a caballo, ágil y caballeresco, continuará su clásico derrotero abriendo plaza a los cosos españoles

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

EL PRIMER
PASEILLO
DEL AÑO EN
LA PLAZA DE
ALMERIA



CAMBIOS PARA
1957 EN EL
ESCALAFON



UNION OFICIAL DE LOS AFICIONADOS TAURINOS ESPAÑOLES